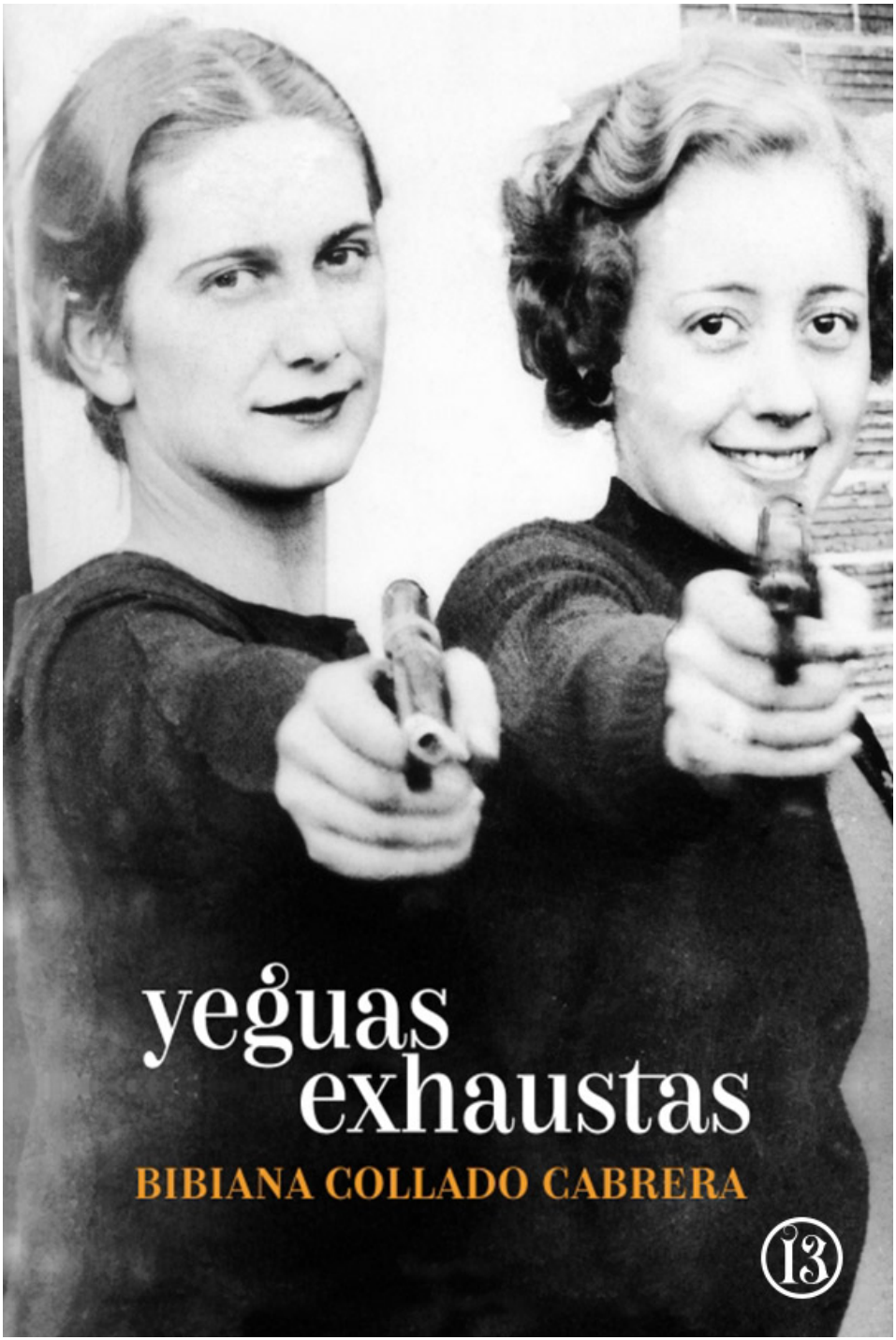

yeguas
exhaustas
BIBIANA COLLADO CABRERA
13

Una madre, con los dedos rígidos de triar naranjas en un almacén y limpiar pisos de vacaciones de otros. Una hija, también con los dedos rígidos, pero de teclear papers, tesis y mil trabajos académicos. Y algo que no encaja. La sensación de que debería estar pasando algo que nunca llega a pasar. Este libro nos presenta un rosario de mujeres extenuadas. La falsa promesa del trabajo duro se hace añicos entre estas páginas mientras suenan Camela o Estopa.

Yeguas exhaustas es la historia de una hija que tiene una relación de pareja dañina, que piensa en las heridas del cuerpo, en las tremendas diferencias de clase y sus implicaciones, en el clasismo del «mundo de la cultura», en el acceso al mercado laboral, en la endogamia universitaria y sus laberintos… en definitiva, en el averiado ascensor social.

Esta novela trata de manera certera el paso del siglo XX al XXI en España a través de la propia experiencia: «Me exploro, investigo, reinterpreto pedazos de vida. Juego y cuestiono. Busco causas. Busco alivio. Busco cómplices». Y sin duda los encuentra.

En Yeguas exhaustas Bibiana Collado Cabrera nos lleva a situaciones vividas y sentidas como individuales que en realidad son colectivas. Tan bien contadas, tan reales, que por momentos se nos olvida que estamos ante una novela.

Bibiana Collado Cabrera

Yeguas exhaustas

Título original: *Yeguas exhaustas*
Bibiana Collado Cabrera, 2023

-

Revisión: 1.0

18/05/2023

«Yo estaba ahí cuando todos bailaban,
mojaban el dedo, se creían eternos».

ZAHARA

«Què passa nen? Estic content.
Les elits culturals som nosaltres també».

ALIZZZ

«¿Has visto ese caballo ganador?
En la carrera se siente tan solo.
Corriendo sin nadie a su alrededor,
le sabe amargo cuando muerde el oro».

C. TANGANA

1. DE LAS DIFICULTADES PARA SUBIR A UN AUTOBÚS

CUANDO ME BAJA LA regla, no me retuerzo entre espasmos de dolor.

Durante mucho tiempo, he vivido esta certeza debatiéndome entre la culpabilidad por no sufrir lo que sufrían otras y el orgullo por ser capaz de realizar cualquier actividad física mientras tenía la regla. Menudo lío campaba en mi cabeza.

La imagen de mi hermana mayor sentada en el suelo, vomitando de cara al váter, me preparó para lo peor cuando era pequeña. En mi cabecita de niña, todo dolor era regla. Ese gran mal esperado constituía el umbral de lo que sería el daño en mi imaginario infantil. Por eso, solía confundir cualquier padecimiento corporal (de cintura para abajo) con la llegada del *momento*.

Tuve una compañera de clase a la que le bajó con nueve años. Toda una adelantada que me causaba admiración y pavor a partes iguales: era mujer y sufría. Con esa misma edad o quizá un año más, una tarde, sentada en el retrete, pensé que me había bajado la regla. Las pistas estaban claras en mi cabeza: me dolía la barriga, me dolía *más abajo* de la barriga y, al limpiarme, el papel higiénico estaba manchado con algo de sangre. Poco o nada acostumbrada estaba yo a pasar por procesos de estreñimiento y a que la caca endurecida consiguiera salir hiriendo levemente la piel. Un breve corte que escocía y manchaba un poquito. Fue mi madre, llamada desde la taza del váter, la que vino, me examinó y me sacó del error. Después de ese episodio, quedé todavía más confundida y avergonzada.

Tanto que pasé al extremo contrario y desconfié de mi cuerpo y sus sensaciones. Me convertí en una pequeña cartesiana que no estaba dispuesta a volver a pasar el ridículo de confundir óvulos y caca. Ningún dolor iba a ser ese dolor, así que mejor no pensarlo o convencerse de que no lo pensaba. Como podéis imaginar, cuando me vino realmente la regla, no lo creí. Achaqué la sangre a algún arañazo (una costura o cremallera del pantalón que roza demasiado, un pellizco con la goma de las braguitas, vete tú a saber). Lo cierto es que ni estaba dispuesta a volver a equivocarme ni sentía que muriera de dolor. Tanto había oído hablar de aquel dolor, que ese daño mío no podía ser la temida menstruación. Así que no dije nada a nadie hasta mi segunda regla, durante la cual el malestar creció y me hizo sentir legitimada para quejarme. Ahora pienso en aquella niña y me da pena que solo sentir mucha pupa la hiciera creerse digna de la queja. Y me da más pena pensar que hoy en día sigo calibrando el tamaño de mi mal para decidir si es contable y, lo más importante, creíble: ¿me creerán si les digo que me duele? ¿Sufro lo suficiente como para que merezca ser contado?

Volviendo al relato del dolor, no es que yo no lo tuviera, sino que las palabras con que se había descrito me parecían inmensas y creía que no se correspondían con los calambres y pinchazos de mi cuerpo. Después de la regla, el siguiente dolor más fuerte, el más grande de todos, era el parto. Mi madre, hija de la Almería profunda, de tierra dura y secas supersticiones, contaba que una zagalica del pueblo, al quedarse embarazada, había preguntado cómo sabría cuándo estaba de parto y las mujeres le contestaron que se daría cuenta porque el techo de la habitación se le derretiría a la vista por el esfuerzo. Llegado el día y con un niño ya parido, la zagalica decía que no podía ser, que ella no había dado a luz todavía porque aún no se le había derretido el techo. Su dolor, enorme, no era suficiente dolor para llenar el relato mítico de la maternidad. Tampoco mi dolor adolescente era bastante para llenar el relato mítico de convertirse en mujer.

Qué os voy a contar yo de las madres, si todos tenéis una que, aunque os ama infinitamente, a veces se equivoca.

La mía, de eterna clase baja y trabajadora como una mula, se había encargado de transmitirme que una buena mujer es la que rinde igual de bien aunque esté menstruando. Este pensamiento sencillo pero demoledor proviene de un facilísimo paradigma cultural: un pobre no puede permitirse dejar de trabajar o trabajar menos ni un solo día de su vida. Una pobre, menos.

Reconozcámoslo: todas hemos tenido compañeras que fingían tremendos dolores durante la clase de educación física para poder quedarse sentaditas mientras el resto corríamos y saltábamos. Las había que incluso se descontaban en sus representaciones y llegaban a tener la regla dos veces al mes. Estas ficciones más o menos aceptadas suponían un problema para las que de verdad se retorcían de dolor, que acababan por no ser creídas (Pedro y el lobo). En mi heredado imaginario campesino, esas chicas *se aprovechaban* de la situación y constituían la imagen de lo que no había que hacer. Mi voz interna les gritaba *¡gandulas! ¡malfaeneres!* y mi cabecita dibujaba automáticamente una cara de madre satisfecha y orgullosa al lado de este pensamiento. Eso es lo que ella diría de ellas (escribir esta oración con su multitud de pronombres femeninos ha sido perturbador). El gran pecado mortal para la clase baja es la pereza, porque es el que de verdad le cuesta la vida.

Cuando alguna vez le han preguntado a mi madre si quería a mi padre, cuando yo misma lo he hecho siendo ya mayorcita, ella no ha contestado nunca con un sí o un no. Siempre ha respondido «es muy trabajador», a veces complementado con un «y nunca le han gustado mucho los bares». No hace falta decir nada más, ¿verdad?

Empezamos a extraer conclusiones: para ser buena, al menos para serlo a ojos de mi madre, que es lo que le importaba a mi yo-niña, había que trabajar mucho y trabajar lo mismo o más cuando se tenía la regla. ¡Ojo! Que todo esto no se lo inventa mi madre, ni las mujeres en general, sino una sociedad opresora que no permite a las de abajo flojear ni un solo día. Así que durante mi adolescencia y mi primera juventud sentía una especie de goce perverso al hacer grandes esfuerzos físicos mientras tenía la regla: hacer dos clases de aerobic seguidas, ayudar a mi padre a descargar cajones de naranjas

o aguantar sin quejarme las nueve horas del curro de mierda que tuviera ese verano. Si mis abuelas podían darlo todo en la siega mientras la sangre se les deslizaba pierna abajo, oculta por esos largos faldones que llevaban, ¿qué no iba a ser capaz de hacer yo con un Espidifen o un Nolotil de por medio? Todo esto venía amparado por el paraguas de una supuesta fortaleza femenina que era necesario reivindicar. Las pijas o las ñoñas, que en mi descripción de la sociedad eran lo mismo, tenían el monopolio de la queja menstrual. Y nosotras no teníamos nada de pijas, ¿a que no?

¡ERROR, ERROR, ERROR!

Así que podéis observar cómo el cóctel socioeconómico y afectivo familiar hizo que viviera como algo positivo eso de decir que «cuando me baja la regla, no me retuerzo entre espasmos de dolor». Podía trabajar en plenas facultades, no se acababa el mundo, el dolor no me anulaba. OK. Sin embargo, una sombra se cernía sobre ese orgullo íntimo: ¿serán más mujeres aquellas que sienten más dolor?, ¿podía convertirse esa supuesta bondad en algo negativo, en un reflejo de una supuesta menor feminidad?

Reconozcamos también esto: ¿nunca habéis tenido mía conversación con otras chicas que parece una competición por dilucidar cuál sangra más y, por tanto, más dolorosamente? Como si el daño y la *mujereidad* se midieran en centímetros cúbicos, como si decir que un tampón XXL es incapaz de contener tu flujo te diera puntos. Esta teoría es una estupidez, pero subyace en montones de conversaciones. Si una sangra poco o no se retuerce de dolor, puede sentirse fuera de la tribu, en los márgenes del colectivo.

Por todo esto, cuando de vez en cuando tenía alguna regla más dolorosa de lo normal, de esas que te doblan sobre ti misma y agarrotan músculos desconocidos, respiraba con alivio y, en mi fondo más profundo, sonreía pensando que yo también formaba parte del grupo. Por supuesto, de todas estas reflexiones peregrinas no decía ni una palabra a nadie. Aunque seguramente muchas otras chicas tenían pensamientos parecidos. Como todos sabéis, la educación femenina es esencialmente masoquista.

Si os he contado todo esto es para justificar un episodio de mi

vida adulta que recuerdo con especial intensidad. Os presento brevemente el contexto: yo tuve una relación amorosa absolutamente destructiva, fue un desastre casi casi desde el primer día. Una relación marcada por la violencia, en todos los niveles. Hubo escenas realmente fuertes, hubo maltrato físico, además del psicológico. Sin embargo, lo que más recuerdo no es ninguna hostia. Lo que más recuerdo pasó una vez en que me bajó la regla y sí me retorcía entre espasmos de dolor.

Por aquel entonces la relación ya era un caos. Insisto en que lo había sido prácticamente desde el principio, pero en aquel momento yo ya había dejado de vivir en su casa y me había vuelto a un piso compartido con mis antiguas compañeras. El cerebro pone vaselina en las palabras para que me arañen menos, pero lo cierto es que no «había dejado de vivir en su casa» sino que él me había echado a patadas, pero como era una de esas personas nocivas que hacen de su vida la viva ejemplificación del *ni contigo ni sin ti*, me había vuelto a buscar mil veces después de haberme echado. La cuestión es que en aquella época solía venir a buscarme por la tarde, cuando acababa de trabajar, y nos íbamos a su piso a cenar y a dormir. Yo, por la mañana, era invitada de buenas o malas maneras a irme de nuevo a mi casa. Mi apartamento compartido estaba muy cerca de la universidad, donde él impartía algunas horas de clase, donde yo me había doctorado. Solíamos ir de una vivienda a otra caminando, era un paseo de unos veinte minutos que hacíamos discutiendo la mitad de los días.

La tarde que tanto recuerdo bajé del piso y empecé a caminar despacio a su lado. Tenía una de aquellas reglas que de jovencita me hacían sentir parte de la tribu. Me dolía mucho, mucho. Sentía rampazos en el vientre que me obligaban a agacharme hasta casi acuclillarme durante unos segundos para luego seguir avanzando. La cara de él era todo un poema. Su escéptica mirada podía transcribirse por un «ya estás otra vez creando drama, cómo te gusta llamar la atención, otra vez montando una escenita en mitad de la calle», etc. La gran mayoría de esas apreciaciones me las gritó poco después. Yo le dije que me había bajado la regla y que estaba hecha

polvo. No me veía con fuerzas para hacer el caminito de veinte minutos y le pedí que cogiéramos el autobús. La fuerza de mi argumentación residía en que a mí casi nunca me duele la regla (es decir, no me dolía tanto como aquel día). Así que para una vez que me sentía tan mal, no me iba a decir que no. Fijaos si era (soy) idiota: no solamente pensaba que era *buena* por sobrellevar la menstruación sin abrir la boca, sino que pensaba que me había ganado algo así como un premio por aguantar todos los meses sin renegar. Por supuesto, él me dijo que no. Yo estaba exagerando. Él estaba muy agobiado. Necesitaba aire libre. Iríamos sin prisas. Bla. Bla. Bla.

Yo seguí caminando, lagrimeando en silencio. Ensayando esa mujer que es capaz de actuar con normalidad mientras sangra. Mi cabeza, ese instrumento de destrucción masiva cuyo principal objetivo soy yo misma, empezó a pensar cosas como:

1. Quizá es verdad y no me duele tanto como para ir paseando.

2. Quizá sí me duele una barbaridad, pero se me pasa en seguida porque he tomado una pastilla antes de salir de casa y entonces me habré puesto pesadísima con lo de coger el bus para nada.

3. Quizá estoy haciendo hincapié en que me duele mucho para que me haga casita, incidiendo en la vulnerabilidad para recibir el cuidado o el cariño que deseo, infantilizándome a mí misma.

4. Quizá lo estoy haciendo para joderle. Él quiere ir paseando y yo, por llevar la contraria, genero esta escenita llevada por la rabia que he ido acumulando como resultado de una relación de mierda.

La opción de la queja como instrumento para visibilizar que mis circunstancias y mis necesidades pueden ser diferentes de las suyas ni se contempla.

Os voy a dar una pista sencilla para detectar a un maltratador: es un paranoico.

Siempre va a pensar que estamos actuando para fastidiarle (opción 4), como si nuestra misión en la vida fuera destruirle. Hasta nuestro dolor físico es un instrumento que utilizamos para boicotear su tiempo de descanso, su tranquilidad, su felicidad. Como si una vocecita, con mucho retintín, le susurrara al oído: ¡Qué casualidad

que le haga tanto daño la barriga justamente ahora! ¿A qué estaba esperando?, ¿a que yo saliera de trabajar para dar la tabarra? ¡La cuestión es que yo no pueda hacer lo que quiero y ella se salga con la suya!

Pocos metros más adelante, justo cuando pasábamos por la puerta de nuestra facultad, volví a sentir uno de esos calambrazos terribles. Me paré en seco. Me abracé la barriga y me incliné hacia delante. Y le dije que no podía más, que subiéramos al bus. Él se puso nerviosísimo y empezó una larga retahíla en la que se insertaban frases como «tienes que liármela siempre donde nos pueden ver», «por aquí puede pasar cualquiera» y otras del mismo estilo.

Aquí tenéis la segunda pista para reconocer a un maltratador: tiene miedo.

Siempre tiene miedo a que los demás vean *algo* que lo acuse, *algo* que puedan interpretar *erróneamente* y creer que él es una mala persona. En conclusión, teme ser descubierto.

Esta pareja mía, llamémosle Pedro, tenía verdadera obsesión por pedirme que hablara más bajo, que gesticulara menos, incluso que mirara con menos intensidad (como si mis ojos fueran a hacer una confesión telepática al primer desconocido que cruzara la calle). Todo ello resulta bastante desconcertante si pensamos que yo soy una mujer que habla muy alto, gesticula sin parar y resulto, cuanto menos, una persona muy enérgica en las formas. Ese ímpetu o vehemencia de mi carácter había sido, según él, uno de los motivos por los que me había escogido (¿le llegué a escoger yo a él en algún momento?). Sin embargo, se convirtió rápidamente en el foco de todos los problemas.

La cuestión es que cuanto peor me trataba, mayor era el terror con el que miraba a los vecinos cuando nos cruzábamos con ellos en el rellano de la escalera. A mayor número de agresiones, más angustia en su gesto al encontrarse a un conocido por la calle.

Por eso, el miedo a que alguien saliera o entrara a la facultad justo en ese momento y me viera llorando *como si me hubiera hecho algo* lo enfadaba muchísimo. Él me azuzaba para que no me quedara

allí quieta. Cuanto más insistía en que siguiéramos adelante, más sentía yo que estaba paralizada. Las punzadas de dolor se mezclaban con punzadas de rabia. Su cabreo me cabreaba y grité: «¿Pero qué puto problema tienes con los autobuses? ¿No ves que estoy jodidísima? ¿Por qué quieres verme sufrir? ¿Eres un sádico o qué cojones te pasa?» y toda una larga serie de frasecitas por el estilo, a cuál más subida de tono.

Eso sí que no lo va a soportar. *¡¿Estoy insinuando que el me hace daño?!* Ahí hemos dado justo en el centro de su miedo.

Echa a andar a ritmo ligero y yo me quedo allí tirada. Intento caminar despacio en la misma dirección en la que él se ha ido. Mi aspecto debía de parecerse al de un vagabundo o un zombi que camina hacia su fuente de energía. No se me pasaba por la cabeza la opción de volver a mi piso. Supongo que, en el fondo, en algún hueco de mi inconsciente, quería que alguien me descubriera allí, que alguien me preguntara qué había pasado. Quería que la peor pesadilla de Pedro se hiciera realidad y por fin algún amigo o conocido se atreviera a insinuar el maltrato. Pero no. Nunca pasó.

Nadie me vio en mitad de aquella avenida atiborrada de tráfico a todas horas, con estudiantes y profesores universitarios entrando y saliendo de las facultades. Y, como nadie me vio, yo seguí caminando jorobada y doliente detrás de él durante metros hasta que se dio media vuelta de pronto, vino con prisas hacia mí y tirándome del brazo me llevó hasta la parada más próxima, escondiéndome detrás de la marquesina. «Vale, cogemos el puto bus, pero deja de lloriquear y pásame tú el bono porque no tengo un duro».

El detalle del bonobús no es baladí En primer lugar, porque es lo que más me jodió, me pareció un detalle innecesario, humillante. No puedo evitar que me venga a la mente un dicho popular que mi madre ha soltado por esa boquita suya innumerables veces: «encima de puta, apaleá». O, como dicen en otros sitios, «encima de puta, pongo la cama», que es diferente, pero es lo mismo (nuestra riqueza verbal, ya se sabe). Pues eso, que puse la cama, es decir, pagué yo el bus. Como si fuera lo mínimo que podía hacer por él, ya que le

obligaba a cambiar sus planes y le había montado una escenita en la calle. Así lo interpreté yo entonces y por eso me fastidió tanto (aunque no me planteé, ni por un segundo, no pagar). Sin embargo, el tiempo le ha proporcionado otras interpretaciones que entonces no vi.

Pedro tenía quince años más que yo y un puesto precario en la universidad. No tengo claro qué opinaba yo entonces sobre el sueldo de los profesionales de las enseñanzas superiores. Ahora sé que es una mierda. En serio, es vergonzoso. La facultad paga en vanidad lo que no paga en dinero, pero la vanidad no da de comer y Pedro pagaba muchísimo dinero a su exmujer. Había protagonizado un divorcio exprés a causa del puro remordimiento. Se fue de casa con una alumna con la que se llevaba todavía más años que conmigo. Tenía un hijo muy sensible que lloraba amargamente y una niña tan pequeña que no sabía qué pasaba. Era tan obvia, tan tópica la escena del marido que huye con una joven discípula, que la culpa le hizo firmar cifras generosísimas, desproporcionadas, que compensaran a su pobre esposa. Un vodevil ridículo que no resarcía a nadie de nada, sino que humillaba todavía más.

La cuestión es que la circunstancia económica del susodicho era realmente complicada, por eso no era baladí el detalle del bono-bús. El lector decimonónico que todos llevamos dentro está entrenado para obviar las cuestiones vinculadas al dinero: ¿cuántos metros tiene la casa en la que vive el protagonista?, ¿cuánto le costará el alquiler en ese barrio?, ¿cuál es el precio de las clases extraescolares de sus hijos? Escritoras como Belén Gopegui o Elena Medel nos hacen caer en la cuenta de estas carencias. Nos empujan a pensar en las consecuencias de pedir un préstamo o perpetuarse en un trabajo mal remunerado: cómo se modifica la percepción de uno mismo, cómo se deterioran las relaciones amistosas o de pareja, etc. Sin embargo, se nos olvida rápidamente. Como todos sabemos, la ficción ha sido tradicionalmente conservadora.

Si nuestra ficción es amorosa, el borrado es doble. La circunstancia económica solo es relevante si uno de los miembros de la pareja pertenece a una clase *diferente* (vaya eufemismo de clase

baja) y tiene que superar esta carencia para lograr la unión con la otra persona. Los problemas de dinero, siempre genéricos y poco detallados en los relatos, ocupan el mismo lugar que superar el foso del castillo sin ser comido por los cocodrilos o matar al dragón que nos espera en la última sala, es decir, constituyen una prueba más dentro de esa especie de yincana bizantina que siguen siendo, en muchos casos, las novelas *de amor*.

Si vamos un paso más allá e intentamos escribir sobre una relación en la que existe violencia machista, la cosa se tuerce aún más. La narrativa periodística suele vincular las agresiones a circunstancias de dependencia económica por parte de las mujeres. De este modo, la alusión a la *pasta* deja de ser un elemento cuestionador para transformarse en una explicación fácil: las mujeres soportan la violencia porque su manutención depende del maltratador. Así acabamos rápido. Le damos un sentido a lo que parece no tenerlo y convertimos a los agresores en solventes pagadores. Todos contentos o, al menos, todos tranquilos porque parece existir un motivo lógico.

De este planteamiento se infiere una sencilla conclusión: todas las víctimas que tenemos un sueldo somos imbéciles.

En aquel momento yo cobraba 1075 euros y pagaba al mes:

—Habitación en un piso compartido en Valencia: 175 euros (si hubiera vivido en Madrid o Barcelona, no hubiera pasado de esta primera pantalla porque el precio del alquiler me hubiera reventado esta lista).

—Gastos compartidos de convivencia (agua, luz, gas, internet, etc.): entre 70 y 90 euros.

—Facturación del móvil: 25 euros.

—Compresas, tampones, salvaslip (todavía no conocía la copa menstrual): 15 euros.

—Método anticonceptivo (anillo vaginal): 20 euros.

—Es difícil calcular lo que gastaba en comida, libros, ropa o imprevistos caseros (comprar menaje, bombillas, tendederos…).

Podría seguir esta enumeración solo por puro regodeo, para compensar la ausencia de dinero en la literatura, para humanizar el

texto. Me dan ganas de pegar aquí un pantallazo de mi cuenta bancaria y escanear los *tickets* de las últimas compras (todas en el supermercado). Decir en un pie de página que no incluyo lo que me gastaba en tabaco porque me da vergüenza (solo diré que la cifra era bárbara). Añadir el billetico de diez euros que mi tía abuela todavía me daba de vez en cuando. Intentar contabilizar el dinero que me gastaba en pantalones porque *ahora engordo y no me caben los que llevaba* y *ahora adelgazo y se me caen los que me compré*, pero nunca manca nunca se corresponde la talla actual con alguna del amplio abanico que guardo en el armario. Y un largo etcétera.

Pero la Historia de la Literatura y la mayor parte de la Filología no me han enseñado a narrar ingresos y gastos, retenciones, cotizaciones y deudas. Me faltan referentes ficcionales pecuniarios y, por eso, yo misma siento la extrañeza de mostrar monedas y billetes fuera de un videoclip de trap.

La cuestión es que yo cobraba 1075 euros al mes y pagaba todo lo que esta sociedad y sus industrias me empujaban a pagar. Tenía una familia a la que no quería pedir dinero por orgullo, pero que podía echar una mano si me hacía falta algún mes. Y, gracias a mi madre, no tenía remilgos con respecto a cuestiones como llevar bragas compradas en un bazar (¿se puede decir *chino*?) y demás mecanismos ahorrativos. Así que, en medio de una incipiente crisis económica, me consideraba prácticamente una privilegiada (del trabajo no remunerado que hacía en la facultad y la salvajada de no estar cotizando porque mi sueldo era una beca fui tomando conciencia más tarde).

Pedro cobraba más que yo, aunque no mucho más. Sin embargo, él pagaba la hipoteca de la casa donde vivía su exmujer, el alquiler completo del piso en el que se alojaba él y toda una serie de acuerdos monetarios establecidos tras el divorcio. Además, como tantísimos trabajadores de la universidad, era un falso autónomo, así que tenía que pagar regularmente su cuota para poder dar clases. Como la burocracia era cada vez más compleja, pagaba también a un gestor porque Hacienda ya le había multado en alguna ocasión por no presentar los papeles correctos a tiempo. También era un peligroso

aficionado a la tecnología, por lo que tenía serios problemas para refrenarse y no comprar el último juguetito digital que apareciera en el mercado. En definitiva, su situación financiera resultaba realmente endeble. La tarjeta de compras de El Corte Inglés le permitía mantener la ficción de clase media holgada mientras se acumulaba la deuda, pero era evidente que algo no iba bien.

Cuando sucedió el episodio del bonobús no pensé en todo esto. Lo viví como una humillación simbólica, no como un problema monetario. Montañas de novelas habían obturado la posibilidad de que el hombre de mediana edad que mantiene una relación con una mujer mucho menor pueda necesitar el dinero de esta. Sencillamente se trataba de una opción inconcebible. La imaginería narrativa presenta a la mujer joven como la consentida, la colmada de caprichos. Impensable percibirla como sostén económico de la relación: Lolita nunca paga la cuenta.

Con el tiempo, fui dándome cuenta de que Pedro demandaba mi colaboración cada vez con más frecuencia. No solo la mía, sino también la de mis padres. Pequeños préstamos porque nunca tenía efectivo en el momento preciso. Una excesiva alegría cada vez que mi madre se ofrecía a pagarnos algo. E, incluso, una voluntad cada vez más obscena de ir a ver a la tía abuela para que a él y a sus hijos también les tocara alguno de esos billeticos de diez.

La última vez que entré en casa de Pedro, me debía algo más de 1000 euros y se acababa de comprar un iPad. Ante la mirada reprobatoria que le dirigí cuando vi el artilugio sobre el escritorio, corrió a explicarme que lo había pagado con un remanente de dinero del proyecto de investigación de la universidad, uno de esos sobrantes de presupuesto para material de oficina que debe gastarse antes de final de año para que las cuentas cuadren. Nunca supe si era verdad o no. Seguramente a muchas personas 1000 euros les parezcan irrelevantes. En cierto sentido, para mí también lo eran, por eso no me alarmé hasta mucho después, cuando a esa cifra hubo que sumarle la parte de los muebles que yo había pagado o la fianza del piso que habíamos alquilado entre los dos, entre otras muchas cosas.

Pero no pasemos tan de puntillas. Por otro lado, 1000 euros sí es un montante significativo. ¿Os imagináis vivir siempre 1000 euros por debajo de vuestra pareja? ¿Cómo afectaría eso a vuestro día a día? ¿Qué sentiríais cuando fuera sábado y quisierais ir al cine y a cenar fuera? ¿O cuando os propusieran un fin de semana en una casa rural con unos amigos? ¿O cuando os invitaran a una boda inesperada en la que hay que pagar el cubierto y comprarse ropa nueva? Además, las deudas nunca se quedan estancadas y ese número no dejaría de crecer paulatinamente, generando más y más malestar.

Ahora añadidle a la ecuación el siguiente supuesto: sois un hombre levemente intelectualizado y con ínfulas de moderno pero, en el fondo (o no tan en el fondo), la vieja masculinidad os ahoga y depender del dinero de una mujer mucho más joven que vosotros os aprieta lentamente la garganta.

Se trata de una incomodidad de baja intensidad, pero constante. Se trata de la continua sensación de que *esto no debería ser así*. Una percepción borrosa que enturbia las dos partes. La juventud no paga por sus amantes, sino que cobra de ellos. Algo no funciona.

Ahora veo lo obvio: los problemas económicos de Pedro fueron un factor determinante en su comportamiento. La desesperación por no cumplir el papel que el incipiente ocaso de su masculinidad exigía derivó en una agresividad gestionable solo a ratos. Probablemente si hubiera tenido más dinero no hubiera necesitado pegar hostias contra la pared, ni contra mí. El dinero le hubiera otorgado la suficiente sensación de control como para no convertirse en un maltratador.

¿O no?

En cualquier caso, contribuyó al aumento de la violencia. Era un problema. Yo no lo vi. Mil puntos para el sistema.

2. DE CUANDO ESCUCHÉ POR PRIMERA VEZ CITAR A *FOUCAULT* Y ESCRIBÍ EN MIS APUNTES *FUCO*

ME RESULTA REALMENTE DIFÍCIL hablar de esto. El discurso se me espesa en la boca, se vuelve grumoso. Empiezo a pensar que no le interesa a nadie o que se va a malinterpretar. Y abandono.

Intenté escribir sobre ello en un poemario. Se llamaba *El recelo del agua*. Quería hablar de la pobreza como columna vertebral de la identidad moderna, hablar del complicado acceso a la cultura en este país a las élites culturales de este país, hablar de la sensación de seguir siendo *los de abajo* aunque nos llenemos de títulos académicos, hablar de una humildad servil heredada que dobla imperceptiblemente nuestra espalda como el peso blando pero inevitable de una toalla mojada.

Quería señalar algo sencillo, pero doloroso. Yo había llegado a la universidad y me había convertido en doctora en Literatura Contemporánea. Sin embargo, seguía estando muy lejos de *ellos*.

Y eso tenía una explicación.

Mi madre nunca pisó una escuela. Mandaron a un maestro que venía de muy lejos y reunía a algunos de los chiquillos que vivían en los cortijos y chabolas cercanos a Vélez-Rubio (Almería). Entre los aprendices había una muchacha, la más mayor de todos, que debía de tener unos catorce años. Después de acudir dos o tres días aislados a dar lecciones, el maestro desapareció. La muchacha también. Se marcharon de noche para que nadie los viera. Ahí acabó la educación formal de mi madre.

Viví mucho tiempo compadeciéndola por haber sido víctima de una sociedad que hundía a las doblemente marcadas: pobres y mujeres.

Después, viví mucho tiempo enfadada con ella porque nunca intentó ponerle solución. Ni siquiera después de jubilada aceptó matricularse en una escuela de adultos.

Ahora, respeto su decisión e intento desentrañar ese velo imperceptible que le agacha la cabeza todavía hoy y que yo he heredado sin saberlo.

Pero, sobre todo, viví durante casi toda mi existencia convencida de que eso solo me pasaba a mí, a mi familia. Convencida de que era un *problema* individual. Mi cabeza tejía toda una serie de explicaciones para justificarlo: mis padres eran más mayores de lo que deberían ser y pertenecían a otra época, habían nacido en una zona de España especialmente deprimida a nivel económico o, sencillamente, habían tenido *mala suerte*. Otros mil puntos para el sistema que consigue aislar y, por tanto, desactivar la conciencia de clase y la de género.

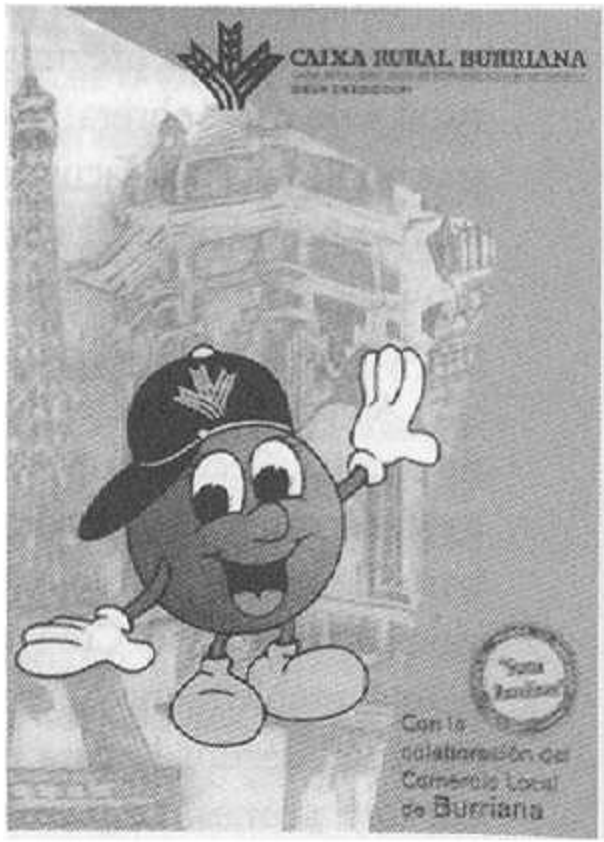
Mi madre había pasado hambre de pequeña. Mi padre no tanto, pero casi. Ambos habían sido emigrantes. Después de dar vueltas por el mundo, desde Argentina a Alemania, mi familia se desperdigó por diversos puntos del Mediterráneo. De norte a sur: Elne, Lérida, Cerdanyola del Vallès, Borriana y Felanitx. Ni demasiado lejos ni demasiado cerca de la dura y seca Almería de interior a la que pertenecían. Nunca en urbes excesivamente grandes, en las que se sentían como elefantes en una cacharrería.

El franquismo les había dotado del imaginario adecuado para ello a través de su propia industria cultural. Mi padre, aún en su plena juventud, se identificaba orgullosamente con el Paco Martínez Soria de *La ciudad no es para mí*. Cuando yo era pequeña, en los noventa, pensaba que era la única niña del mundo a la que obligaban a ver ese tipo de pelis. Tuvo que pasar mucho tiempo para darme cuenta de que no era así y solo ahora caigo en la cuenta dela gran frecuencia con que las proyectaban en la tele del momento. Esta perversa configuración de lo rural (perversa por torcida, por

inexacta) atraviesa toda la genealogía familiar.

Allá por los años dos mil, acudimos al convite de una comunión en un restaurante un tanto pretencioso. Tras observar la distribución de los invitados en el tablón de la entrada, me senté en la misma mesa que una prima hermana mía, su marido y sus hijos. Sobre la mesa, alrededor de cada plato, se disponían un montón de tenedores, cuchillos, cucharas y copas. Cuando los camareros trajeron el primer plato y hubo que enfrentarse a la elección de cubierto, el marido de mi prima exclamó: ¿para qué nos sacan tanto tenedor y tanta hostia? ¿No saben que nosotros somos ruralines o qué?

Los ruralines, en aquel momento, eran los puntos que la Caja Rural te proporcionaba con la compra de determinados productos financieros y que podían intercambiarse por viajes u objetos. No es casualidad que la Rural fuera la caja de ahorros elegida mayoritariamente por los habitantes del pueblo. No es casualidad que su departamento de *marketing* escogiera el gracioso e *inofensivo* término de ruralines para sus puntos canjeables. No es casualidad que el marido de mi prima se identificara *naturalmente* con este nombre.



Lo que resulta llamativo es que ni el marido de mi prima, electricista, ni mi prima, peluquera, trabajan en el medio rural, como sí lo hacían de manera más o menos directa mis padres y mis tíos. Tampoco lo haré yo, aunque pueda nombrar más de diez variedades de naranja sin pensar (navelate, navelina, Washington, clemenules, clemenvilla, hernandina, marisol, salustiana, sanguina, oroval). Sin embargo, la etiqueta de rural, a través de un proceso deformador, ya no estaba solo ligada a la vida del campo sino a la idea de incultura y de pobreza.

No solo se había conseguido esta torsión injusta del adjetivo *rural*, sino que se había conseguido que nosotros nos identificáramos y nos sintiéramos protegidos con la más negativa de sus connotaciones. La habíamos estirado como un chicle, la habíamos convertido en un paraguas que recogía también, y sin presentar

contradicciones, a los trabajadores de los almacenes de cítricos, a los de las fábricas de azulejos e incluso a sus primeros hijos universitarios que habían estudiado Ingeniería Química para entrar en los departamentos de pintura de esas mismas fábricas. De un modo u otro, todos veníamos del campo. La clase obrera que se dio de bruces con la crisis económica del nuevo siglo tenía un origen rural, como lo tenía casi todo el país, aunque la Transición nos hubiera borrado el pasado terroso y nos hubiera inventado una modernidad urbana, colosalmente sintetizada en eventos como los Juegos Olímpicos de Barcelona 92.

Mi vida ha estado cuajada de escenas que me han devuelto una y otra vez a la pregunta sobre el origen, sobre el hecho de ser rural y de clase obrera. Esos momentos-catapulta se precipitaron tras mi llegada a la facultad. Me matriculé en Filología Hispánica, así que no corría el peligro de encontrarme con hijos de grandes familias: los ricos no estudian carreras de humanidades en una universidad pública.

Algunas compañeras del colegio quisieron saltarse las reglas no escritas. Recuerdo especialmente a una de ellas. Se fue a Madrid a estudiar algo relacionado con *business*. Regresó dos años después, harta de llorar, y estudió Magisterio Infantil en la capital de provincia más cercana. Creo que actualmente es feliz siendo maestra, pero el problema no es ese. Me entendéis, ¿verdad? Ese ambiente no era el destinado para una chica de pueblo, hija de un vendedor de melones. La presión le pudo y la recondujo a un destino mucho más acorde con las expectativas que se podían tener sobre ella. También recuerdo a otro chico que marchó a la capital, fue a estudiar algún tipo de ingeniería muy especializada. No volvió, pero nunca acabó la carrera y se gana la vida como entrenador de un equipo de fútbol juvenil.

Retomo mi llegada a la universidad. Filología no se podía cursar en Castellón, así que tuve una excusa para irme a Valencia, una ciudad más grande que me daba la oportunidad de dejar la casa paterna porque estaba más lejos. En aquel momento, no eran las élites económicas las que más me preocupaban, sino las culturales

(también tardé mucho tiempo en percatarme de los estrechos vínculos que unían a unas y a otras). Desde los primeros días tuvo lugar una división clara. Los alumnos se separaron como las aguas del Mar Rojo ante Moisés: por una parte, relucía un flamante grupo de estudiantes que vivían en la ciudad y se manejaban con cierta soltura en el nuevo medio académico; por otra, se conformó una cuadrilla que aglutinó a todos lo que veníamos del pueblo, del que fuera, y que actuábamos con cierta torpeza asustadiza. Poco a poco fui descubriendo que muchos de los jóvenes que nutrían el primer grupo habían estudiado en el Liceo Francés o en el Colegio Alemán, eran hijos de profesionales liberales en su mayoría y actuaban con una mayor confianza en sí mismos. Los otros desconocíamos que existiera un sistema diferente al del centro público del barrio y nuestros padres manejaban el tractor, eran peones de obra, trabajadores de poca relevancia en fábricas, cajeros de supermercado o dueños de pequeños negocios y nos movíamos con una inseguridad que no era propia de nuestra juventud. Parecía que, en cualquier momento, alguno de nosotros iba a gritar en mitad del pasillo de la facultad: ¿no saben que nosotros somos ruralines o qué?

El marido de mi prima se llama Cipriano, Cipri para los amigos y la familia. Quizá el nombre ya es un destino. Mi padre se llama Antonio; mi abuela, María Josefa; un amigo de mi madre que emigró casi a la vez que ella, Eufrasio. Sin embargo, los hijos de Cipri se llaman Alex y Pau y a mí me bautizaron como Beatriz.

Al recordar la anécdota de Cipri, pensaba en si Alex o Pau o yo hubiéramos dicho algo parecido. Para nosotros, más jóvenes, la película *Titanic* ya era un referente pop, así que probablemente nos vendría a la mente la escena en que Leonardo DiCaprio cena en primera clase y una nueva rica le dice por lo bajini que empiece utilizando los cubiertos que están más alejados del plato y, paulatinamente, se vaya acercando a este. Pero DiCaprio muere al final de la película. No muere por amor. Muere porque es pobre. Me equivoqué. Quizá el nombre no es el destino.

Además de la separación de las aguas que se produjo durante mi

primer curso universitario, tuvieron lugar montones de pequeños incidentes en aquellos años.

Uno de ellos tuvo lugar cuando el dueño de la autoescuela en la que me matriculé con dieciocho años recién cumplidos me acompañó la segunda vez que me presenté al examen práctico de conducir. Era un hombre de unos cincuenta y pico años, con una barriga prominente, el pelo casi blanco y la seguridad de quien controla varios negocios que funcionan bien en la capital. Cuando me comunicaron que había suspendido otra vez, pensé automáticamente en que tenía que renovar papeles y, por tanto, pagar. Y me eché a llorar porque no quería pedir más dinero. El hombre me miró y dijo: «No te preocupes, a las chicas de pueblo les suele pasar esto. Tarde o temprano aprobarás, tranquila». Me gustaría decir que había condescendencia en sus palabras, pero me temo que había compasión y eso fue lo más aterrador de todo.

Otro de ellos tiene que ver con la Beca Erasmus que me empeciné en pedir para estudiar un año en un país europeo. Me costó enormes discusiones con mi madre y graves problemas económicos. Mi padre no se creyó que me iba hasta la noche de antes y no se creyó que me fueran a ingresar el dinero de la beca hasta después de ver el extracto bancario, casi seis meses después de haberme marchado. La pobreza y el origen les habían convertido en personas desconfiadas. Yo era la primera de la familia que iba a acabar una carrera universitaria. Ser también la primera en estudiar en un país extranjero era para ellos demasiado, así de sencillo.

El anticosmopolitismo era otra de las características perversas con las que se había dotado a lo rural. La continuación lógica de *La ciudad no es para mí* tenía que ser *el extranjero no es para mí*. Cuando acabé Bachillerato, una fundación me premió con un curso de tres semanas en Inglaterra. Fui con otros cuatro estudiantes del pueblo. Nos lo pagaban todo porque teníamos los mejores expedientes académicos de aquel año. Una de ellas, cuyos padres tenían una parada en el mercado, se volvió a las dos semanas. Ojo, cuando digo mercado no quiero decir uno de esos edificios bonitos que se han recuperado como zonas *gourmet* para hipsters, sino las zonas de

venta ambulante que se organizan una vez a la semana en casi todos los pueblos y en algunos barrios de las ciudades. Los motivos de su partida nunca quedaron claros: no se encontraba bien, no estaba a gusto en aquella residencia… Era la primera vez que salía al extranjero. Yo aguanté las tres semanas, pero regresé deprimida y con un importante trauma hacia la cultura anglosajona: si yo era una buena estudiante y había hecho todo lo que estaba en mi mano a lo largo de todos mis años de aprendizaje, ¿por qué aquel viaje no había salido bien?, ¿por qué no me sentía cómoda?, ¿por qué no entendía una sola palabra de inglés ni era capaz de articular sonido?, ¿por qué no me comportaba con la soltura con la que lo hacían otros jóvenes y adolescentes con los que nos encontramos en el aeropuerto o en las clases de la academia? ¿Recordáis aquello de cargar el peso blando de una toalla mojada que decía al principio de este capítulo? Ahí lo tenéis. No bastaba con que hubiera obtenido las mejores notas, había algo que me diferenciaba. Algo que nos diferenciaba.

Mi trauma con el inglés perduraría durante años. Por eso, entre otras cosas, decidí escoger Italia como destino Erasmus. La ciudad concreta la escogió la compañía aérea más económica del momento, es decir, elegí el lugar más barato: Pisa. La mayoría de las personas que se aprovecharon de estas becas en la universidad formaban parte del primer grupo, aquellos que permanecían al otro lado del Mar Rojo. Todos ellos se sorprendían al conocer mi decisión: *pudiendo ir a Roma, a Florencia o a Bolonia ¡qué locura quedarse en Pisa!* Bastaba mirar los precios de los vuelos y los alquileres para entenderlo, pero a ellos no parecía preocuparles.

A la hora de la verdad, tampoco a los que fueron mis compañeros en Pisa parecía preocuparles. La mayoría había ido a parar allí porque no tenía una media lo suficientemente alta y, cuando fueron a seleccionar destino, ya se habían ocupado todas las plazas previstas para la Universitá degli Studi di Firenze, así que acabaron en la ciudad universitaria más cercana. Durante un tiempo parecíamos todos iguales. La extrañeza ante el país y la lejanía de casa nos unía. Sin embargo, pronto aparecieron las diferencias. Las dificultades para encontrar una habitación que se acomodara a los

diversos bolsillos o la ligereza o seriedad con que nos tomábamos los estudios apuntaban directamente hacia los distintos planos desde los que veníamos. No obstante, el hecho-catapulta que más me impactó, a pesar de ser el más nimio, tuvo que ver con mi forma de comer la fruta.

Casi todos acudíamos a comer a la *mensa*, es decir, a la cantina. Como en casi todas las universidades europeas, el postre era yogurt o fruta. Imaginémonos que hoy hay plátano o manzana o lo que prefiráis. Con una mano sostendría la pieza pelada (o no) y, con la otra, el cuchillo, con el que iría cortando cada pedazo y llevándomelo a la boca, cogiéndolo con los dientes directamente del filo. Es verdad que este uso del cuchillo se asemeja quizá al de una navaja o un pequeño machete. Es verdad que ese era el modo en que mi padre y mi madre habían comido siempre la fruta y no solo la fruta. Podría ser verdad también que fuera una herencia del trabajo en el campo, que les obligaba a comer sentados sobre una piedra mientras tomaban un mínimo descanso. No obstante, yo no había pensado nunca en todo eso. No me había dado cuenta de que una cosa tan sencilla y cotidiana como el modo de comerse una pieza de fruta delataba mi origen. De hecho, mientras escribía este texto, me ha costado unos segundos darme cuenta de que he utilizado la palabra *delataba*, y delatar implica revelar algo que es reprochable, algo que es malo. Y así, mal, es exactamente como me sentí cuando algunos compañeros, tras varios días almorzando juntos, me señalaron que les hacía mucha *gracia* mi modo de comer. Desde ese día intenté coger siempre el yogurt como postre, a pesar de que nunca me han gustado los lácteos.

No obstante, la vez en que me hicieron sentir más fuertemente pillada en falta no tuvo lugar en Italia, sino antes, en Valencia, en una clase de Literatura Contemporánea, una asignatura troncal de segundo curso. Tuve una brillante profesora argentina que me abrió la mirada hacia estupendas lecturas hispanoamericanas (y no hablo de las cómodas aunque espléndidas novelas del *boom*, sino de todo lo que el *boom* no nos había dejado ver, todo lo que no habíamos querido ver). Me enseñó a pensar de un modo diferente. Me dio

herramientas para expresar ese pensamiento. En definitiva, me dio un marco teórico.

En una de las primeras clases de la materia, nos enfrascamos en un arduo debate. Tres alumnos, repartidos estratégica aunque azarosamente a lo largo de un aula grande con graderío, comenzamos a debatir entre nosotros y lanzarle preguntas a la profesora como pelotas de *ping-pong*. Unos pocos alumnos seguían el partido moviendo sus cabezas de izquierda a derecha, donde estaban los dos chicos; y de adelante hacia detrás, donde estábamos la profesora y yo (también me costó mucho tiempo sentarme en las primeras filas de cualquier evento). El resto, la mayoría, se aburrían soberanamente. Algunas de mis amigas me miraban con cara de *para qué te estás metiendo en este berenjenal*.

Yo estaba pletórica. Esas situaciones siempre me han proporcionado maravillosos chutes de adrenalina. Como si las puertas dela presa se rompieran de golpe y por fin las aguas pudieran dirigirse hacia su cauce natural. Sin embargo, indefectiblemente, sufro después un bajón terrible. Paso días y días atormentándome por cada una de las palabras que he dicho. Revivo las conversaciones, punto por punto, una y otra vez. Pienso en aquello que no dije y debería haber dicho. Pienso en lo que tendría que haber callado. Cada reposición mental me presenta un panorama más negro de mi intervención. Me torturo. Me torturo. Me torturo. Mi cabecita corrige la desviación de haberme colocado en un lugar en el que una ruralina no debería estar.

Cuando volvía a casa de mis padres los fines de semana, rehacía internamente los discursos mientras pelaba los tomates escaldados que usábamos para hacer conserva. Ese era uno de mis grandes castigos de adolescencia. Cuando salía por las noches y regresaba a las tantas, casi de madrugada, mi madre me esperaba sentada en la cocina con un barreño de tomates escaldados encima de la mesa y otro vacío, en el suelo, entre las piernas. Sin decir una palabra, alargaba un brazo y arrastraba una silla que colocaba a su lado. A trabajar. Una hora después, aproximadamente, me dejaba ir a acostarme. Muchas veces ya estaba amaneciendo. En aquel entonces

me mordía las uñas y no solo las uñas. Me mordía los pellejitos que rodeaban a las uñas. Tiraba con los dientes de las pielecillas casi traslúcidas que se levantaban en la base. Tiraba hasta que el dolor pequeño pero agudo era demasiado y entonces mordía para arrancarlo. No recuerdo nada que escueza tanto como el contacto de los tomates con la constelación de heridas de los dedos. *Tot el que cou, cura* decían. Pero es mentira. No es casualidad, supongo, que escoja esos momentos para recomponer mentalmente la explicación que podría haber dado. Ya no me hace falta mi madre. Yo solita me castigo.

Dejé de morderme las uñas, aunque lo único que hice fue sustituir esas casi imperceptibles autolesiones por otras que han ido variando según la época de mi vida. Mírame los brazos en verano.

Sobre todo el derecho. Parece un trillo (¿sabes lo que es un trillo o trilla? Como su nombre indica, se utiliza para trillar, seguramente lo habrás visto alguna vez, o no, búscalo un segundo en Google imágenes, porfa). Mi brazo derecho está lleno de diminutas muescas oscuras, microarañazos como ráfagas que se intensifican a medida que se acercan al hombro y, por tanto, pueden ser más fácilmente disimulados con una media manga. En realidad, son pequeños pellizcos que me inflijo con las uñas que ahora llevo muy largas por miedo a volver a morderlas si las veo al filo de la carne. Decenas de minúsculos cortes. El brazo se me hincha y arde, pero no dejo de apretar. A veces lo hago también en otras partes del cuerpo.

En alguna otra etapa me he dado pequeños mordiscos en la zona interna de las mejillas o de los labios hasta producirme pequeñas llagas. Pequeñas, pequeños. Me repito. Minúsculos, micro, diminutos. Escribiendo esto me percato de mi insistencia en describir las heridas desde el ámbito de lo menor. Para restarle importancia, supongo. Para no asustarme, tal vez. Para que nadie crea que estoy zumbada y eso explique que me dejara hacer daño por Pedro. La cuestión es que las llagas estaban siempre a punto de sangrar levemente y el sabor herrumbroso me tranquilizaba, creo. No sé. Lo que sí he hecho toda la vida es apretar el lóbulo de la oreja contra el cuello, presionando así la parte posterior del

pendiente contra la carne, horadándola. Una punzada precisa que podía mantener, con intensidad variable, durante una cantidad indefinida de tiempo mientras sujetaba un libro o movía el cursor con la otra mano. Algunas veces me doy cuenta de que lo estoy haciendo delante de mis alumnos. En ocasiones me miro en el espejo, fijo los ojos en las orejas y me doy cuenta de que los lóbulos se han ensanchado, caen mucho más de lo que deberían y las circunferencias infantiles de los agujeros se han convertido en óvalos alargados por el peso de los pendientes, que son cada vez más grandes para disimular el anacrónico descuelgue pero que, paradójicamente, ayudan a este mismo proceso. ¿Pueden tener mis orejas muchos más años que yo? Cuando hablo con alguna señora mayor, no puedo evitar buscarle los lóbulos e imaginar los milímetros que ha descendido la carne blanda tras el arete. Supongo que hay que ser gilipollas para llorar delante del espejo porque los lóbulos se te han agrandado, en vez de llorar por el boquete permanentemente encendido que se esconde detrás, que casi no puedes rozar porque te duele y que tú misma has provocado.

Pero no adelantemos el castigo. Estaba yo en aquella clase de segundo de carrera, pensando febrilmente y rebatiendo comentarios sobre el último libro de cuentos que habíamos leído como tarea obligatoria de la asignatura. Lo aparentemente brillante del lenguaje de su autor se me había desmoronado ante la primitiva y ridícula aparición de los personajes femeninos: mujeres deseadas, vaciadas, falsamente icónicas. Perversamente míticas. Fosilizadas. Meros recursos narrativos para hacer avanzar la ficción y extender las alas y las fisuras del deseo masculino.

La profesora parecía azuzarme. Se lo agradecí. Uno de los chicos rebatía mis argumentos sin mirarme, dirigiéndose directamente a la que años después sería mi directora de tesis. Sin exaltarse aparentemente, desplegaba un arsenal de citas que parecía manejar con soltura. Ahora estoy bastante convencida de que se inventó muchas, pero entonces no lo podía saber. Atribuía esta o aquella idea a este o aquel teórico, según le conviniera. Por supuesto, no nombró a ninguna mujer. Desdeñaba mi análisis, cada vez más

afilado, del texto. En realidad, no me contestaba, solo sobreponía su lectura a la mía. El otro chico puenteaba entre ambas interpretaciones, se escoraba hacia una u otra dependiendo de cada argumento concreto. Alguna vez enfrentó al gallo del corral poniendo en evidencia su pedantería vacía. Alguna vez me regaló la referencia teórica precisa para reforzar lo que yo estaba defendiendo. Era evidente que no quería entrar en conflicto directo, pero también era evidente que había tenido el suficiente olfato como para percatarse de que aquella batalla, en verdad, no tenía que ver con nuestra capacidad intelectual ni nuestra destreza filológica. Eran dos maneras de estar en el mundo las que se enfrentaban. Dos orígenes, más allá de las coordenadas geográficas. Éramos *los de arriba* y *los de abajo* debatiendo, aunque él no fuera rico, ni yo me muriera de hambre. Me volvería a pasar muchas veces en la vida. Me sigue pasando, pero entonces todavía no era capaz de detectarlo. Entonces, me enfadaba y sentía una envidia turbia por aquel mar de referencias culturales que yo no tenía y aquella naturalidad para colocarse en el lugar de quien posee y gestiona la cultura como quien ha nacido para ello. La frustración me bloqueaba. Teníamos la misma edad. Vivíamos en el mismo país. Habíamos llegado al mismo nivel de estudios. Si había que marcar diferencias, mis calificaciones eran más altas. Entonces, ¿por qué no sabíamos lo mismo?, ¿qué había hecho yo mal?

Poco después me enteré de que su padre había sido el dueño de una librería comunista mítica de la ciudad, su madre era profesora en la Escuela Oficial de Idiomas y él había estudiado en el Liceo Francés. Ahora sí que no entendía nada. Atendiendo a las ensoñaciones de mi yo adolescente, previo a la universidad, un chico con ese perfil debería haber sido el protagonista de mis sueños de amor romántico juvenil: interesante, intelectualizado, con conciencia política… Sin embargo, era mi adversario. O, en el mejor de los casos, alguien perteneciente a un plano vital ajeno al mío y hostil. Algo se estaba desmoronando.

Creo recordar que pretendía convertirse en un afamado y cultureta director de cine. Probablemente su padre, algo más

práctico, pero igual de ambicioso, quería convertirlo en profesor universitario. Me parece que se fue a estudiar un máster al extranjero. No sé qué ha acabado haciendo. No me interesa. Lo que me interesan son las expectativas. Yo me había matriculado en Filología sin conseguir que mi padre llegara a pronunciar correctamente el nombre de la licenciatura. Cada vez que alguien le preguntaba «qué estudia la niña», él contestaba «Filosofia», que era un nombre que sí podía reconocer desde su conocimiento del mundo. Después de corregirle mil veces y de que me preguntara otras tantas para qué servía eso que yo estudiaba, sustituyó su respuesta por «estudia *pa* maestra» y la sentencia quedó inamovible hasta el día de hoy.

En mi casa no había más libros que las lecturas obligatorias que mi hermana había leído en el instituto. Desconocíamos la existencia y el funcionamiento de casi todas las profesiones liberales. Sabíamos que debíamos evitar trabajos como limpiar casas o ir al almacén (en alusión al trabajo que hacían las mujeres en las naves industriales donde se procesaban las naranjas u otras frutas), que eran los trabajos que desempeñaba mi madre. Lo que deducíamos de sus advertencias era que el peor destino del mundo era el suyo. El autoodio, más o menos matizado, fue nuestra gran herencia. Sin embargo, nuestros padres no soñaron con que fuéramos médicos o abogados o arquitectos para corregir nuestro destino aciago de pobres. Para ellos el ascenso de clase social consistía en conseguir un puesto de cajera en Mercadona, la red de supermercados que estaba en pleno auge durante nuestra adolescencia. Allí se podía trabajar calentita en invierno y fresquita en verano, decían. Hacías tus horas y te ibas a casa, decían. Estaba bien pagado, se cobraba bastante más que en otras superficies o en hostelería. Si estabas embarazada, te dejaban sentarte en una silla en la caja (esto lo repetía mucho mi madre, solo ahora me doy cuenta de todo lo que esconde detrás esta afirmación reiterada y siento compasión). Te dejaban coger media jornada mientras los niños eran pequeños y te mantenían el sueldo casi entero, decían. Era importante saber cómo gestionaban la maternidad las empresas en las que podíamos trabajar. Mi madre

había perdido la antigüedad en el almacén cuando me tuvo a mí. Nadie contemplaba que no fuéramos a ser madres. Ríete tú de Lázaro de Tormes o Julien Sorel. Esto sí que era medrar socialmente.

Después sería peor. Vendría la crisis. Mi hermana perdería su trabajo de encargada en un pequeño comercio. Prejubilarían a mi padre. A medida que las cosas empeoraran, lo que había sido horrible ya no lo sería tanto y mi madre empezaría a decir cosas como que, por suerte, ella siempre podría intentar meternos en el *almacén* en que ella trabajaba, *si hiciera falta*. El único límite que nunca se permitió superar fue el de limpiar casas. Ahí tocábamos hueso. La gran expectativa sociocultural que mis padres tenían sobre mí era que me dedicara a cualquier tarea que no implicara limpiar el váter de nadie. Ahí residía el éxito. Igualito que mi compañero de carrera. Lo de la limpieza quizá lo retome en otro capítulo.

Acabo de leer el párrafo anterior y he sentido una punzada de culpa. Obviamente, mi madre no sabe quién es el Lazarillo y mucho menos Julien Sorel. Utilizarlos aquí como referente, mientras hablo de mi familia, me hace sentir mal. Ni siquiera puedo explicar con claridad por qué, pero me hace sentir mal. Debería borrarlo o reescribirlo, como otras tantas cosas que he borrado. Escribir un libro es borrar. Pero finalmente decido dejarlo por si ayuda a explicar este extraño empozamiento en el que me siento tantas veces.

Como os decía, mi circunstancia era igualita a la de mi compañero, válganme todas las ironías del mundo. Mi situación no me pertenecía a mí sola, tampoco la de él. Éramos fruto de una larga herencia silenciosa y, a pesar de la batidora de la modernidad, seguíamos estando en lugares diferentes. El otro chico, el tercero en discordia, me buscó al acabar la clase. Me preguntó el nombre. No habíamos coincidido el curso anterior. Era todavía una de las primeras semanas del segundo año. Fue amable. Me dijo que le parecía muy interesante lo que yo había dicho y me pidió los apuntes de las dos clases anteriores, a las que no había podido asistir. Poco después me enteré de que su padre era de Onda, el pueblo

donde estaba la fábrica en la que mi padre se había jubilado. Era de Onda, aunque se había ido a vivir a Valencia con su mujer en cuanto se casó, y daba clases de Historia de la Filosofía Española en aquella misma universidad. Aquella combinación me parecía imposible. Lo debí interpretar como una señal del universo, vete tú a saber. La cuestión es que, al poco tiempo, empecé a salir con él. No con el padre, sino con el hijo. Iba a añadir a la frase anterior la muletilla *obvio*. No con el padre, sino con el hijo, obviamente. Pero conociendo el patético historial de hombres con hijos casi de mi edad que intentaron acostarse conmigo en los años siguientes, no resulta nada obvio, por desgracia. La gran mayoría de ellos eran profesores universitarios, no estoy segura de si eso es otro tema o no, pero lo dejo aquí, al menos de momento.

Fue la primera vez que tuve un novio que no era de mi pueblo ni de ningún pueblo cercano. Ahora me pregunto qué buscaba empezando a salir con aquel chico. ¿Quizá que algún iniciado me introdujera en ese mundo de distinción al que no pertenecía? ¿Alguien con un anclaje en mi lado del mundo que me explicara cómo saltar la brecha? Quién sabe.

La cuestión es que aquel día le dejé mis apuntes. Le advertí de que no tengo la mejor letra del mundo y de que algunos fragmentos podían estar confusos. Me gustaba revisar los apuntes de clase para completar datos que no me había dado tiempo a apuntar mientras la profesora hablaba. Comprobaba que las fechas eran las correctas, que los títulos de las lecturas estaban bien escritos. Ese tipo de cosas. Los pasaba un poco a limpio. Pero aquella semana no me había dado tiempo. Se los dejé tal como los tenía. Era viernes. Pensaba darles una miradita el fin de semana, pero ese día era viernes y todavía no lo había hecho.

Cuando me los devolvió el lunes siguiente, no hizo ningún comentario sobre ellos. Me dio las gracias efusivamente y me invitó a almorzar en la cafetería de la facultad. Esa tarde, me puse a organizarme la asignatura y releí las hojas que le había dejado. Tardé un rato en darme cuenta de que, al final de una de las páginas, justo encima de donde se leía *Fuco*, él había escrito en lápiz, sin apretar

mucho la mina, «se escribe Foucault».

Creí que la vergüenza me partía en dos. Fue una sensación dolorosa, de verdad, físicamente dolorosa. En el piso de estudiantes todavía no teníamos internet, los móviles aún no tenían acceso, así que ni siquiera pude buscar aquel nombre que nunca había escuchado hasta la semana anterior. No sabía nada de Michel Foucault, ni de Roland Barthes, ni de tantos otros. De nuevo, la fisura: ¿debería haber oído hablar de ellos?

Hoy me da ternura el gesto de aquella empollona de diecinueve años que transcribió el nombre del pensador francés a perfecto castellano, con su tilde incluida. Y también me da ternura el gesto de aquel chaval de veintiuno que, tras dudar un rato, se animó a escribir con lápiz el nombre de Foucault, aunque sin apretar mucho la mina. Sin embargo, aquella tarde me harté de llorar.

3. DE POR QUÉ EMPECÉ A ESCUCHAR CAMELA PARA QUE MI MADRE ME QUISIERA (PRIMERA PARTE)

TRABAJARON COMO MULAS. SOBRE todo, ella: encajar naranjas en un almacén, recoger bajocas en el campo, limpiar apartamentos. Él trabajaba en los huertos, era hornero en una fábrica de azulejos y hacía el mantenimiento de un pequeño negocio de alquiler de máquinas recreativas que había montado su hermano.

Mi madre, como la mayoría de las personas que trabajan en faenas vinculadas al campo, era temporera. Donde acabaron viviendo, lo que más había era naranja y la naranja es cosa de invierno. Así que era en verano cuando más iba a limpiar fuera. Trabajaba para una señora que tenía una cantidad enorme de apartamentos que alquilaba en las playas de los pueblos cercanos y, un poco más lejos, en el Grao de Castellón y en Benicàssim. Como nadie sabía qué hacer conmigo cuando yo era pequeña y la conciliación laboral era sencillamente imposible, mi madre me llevaba con ella en muchas ocasiones.

Finales y principios de mes, así como cambios de quincena, suponían jornadas titánicas de trabajo. Salíamos de casa a las cinco de la madrugada y volvíamos casi a media noche. Nos llevábamos bocadillos para comer, aunque ella casi no probaba bocado porque no había tiempo. Los inquilinos siempre estaban a punto de llegar. A veces íbamos nosotras dos solas y otras veces nos acompañaba una mujer que se llamaba Reme. La hija mayor de Reme tenía un quiosco en el pueblo, por eso solía traer una bolsita de chuches en el

bolsillo. Mi madre y ella se comían una o dos gominolas cada una y me daban el resto. No era el único aspecto positivo de estas jornadas. Algunas de las urbanizaciones donde estaban los apartamentos tenían piscina. Y yo podía chapotear, sola pero contenta, en aquellas bañeras descomunales que tanto me fascinaban.

Donde vivíamos no había piscina pública, así que íbamos a la playa, que era el gran divertimento democratizador de los veranos de mi infancia. Era gratuita y allí, tirados en la arena haciendo la croqueta, casi todos parecíamos iguales. Solo algunos poseían un chalet familiar en el que bañarse. Que alguno de ellos te eligiera como amigo para invitarte a su piscina era realmente difícil, casi tanto como que tu madre reuniera el dinero suficiente para que te eligieran fallera mayor del pueblo. Los no seleccionados nos remojábamos con la manguera en el huerto de nuestros padres.

Todavía hoy me asalta una discreta alarma cuando oigo a alguien decir que prefiere la piscina a la playa. «Es mucho más cómoda y segura. Luego no lo llenas todo de arena. El agua está más limpia». Miro el ceño y la nariz que se fruncen sutilmente al hablar con un poco de asco de la playa y me siento como si aludieran directamente a mí. La suciedad y la inseguridad siempre se asocian a los lugares que son de todos. El bienestar siempre está en otra parte.

Yo solo tenía acceso a esa otra parte como hija de la mujer de la limpieza. Qué paradoja.

Nada sabía yo de las batallas que sostenía mi madre con los conserjes para que me dejaran estar un ratito en la piscina mientras ella frotaba y lucía casas ajenas. Tampoco sabía nada de las quejas de algunos de los vecinos de la urbanización y de las advertencias que hacían a sus hijos para que no se acercaran a jugar conmigo. Había quien me miraba de soslayo y torcía levemente el gesto como si, por una extraña metonimia, yo llevara encima la suciedad que mi madre quitaba.

Cuando me cansaba de estar a remojo o empezaba a caer el sol, entraba en el apartamento y buscaba el balcón. Casi todos tenían un hermoso balcón. Allí me sentaba y leía y leía y leía. Probablemente

uno de los motivos por los que fui una niña lectora era porque tenía que llenar todas las horas en que mi madre trabajaba, que eran muchísimas. Así que leía y releía todos los títulos juveniles que adquiría la biblioteca municipal. Estaré para siempre en deuda con la mamá de una compañera de clase que le explicó a mi madre lo que era la biblioteca y cómo funcionaba, y le pidió permiso para llevarme con su hija y tramitarme el carnet de socia. Si alguna vez lees esto: muchísimas gracias, Amparo.

Que no se engañe nadie, acompañar a mi madre no era ninguna fiesta, aunque tuviera recompensas infantiles como la de la piscina. En el mundo preYouTube las horas pasaban lentísimas. El tiempo se espesaba en aquellas urbanizaciones de las que no podía salir, templos del ocio ajeno que se convertían para mí en cárceles.

Mi madre trabajaba en silencio, con furia y con pena. No he visto a nadie currar con esa fuerza casi sobrehumana. Ahora que soy adulta pienso que yo no podría hacerlo. Creo que habría caído exhausta en algún punto de las dieciséis horas casi ininterrumpidas que ella llegaba a trabajar. Creo que mi cuerpo, sencillamente, habría colapsado. Sería bello decir que admiro a mi madre por su capacidad para damos amor o para ser feliz, pero sería mentira. Yo admiro a mi madre de una forma pura y primitiva. Admiro su resistencia física, su capacidad de trabajo hasta la extenuación, su potencia para sostener materialmente a la tribu. Su innata disposición a la supervivencia.

Mi madre trabajaba como solo trabajan los que lo han pasado verdaderamente mal, ¿me explico? Trabajaba como si le fuera la vida en ello, aunque hiciera muchísimos años que no pasara hambre. Mi madre, de algún modo intuitivo, sabe que la pobreza no solo tiene que ver con el dinero y que el trabajo duro es el único y el gran patrimonio de los pobres.

El espejo totémico que es mi madre me devuelve una imagen de mí misma como un ser débil y quebradizo. A su lado, todas mis embestidas académicas y profesionales son breves temblores. Mi cuerpo no resistiría un trabajo como el suyo. Durante muchos años, eso me hizo sentir culpable y se convirtió en un pretexto

inconsciente para dejarme explotar en múltiples trabajos, sobre todo aquellos que tenían que ver con la investigación o la cultura en general. Si no se me dormía el brazo derecho de puro dolor, es que el trabajo no era para tanto y yo, al fin y al cabo, era una privilegiada. Todavía hoy me cuesta, a veces, defender el trabajo puramente intelectual, a pesar de dedicarme a él. A pesar de que mi propia madre mira con admiración a todos aquellos que se dedican a él. A todos menos a su hija, que constituye un referente demasiado cercano y concreto para haber entrado en lo que ella considera otro mundo remoto e inalcanzable.

Esta especial visión de las fuerzas de trabajo me convirtió en una víctima, como ya he dicho. Pero, a la vez, también me colocó en una extraña posición de superioridad que me hacía mirar con un punto de estupefacción y desprecio a mis compañeros de trabajo cuando se quejaban del estrés o de que no tenían tiempo para nada. Una vocecita interior, realmente irritada, decía: tú no tienes ni puta idea de lo que es trabajar de verdad.

En esos largos días en que acompañaba a mi madre a *trabajar de, verdad*, le ofrecía montones de veces mi ayuda. Ella, de vez en cuando, me daba una escoba para que me entretuviera. Había pertenecido a una generación de niños que habían tenido que colaborar a la supervivencia de la familia. Había sacado a las cabras, descalza, hiciera frío o calor. Se había desgastado la infancia entre los cerros. Había aprendido la lección. Por eso, esa escoba que me pasaba de vez en cuando no era más que un mecanismo para callarme y hacerme sentir útil.

Algunos de los apartamentos estaban realmente sucios. No podía entender cómo se podía generar tanta basura en solo quince días o una semana, que era el tiempo que solían estar los inquilinos. En mi casa, la limpieza había sido siempre un signo de honradez. *Pobres pero limpios* parecía ser el lema oculto. De hecho, la insistencia en la higiene doméstica que tenían mi madre y otras muchas madres del pueblo era tal que resultaba perturbadora. ¿Qué clase de mancha pretendían borrar con tanta limpieza? ¿Sería la propia pobreza la que querían borrarse?

Uno de esos días en que yo andaba con la escoba, me empeñé en barrer debajo de la cama de matrimonio de la habitación principal. Mi madre estaba quitando las sábanas usadas a toda prisa y maldiciendo que yo anduviera enredándome entre sus piernas. «¿No hay más sitios en toda la casa? ¿Tienes que estar aquí en medio, barriéndome los pies? ¡No ves que no me dejas adelantar!». Yo quería estar cerca de ella. Si no me veía, no tenía sentido hacer ninguna labor. Habíamos pasado ya por muchos apartamentos. Estábamos solas. Yo andaba especialmente aburrida y ansiosa. Ella debía de estar ya agotadísima a esas horas de la tarde. Nos íbamos a acostar muy tarde y a la mañana siguiente había que continuar igual de pronto. Antes de meternos en la cama, habría que lavar el uniforme del trabajo de mi hermana para que diera tiempo a que se secara y habría que prepararle la comida a mi padre para cuando volviera de la fábrica al día siguiente y, obviamente, todo eso lo iba a hacer mi madre, no yo.

Entre el polvo que fui acumulando con el recogedor apareció la funda transparente que envolvía una caja de cigarrillos, el recibo de unos cuantos cubatas en un chiringuito de la avenida del puerto, un montón de arena de la playa y una especie de goma plasticosa con un líquido dentro y un nudo impidiendo que se derramara. Era un preservativo usado. Yo era pequeña y no lo reconocí. Lo cogí con la mano, con curiosidad, y le pregunté a mi madre qué era. A ella le costó unos segundos darse cuenta y, cuando lo hizo, me dio un tremendo manotazo en la muñeca para que lo soltara. Me había hecho daño realmente y me eché a llorar. Mi madre me miró un tiempo breve pero infinito sin decir nada. Entonces se fue agachando despacio hasta acuclillarse en el suelo y se puso también a llorar.

Mis lágrimas se cortaron en ese mismo instante y me quedé a su lado, en silencio. No volvimos a decimos nada hasta que llegamos a casa. Quizá esa noche mi madre empezó a soñar con que fuera cajera del Mercadona para no tener que recoger el semen de nadie.

Es una postura incómoda la de estar en cuclillas. Una no se deja caer del todo. Ni siquiera en el derrumbamiento se permite

destensar el cuerpo. ¿Por qué no se sentó en el suelo? ¿O por qué no se colocó, al menos, de rodillas? Hubiera sido una postura algo menos incómoda y más simbólica. La penitente. O la sacrificada. Sin embargo, se quedó en cuclillas, como si fuera a cagar o a parir. Tirando con fuerza de los gemelos. Con los codos sobre las rodillas y las manos apartándose las cortas y grasientas greñas de pelo que le caían sobre la cara. ¿Por qué castigarse con esa posición tan molesta?

Un verano, muchos años después, afónica y sudada en mitad de una enorme pelea a gritos con Pedro, corrí desde el comedor a esconderme en la habitación de matrimonio. Cerré con fuerza detrás de mí y, sin pensar, me acuclillé en el suelo con la espalda apoyada en la puerta para evitar que entrara. Los gemelos tirantes. Los codos sobre las rodillas. Las manos tapándome los oídos para no escucharle. El puñetazo que pegó contra la madera dejó una marca que no se fue jamás. Hundió y partió un listón generando montones de pequeñas aristas. Yo permanecí en cuclillas mucho tiempo, seguí allí cuando se hizo el silencio y esperé inmóvil a que me llegara el ruido de la puerta de entrada y el mecanismo del ascensor. Se había ido. Me costó meses darme cuenta de que, cada vez que Pedro se ponía agresivo, yo esperaba acuclillada, como mi madre, a que pasara el huracán.

Los días que íbamos a limpiar acompañadas eran diferentes. Reme tenía un poco más de edad que mi madre y era más habladora. Sus tres hijas eran ya mayores, las había tenido muy joven a todas, dos estaban casadas y a la otra le faltaba poco. A veces me miraba con esa ternura triste de quien ya no tiene niños pequeños a los que criar, pero se le pasaba rápido porque esperaba que la hicieran abuela pronto. Le gustaba cantar y, de tanto en tanto, se arrancaba con alguna copla mientras pasaba el mocho.

Era tranquilizador que Reme quebrara el silencio pétreo en el que trabajaba mi madre. Su voz era como la lucecita que te dejan encendida por la noche cuando tienes miedo. Esa pena dura y sin sonido con la que limpiaba mi madre (con la que vivía mi madre) daba un poco de miedo. Es feo tenerle miedo a una madre, ¿verdad? Olvidad esto último que he dicho. «Están clavadas dos cruces en el

monte del olvido por dos amores que han muerto que son el tuyo y el mío». ¿Tendría alguna cruz mi madre en el monte del olvido? ¿Se habría enamorado de alguien antes de conocer a mi padre con catorce años? ¿Y después? «La vecinita de enfrente no, no, nunca pierde la esperanza. Y espera de noche y día, sí, sí, aquel amor que no pasa. Se han casado sus amigas, se han casado sus hermanas. Y ella compuesta y sin novio se ha quedado en la ventana». Había dicho tantas veces que, si pudiera volver atrás, se quedaría soltera. Si no fuera por sus hijas, decía ¿Por qué te quedarías soltera, mamá? «Si en el firmamento poder yo tuviera, esta noche negra lo mismo que un pozo, con un cuchillito de luna, lunera, cortara los hierros de tu calabozo». Crecer consistió en ir entendiendo los motivos por los que mi madre casi siempre estaba seria y triste. El principal de ellos era sencillo, sencillo y apabullante: estaba cansada. No cansada metafóricamente, no cansada del mundo y sus problemas, de la incomprensión o de las peleas. No. Estaba literalmente cansada, físicamente cansada. Reventada de tanto currar, como una yegua siempre exhausta al final de una carrera que no se acaba nunca. El agotamiento de la supervivencia no deja espacio a todo lo demás.

Con cuarenta y pocos años mi hermana se quedó en el paro. Nos llevamos once años de diferencia, no sé si os lo había dicho. Perdió el trabajo con una edad inconcebible para el mercado laboral y sin estudios superiores, aunque los estudios no le hubieran servido para nada. Era demasiado mayor para la gran mayoría de los empleos a los que podía acceder. Su marido la había dejado.

No tenía hijos. El dinero se acababa. Volvió a comer y a cenar en casa de los papás todos los días. Pasaba la mayoría de las horas allí para no gastar luz en su piso. Hizo un montón de entrevistas en pequeños y grandes comercios, pero no superó ninguna preselección. Un verano la llamaron de la Empresa de Trabajo Temporal para currar como camarera de piso en un gran grupo hotelero. El año anterior se había empezado a oír hablar sobre las *kellys* en los telediarios, pero las noticias se oxidan pronto y ya no se sabía nada de aquel tema. El tercer día de trabajo mi hermana me llamó por teléfono al acabar la jornada, casi dos horas más tarde del

horario previsto. No las dejaban parar a comer. Algunas se encerraban en el ascensor para poder dar dos mordiscos a un bocadillo entre planta y planta. No les permitían irse hasta que no acabaran el número de habitaciones que les habían asignado. La gobernanta la había estado siguiendo para ver si *cumplía*. Llamó sentada en el coche, antes de arrancarlo y volver al pueblo. Tardaba casi una hora. Cuando descolgué, solo escuché un gemido, casi como un hipo, y un lloriqueo flojito. «¿Estás bien?, ¿te pasa algo?». No hubo respuesta «¿Ha ocurrido alguna cosa?». Cada vez se la oía sollozar más fuerte «¿Te han despedido?». «No, no, no». «¿Te ha chillado la jefa?, ¿has reñido con alguna compañera?, ¿te han asaltado?». «No, no, no». De pronto, rompió en un llanto agudo y desconsolado. «¿Qué ocurre?». Y contestó. «Estoy cansada. Estoy tan cansada que no sé si voy a poder llegar a casa». Así de sencillo y terrible. Ese día me acordé de mi madre, mucho.

A mi madre no le gustaba cantar ni bailar, o eso decía. Pero le gustaba escuchar a Reme y, como buena andaluza emigrante, seguía con devoción Canal Sur y no se perdía nunca el programa *Se llama copla* (una especie de Operación Triunfo folclórico). En mi casa se escuchaba a Marifé de Triana, a Estrellita Castro, a Perlita de Huelva, a Juanito Valderrama y Dolores Abril. Esos cantes. Mi padre seguía siendo el fan número uno de Manolo Escobar. Se le parecía. Le gustaba que le dijeran que se le parecía. Los dos provenían de la provincia de Almería y eso era un orgullo. David Bisbal nunca consiguió desbancarlo. En su coche sonaba casi siempre un casete con música de *parrandas*, lo que cantaban las cuadrillas de su juventud. Ese casete, como tantos otros, lo había comprado en alguna de las gasolineras en las que paraba cuando volvía en verano a su pueblo, Huercal-Overa. Nunca vi la música que escuchaban mis padres en ninguna tienda de discos. Estaba en las gasolineras y en algunas paradas del mercado. De nuevo me refiero al callejero, al itinerante, no al otro.

Mis padres no escucharon a los Beatles ni a los Rolling. No vieron *The Rocky Horror Picture Show* ni *Twin Peaks* y, si lo hubieran visto por casualidad, no creo que les hubiera interesado lo más

mínimo, aunque no lo puedo saber. No hicieron prácticamente nada que fuera *moderno*. No porque no quisieran hacerlo, sino porque en el transcurrir natural de sus días nada de esto tenía cabida.

En otro capítulo os he hablado de *La ciudad no es para mi*. La película apropiada aquí sería Pero… *¡En qué país vivimos!* Para los que no hayáis tenido la ocasión de verla, os resumiré el argumento. Un programa televisivo organiza un duelo entre dos cantantes de moda. Uno de ellos defiende «la música tradicional y popular española», el papel lo realiza el ya citado Manolo Escobar, que en la película se llama Antonio, como mi padre. Su opositora representa «los ritmos modernos» y está interpretada por Concha Velasco, a la que llaman Bárbara. La asociación del nombre con lo extranjerizante, lo tosco o lo inculto está servida. El programa

despierta muchísima expectativa y España entera se divide y toma partido por uno u otro bando. Familias y amigos se enfrentan. La tensión crece: «¿Qué tipo de música prefiere nuestro país?».

Lo resumiré y me entenderéis rápidamente: para mis padres, mucho tiempo después de que se rodara esta película, la modernidad seguía siendo Conchita Velasco.

Hace poco leí unas memorias de una escritora tres años más joven que yo. Se titulaban *Cambiar de idea*. Me pareció el título ideal para un texto así. El libro me gustó, la verdad. Sin embargo, me sorprendió lo poco que mi vida tenía en común con un personaje de casi mi misma edad; con un doctorado, igual que yo; y dedicado a las letras, como yo. He tenido esa misma sensación muchas veces. La música siempre ha sido un detonador para las diferencias culturales, la llave del arcón familiar en el que se ponen de manifiesto los distintos modos de estar en el mundo. Y en esta novela se apreciaba con claridad.

Dice la protagonista y narradora: «Los últimos destellos de mi adolescencia, una época en la que estar en el mundo era descubrir un canon que nuestros padres vieron erigirse en directo: Pink Floyd, Bob Dylan, Bruce Springsteen, Van Morrison, Tom Waits, un largo etcétera, y en el podio, Leonard Cohen». Cuando yo era adolescente, desconocía todos y cada uno de estos referentes. En aquel entonces, las tiendas de ropa como Bershka o Stradivarius estaban en sus primerísimos comienzos y siempre lejos del pueblo y, además, todavía no vendían camisetas con portadas de Pink Floyd. ¿Cómo iba yo a conocerlos? ¿Quién me los debería haber hecho llegar? Alguien me detestará por esto que acabo de decir, pero lo pregunto totalmente en serio: ¿en qué momento y cómo debería haberme llegado el referente?

Les cito a mis padres todos los nombres para ver si les suena alguno. Nada. Busco fotos en Google y se las muestro. Nada. Entro en YouTube y les hago escuchar algunos fragmentos de canciones. Nada de nada. Justo cuando voy a dar por finalizado mi pequeño experimento sociológico, mi madre da un respingo y señala a Bruce Springsteen: «¡Espera! este sí, ¿este no es al que imita siempre el

Manel Fuentes, el presentador de *Tu cara me suena*?». Sonrío. «Sí, mamá, ese es».

La narradora de las memorias acaba su anterior reflexión musical y epocal diciendo: «Ya va siendo hora de que escuches música de tu siglo, querida. Y que comience a sonar Disclosure y arranque mi periodo de electrónica». No hace falta ni siquiera que lo diga, ¿verdad? He tenido que buscar Disclosure en Google para saber de qué estaba hablando.

4. DE POR QUÉ EMPECÉ A ESCUCHAR CAMELA PARA QUE MI MADRE ME QUISIERA (SEGUNDA PARTE)

EL ACCESO A LA CULTURA musical en el pueblo no era sencillo. Teníamos una única tienda de discos que era también la suministradora de aparatos tecnológicos varios. De allí salió la enorme cadena de música que le regalaron a mi hermana con quince años o mi pequeño pero muy apreciado *walkman* (seguido por el fugaz *disc-man*). Allí vendían las películas de Disney y lo último de los grupos que aparecían en la televisión.

Nuestro gusto estético, como nuestro concepto de autenticidad, vino marcado por *la tienda*. Por una parte, nuestro horizonte de consumo acababa allí porque para poder comprar cualquier otra cosa había que alejarse kilómetros, llegar a la capital. Por otra parte, ese espacio era el lugar en el que se vendían *los originales*, el templo que conservaba el aura de los objetos mucho después de que Walter Benjamin decretara su final.

Cuando mis padres descubrieron que la mayoría de esos productos podían comprarse más baratos en un Alcampo o un Carrefour (lo cual sucedió bastante tarde), sufrí un pequeño *shock* capitalista. Algo en mi mente infantil se resistía a creer que se tratara de los mismos artículos, como si un cd fuera más verdadero solo por el hecho de ser vendido en *la tienda*, en lugar de en una gran superficie comercial. En realidad, mi resistencia era el fiel reflejo de la de mis padres, la de muchos padres, que prefirieron seguir gastándose un poco más de dinero para comprarlo en la

tienda del pueblo o que, si finalmente lo acababan adquiriendo en un gran almacén, intentaban esconder su procedencia como si esta le restara valor o como si, de ese modo, conjuraran la posibilidad de que saliera defectuoso.

Todo esto sucedía antes de que conociéramos el top manta, aunque en el pueblo nunca fue un fenómeno relevante. Con el tiempo, empezaron a verse algunos manteros en el paseo de la playa, pero nunca fueron muchos. Sin embargo, sí recuerdo con fuerza a un joven negro, ataviado con un sombrero de paja tanto en verano como en invierno. Escribiendo esto me sorprende la viveza con que me viene a la mente. Me sorprende también que lo máximo que pueda decir de él es que era negro. Quizá no era tan joven, quizá sencillamente dejó de serlo porque los años pasaban. La cuestión es que se paseaba por todos los bares y cafeterías vendiendo mecheros, pulseritas u otros pequeños artilugios. Durante un periodo breve, también vendió cd piratas, con sus portadas perfectamente fotocopiadas. Cuando se acercaba a una mesa, siempre decía lo mismo: «¿Quieres que me vaya a mi país?, pues compra para que tenga dinero para volver». Lo decía muy sonriente. A la gente le hacía gracia. Yo misma me reí varias veces mientras pensaba que esa capacidad de autoparodia tenía algo de genialidad. Qué tonta. Ahora siento un dolor casi físico al recordarlo.

Hace poco me enteré de que *la tienda* había cerrado. No me lo podía creer, aunque tampoco sabía cómo había sobrevivido hasta entonces. Me parece que cada vez vendía más *merchandising* de grupos musicales y juraría que, la última vez que pasé por delante, tenía patinetes eléctricos en el escaparate. Aquel lugar había constituido el canon a partir del cual o contra el cual erigí mi adolescencia.

¿Por qué digo esto? El correlato me parece ahora clarísimo, entonces no sé si hubiera podido formularlo. La música que escuchaban mis padres no se compraba en esas tiendas oficiales, relucientes, estandarizadoras. Ya os he hablado de ello. Su imaginario pervivía a través de otros cauces que lo mantenían en el circuito de consumo, pero desde lugares periféricos, como las

gasolineras o como la parada del mercado que vendía casetes. Y es justo ahí donde se injerta (mejor que *inserta*) mi historia.

Ya sabéis a qué tipo de mercado me refiero. El puesto era muy alargado y resguardaba la mercancía bajo un cañizo que apenas la libraba del sol de justicia que caía en la plaza. En mi recuerdo siempre es verano porque era entonces cuando no había clase y podía recorrer una y mil veces los tinglados. Junto a cobertizos en los que se vendía oloroso bacalao seco, aceitunas y encurtidos rezumando vinagre, verduras que iban perdiendo tiesura y agua a medida que avanzaba la mañana o ajos secos, podían encontrarse también bragas y camisetas interiores, camisones y baberos bien fresquitos de los que usaban nuestras madres o nuestras abuelas, zapatillas de estar por casa, cacerolas, utensilios de madera, morteros… y en medio de todo eso, como un exotismo inesperado, aparecía el puesto que vendía casetes.

Una familia gitana era la encargada del sitio. Ponían la música todo lo alta que les dejaban los comerciantes que los flanqueaban. A veces vendían copias y a veces originales, pero lo importante era que su surtido incluía algunos de esos referentes que mi padre ponía en el coche y que no se podían comprar en *la tienda*. Ese puesto, con su precariedad de patas de aluminio ardiendo al sol, agujereaba a su manera la industria musical y el canon de la supuesta alta cultura para penetrar mi educación sentimental con sus raíces fuertes y terrosas. Evidentemente, todo eso lo pienso ahora. Entonces no veía hilos que explicaran mi comportamiento. O sí.

Comprar e identificarme con esa música me acercaba, según una lógica invisible pero potentísima, a mi familia. No lo sabía, pero lo intuía. Por eso, cuando compré mi primera cinta de Camela y volví a casa a escucharla en el aparatoso radiocasete que me regalaron para la primera comunión, me encargué de que el volumen estuviera suficientemente alto como para que mi madre lo oyera desde la galería. Solo un rato después, la estrategia ya había surtido efecto. Ella se había acercado, sonriendo, a preguntarme qué estaba sonando. Parecía natural que se sintiera más cómoda con Camela que con los Backstreet Boys. La posibilidad de que escuchara a un

Johnny Cash era sencillamente inviable, como ya sabéis. Así que una oleada de orgullo me invadió cuando me preguntó quiénes eran los que cantaban. Bingo. Había conseguido insertar un eslabón en la cadena de la genealogía familiar. Mi madre se reconocía de algún modo indefinido en esa música, por tanto, esa era la música de los nuestros. La mía, porque yo lo que más quería en el mundo era que mi madre me quisiera, aunque no me atreviera a reconocérmelo a mí misma.

¿Recordáis a esa compañera mía del colegio a la que le bajó la regla con nueve años? Hablé de ella hace unos capítulos, creo que en el primero. Se llama Tere. Al hacemos mayores, nos distanciamos. Ella no estudió más allá del graduado escolar y se casó muy joven, tiene dos niños, yo no tengo ninguno. No sé por qué estoy dando estos detalles y me huelo que estoy justificándome por algo y no me gusta. La cuestión es que nos distanciamos sin que hubiera ningún motivo aparente, ninguna desavenencia explícita. Pero fue con ella con quien fui a aquel concierto que Camela dio hace más de veinte años en mi pueblo. Tere tenía una hermana mayor, madre soltera, que se había montado una peluquería en una habitación de la casa de sus padres, que era un primer piso pequeñita. Allí escuchábamos una y otra vez «sueño contigo, ¿qué me has dado?, sin tu cariño no me habría enamorado» y «tú te has burlado de mí y pasas por mi lado para hacerme sufrir» y «su corazón es indomable y no me quiere y yo me muero por su amor» y tantas otras. De allí salimos hacia el concierto, que era gratuito y se iba a realizar al aire libre, en una avenida ancha que pasaba justo por detrás de la calle de Tere. Éramos unas crías pero, como estaba tan cerca, nos dejaron ir solas. Luego se asomaría su hermana o su madre a dar un vistazo y comprobar que estábamos bien. Eran principios de septiembre, el Ayuntamiento lo había contratado como parte de las fiestas patronales, que se realizaban en honor a la Virgen de la Misericordia. En nuestro caso, las fiestas marcaban el final del verano y el inicio del nuevo curso escolar, un momento profundamente simbólico para aquellas niñas que éramos nosotras. El tablao estaba montado en la cabecera de la avenida y recuerdo

haberme quedado atónita al ver la cantidad de personas que formaban un modesto pero potente río sobre el asfalto. ¿Cómo podía un grupo que no salía en la tele ni en ningún sitio haber reunido a tanta gente? ¿Qué nos unía a todos los que estábamos allí? Probablemente fuera aquella noche, cantando a voz en grito, cuando empecé a entender lo que era la conciencia de clase.

La tecno-rumba había ido impregnando poco a poco diferentes estratos de mi cosmos municipal. Si pienso en mi clase del colegio, el fenómeno recorrió el siguiente camino: primero nos interesamos los hijos de emigrantes (en aquella época eso quería decir, mayoritariamente, hijos de andaluces), después los que procedían de familias más humildes (es decir, los que eran como nosotros, pero tenían padres y abuelos del pueblo) y, más adelante, empezó a extenderse a otras capas que comenzaron a escucharla con una mezcla de gusto y ceño fruncido, como si estuvieran haciendo algo que no deben.

Años después, todos renegaríamos de Camela con la feroz soberbia con que la juventud abandona la niñez. Todavía más años después, todos recuperaríamos a Camela, unos desde el reconocimiento y homenaje a lo vivido, es decir, casi como un gesto identitario; y otros desde la postura altiva de quien invita al friki a la fiesta para reírse sin cariño de él. La cuestión es que en los últimos tiempos hemos vuelto a ver conciertos abarrotados del grupo y ha pasado a ser guay defenderlos, pero casi siempre desde una condescendencia que no deja de resultar dolorosa.

De algún modo, yo me siento parte de ese espécimen expuesto en la mitad de la pista de baile para burla de los otros. No puedo evitar preguntarme de quién se están riendo cuando se ríen de Camela: ¿de los hijos de los emigrantes que nos pasábamos las cintas?, ¿de los que comprábamos en la parada del mercado?, ¿de los que nos reuníamos en una cochera o en un descampado las tardes de verano porque no teníamos chalet?, ¿de los que escuchaban esa música desde los talleres y las fábricas?, ¿de los que cogían la fruta en el campo tarareando sus canciones? ¿Se estaban riendo de nosotros?

¿Y yo? En esos momentos en que me he avergonzado de

saberme sus letras de memoria o de haber coreado a voz en grito en aquel concierto de hace más de veinte años, ¿qué estaba intentando tapar?, ¿qué origen quería borrar?, ¿me estaba avergonzando de mi madre?

La música tiene un efecto delator implacable. Apunta directamente hacia el lugar del que venimos, por eso sentimos tantas veces que nos pone en evidencia. Pedro era una de esas personas que sentaba a la cultura popular a su mesa para reírse de ella. Aparentemente la defendía, la reivindicaba, pero nunca llegaba a reconocerse del todo en ella, un relámpago condescendiente atravesaba su mirada de manera inevitable. «¡Arriba Camela!», podía gritar con unas cervezas un día cualquiera, sobre todo si entre los compañeros de mesa había detractores declarados, pero lo cierto es que él nunca había escuchado a Camela y no iba a empezar entonces. Digamos que, si se hubiera criado en mi pueblo, no hubiera comprado casetes en el mercado, ni siquiera en *la tienda*, porque rápidamente se hubiera ido a la capital para comprar un disco de Los Planetas.

Se empeñaba con todas sus fuerzas en decir que los suyos eran *los de abajo*, que pertenecía al lado del Mar Rojo en el que estaba yo y las demás chicas de pueblo que nos habíamos hecho amigas en la facultad, en el mismo lado en que estaba mi madre. Sin embargo, miraba con un brillo de envidia y resentimiento a los del otro lado, como si sintiera la mordedura de aquel al que no le han dejado entrar. Y la música era el agujero por el que supuraba el veneno sin que se diera cuenta.

«¿Cómo puede ser que no conozcas a este grupo?».

«¿Y a este otro?».

«Este seguro que sí te suena».

«Deberías escucharlo, te va a encantar».

«A ver si reconoces esta canción». Esa se convirtió en una de las preguntas que más miedo me daban. Mientras hacía la cena, o en la sobremesa, sonaban piezas que me resultaban casi siempre desconocidas. Parecía que él disfrutaba con la tensión que el interrogante generaba. Yo callaba siempre. Incluso cuando alguna

vez creía conocer el tema. Seguía sintiendo terror a ser pillada en falta, a que descubrieran la fisura. Seguía sin entender por qué yo no identificaba esos nombres, preguntándome qué había hecho mal. Eso le convertía a él en el dueño de los referentes y le colocaba en un lugar perverso con respecto a mí. Por mucho que se le llenara la boca diciendo que éramos iguales, gozaba socavando mi identidad cultural. Y creo que ese es el verbo correcto: gozar.

Al principio de la relación, estas situaciones venían acompañadas por un «¿y tú qué escuchas?, pon tú una canción que te guste, cuéntame qué estilos te interesan». Me cuesta imaginar una situación más angustiosa que esta. Todavía hoy me cargo de argumentos cuando digo que una canción me gusta, como si necesitara justificarme. En aquellos momentos, evitaba la pregunta, daba rodeos, a veces me escudaba en algún clasicazo que me permitiera salvar la papeleta, pero el malestar no cesaba y su insistencia tampoco.

Un día me sentí tan presionada que no pude continuar soslayando el tema y se me ocurrió citar a un grupo *indie* que había escuchado alguna vez, pero no mucho. Un compañero me había pasado una canción suya hacía tiempo y me había parecido que la cantante tenía una voz especial, motivo por el cual había buscado yo misma algún otro tema y lo había escuchado con cierto gusto, pero sin entusiasmo. Mi interés no había llegado a más. Sin embargo, lo recordé de golpe y me pareció que encajaba en las expectativas de Pedro. Me lancé y le di el nombre del conjunto y el título de una canción. Él sonrió sorprendido y yo sonreí aliviada. Corrió a buscarla en el ordenador y estuvimos en silencio durante unos gloriosos minutos de tregua. Me dijo que no los conocía mucho, pero que sonaban bastante bien. Le proporcioné otro título de los mismos, lo puso. Parecía satisfecho. Pantalla superada.

Después, él continuó poniendo *su* música. Charlamos sobre otros asuntos. Quizá intenté demostrar lo mucho que sabía con respecto a otros temas. Quién sabe. La cuestión es que, cuando ya había pasado bastante tiempo, tal vez una hora, se volvió a producir un momento de silencio. Acababa de seleccionar otra canción en su

Mac (yo empezaba ya a estar harta de ese apéndice que nos acompañaba durante todas las veladas en su casa). Me miró y me preguntó qué me parecía. La verdad es que me resultaba lenta y aburrida. Ese modo lánguido de tocar y cantar me ponía ligeramente nerviosa. Apenas se podía reconocer una melodía clara. En fin, le dije que no me gustaba mucho, me quejé del sonido desmayado y apático, de la falta de gancho… Él me dejaba hablar. Yo me fui creciendo. No sé por qué me vine tan arriba justo en ese momento, yo que siempre me había mantenido en guardia con respecto a ese tema. La cuestión es que opiné y opiné mal. Cuando acabé mi breve alegato, Pedro rompió a reír estruendosamente. Su boca se me antojó desproporcionada. Tan inmensa que, en lugar de Pedro, me pareció el lobo. Sus ojos medio cerrados brillaban de victoria y yo no sabía aún qué juego había perdido. Entonces, de pronto, me dijo «son los mismos». No le entendí. «La canción es del mismo grupo del que me has hablado antes». Efectivamente, no los había reconocido. *Touché*. Sentí tanta vergüenza que me mareé. Casi tanta como cuando leí lo de «se escribe Foucault» encima de mi desconocido Fuco. Sin embargo, el gesto no tenía nada que ver. Aquel chico me tendía una mano discreta después de haber recibido la mía. Pedro me humillaba deliberada y simpáticamente, con una naturalidad abrumadora y capaz de desactivar cualquier reacción.

Inmediatamente después, me alababa algún comentario hecho con anterioridad, alguna deducción que consideraba sorprendente y acertada o alguna lectura a la que yo había aludido poco antes. Una de cal y otra de arena. El mecanismo era apabullantemente sencillo, pero difícil de detectar. Las mujeres maltratadas no somos masoquistas. Suele haber un premio, una subsanación que difumina la herida, que genera confusión en nuestro modo de percibirla. Al menos, a mí me pasaba.

Más adelante, cuando todo se había vuelto más oscuro, no habría amaneceres tan brillantes como los que seguían a las noches en que había gritado como un energúmeno, ni días tan dulces como los que venían después de que se le hubiera ido la mano contra un mueble o contra mí. Al final, fue perdiendo el interés en compensar

estos episodios, empezó a tener miedo de la imagen de sí mismo que yo le devolvía, quiso alejarme para alejarse de lo sucio y yo quedé huérfana de dolor y miel, empastados en un barro indisociable. Fue entonces cuando tuve realmente miedo. Miedo de mí.

Pero todo eso fue mucho después.

Ahora veo cosas de las que antes no me daba cuenta, pero las secuelas del maltrato vinculado al género, así como del maltrato social, permanecen sin poder borrarse por completo. Y la música sigue siendo la mejor muestra de ello. Obviamente, no debe ser casualidad que haya acabado enamorándome de un guitarrista y musicólogo que ha decidido dar clase de música a adolescentes en un instituto público. Todavía no os he hablado de Sebas, ¿verdad? Admiro su lucha contra el elitismo que ha envuelto siempre a la educación musical. Admiro la vehemencia con que defiende el reguetón o las coplillas populares o el trap o el *riff* de la última canción de moda delante de cualquier anquilosado y orgulloso abanderado de la alta cultura. Le he visto tararear con pasión la melodía del despertador del móvil o la de la lavadora cuando acaba el programa largo. Me impresiona sobremanera su concepción democratizadora de la música. Yo, que arrastrada por mi complejo de inferioridad, siempre había echado de menos que mis padres me apuntaran al conservatorio, descubrí gracias a Sebas que no estaba excluida del paraíso de la cultura musical, sino que formaba parte de él y que los templos formales no eran los únicos capaces de otorgarme el conocimiento de sus claves y herramientas.

Nuestras elecciones nos definen. ¡Qué bien haber elegido a Sebas!

¡Qué bien lo pasé la primera vez que subió al trastero de casa de mis padres y le enseñé los famosos casetes de la parada del mercado! Qué placer tener la oportunidad de pensarme, de pensamos como sociedad, de generar discurso. Todo aquello que algunos habían utilizado para avergonzarme se había convertido en un disparadero de reflexión ramificada y fértil. De la conciencia de clase al porqué del autoodio. Había mucho sobre lo que meditar a partir de ahí. Pero se trata de un proceso, está en marcha y tiene sus agujeros por

los que trepan repentinas esas secuelas, incluso en las etapas en que pensamos que han desaparecido completamente. Hace pocos meses volvieron a detonarse, con baja intensidad, pero claramente, en mis manos.

Voy a casarme con Sebas. Será algo sencillo. Firmaremos en el ayuntamiento de mi pueblo y luego nos iremos a comer con los más allegados. Una celebración sin mucho boato. (Joder, ya me estoy justificando otra vez, como cada vez que hablo de la boda, ni que fuera a hacer nada malo…). La cuestión es que mis amigas organizaron una despedida de soltera con disfraces, cubatas y algunos juegos. Más o menos lo que esperaba y supongo que lo que quería. En uno de esos juegos, yo debía adivinar la canción que iba a sonar escuchando solo los primeros segundos. Cada una de mis amigas había escogido un grupo o cantante que le recordara a mí por algún motivo. Antes de que acabaran de explicármelo, ya se habían encendido todas las alarmas en mi cabecita. Eran mi gente, me sentía en confianza, iban a escoger temas que yo pudiera reconocer fácilmente pero, aun así, dieron sin querer en el centro de esa compleja red de complejos que había tejido y destejido durante años. Activaron involuntariamente el recuerdo de la humillación. Como era esperable (al menos para mí) dudé prácticamente en todas. Me bloqueé por completo con la única canción anglosajona que escogieron (tampoco me parece casualidad que fuera precisamente la anglosajona). Me dieron pistas, me contaron anécdotas supuestamente ligadas a cuando la escuchábamos, pero no conseguí más que ponerme a sudar en pleno febrero de los puros nervios. Luego resultó ser una de The Cranberries, muy conocida, que siempre me había encantado y me sentí ridícula pero aliviada porque ya hubiera pasado *la prueba*. Solo recuerdo haber identificado con claridad un par de temas. Uno de ellos me costó un poquito más, el otro lo tuve claro desde el primer segundo. A estas alturas ya os habréis imaginado que la canción que reconocí sin dudar era de Camela.

5. DE POR QUÉ TENGO MIEDO A MIS ALUMNAS (PRIMERA PARTE)

MIS PADRES TENÍAN LA casa en la que vivíamos y otra en la Almería profunda de la que provenían y de la que se negaban a desprenderse, aunque cada vez iban menos. También tenían un trozo de tierra que, con el tiempo, no solo dejó de dar dinero, sino que empezó a salir muy cara. Recuerdo perfectamente el año en que mi padre decidió no vender la naranja porque le daban tan poco por ella que resultaba indignante. Recuerdo la rabia en su cara y en la de tantos otros pequeños agricultores que secundaron la protesta. No sirvió para nada, tuvieron que pagar igualmente para que se recogiera el fruto de los árboles y se tirara. Fue triste, realmente triste. Prácticamente nada ha cambiado desde entonces.

La cuestión es que teníamos lo suficiente para que el Estado opinara que yo no podía recibir ninguna beca por motivos económicos a pesar de tener que vivir con una austeridad casi religiosa. Para mi madre, que tanta hambre había pasado de pequeña, se diría que constituía un motivo de orgullo el hecho de tener *tanto* que superara los umbrales establecidos para la ayuda. Ahí tenéis otro ejemplo del modo de pensar de *los de abajo*.

Así que solo pude disfrutar de becas y premios que dependieran de mi rendimiento académico, pero os prometo que intenté exprimirlos todos. Desde la exención del pago de tasas en el primer curso de la universidad (gracias a la matrícula de honor de Bachillerato) hasta la beca de formación de profesorado universitario que el Ministerio me concedió para realizar la tesis doctoral. Sin

embargo, aunque este siglo nos ha enseñado a ser eternas becarias, llega un momento en que todas las prestaciones se acaban y la vida sigue y vuelve a separar las aguas del Mar Rojo (tras el espejismo de que alguna vez se hubieran unificado).

Finalizados los años de esa beca como doctoranda (beca que, por cierto, debería haber sido a todas luces un contrato, pero no lo fue) y con la tesis en la recta final pero sin acabar, porque el tiempo es el que es y preparar e impartir clases en la facultad mientras se investiga, se producen artículos académicos, intervenciones en congresos y se redacta-corrige-redacta-corrige-redacta-corrige-redacta la susodicha tesis no resulta sencillo…

Retomo. Finalizado este tiempo, en una orilla permanecen aquellos que ostentan las condiciones económicas propicias para cerrar el doctorado sin necesidad de compatibilizarlo con otras labores mundanas como trabajar, también aquellos que incluso pueden permitirse ir más allá y seguir investigando (esto es lo de menos) y produciendo *papers* para alimentar la monstruosa máquina burocrática que les posicionará adecuadamente dentro del mundo académico (esto es lo realmente importante), hasta podemos encontrar en esa orilla a aquellos que detentarán el lujo de constituirse en falsos profesores asociados[1] de la universidad para malvivir durante años con la esperanza de ser premiados con una plaza real de profesor dentro del terriblemente endogámico mundo de la academia.

En la otra orilla estoy yo, pero yo soy una más. En la otra orilla estamos los que necesitamos trabajar para vivir, los que no podemos alargar el periodo sin cobrar más allá de unos escasos meses, los que agotamos el poco paro que hemos ido acumulando con curros de mierda mientras estudiábamos la carrera. Y esa diferencia es un abismo con respecto a nuestra futura promoción profesional.

Estoy refiriéndome al ámbito de la investigación universitaria, pero todos sabemos que funciona de un modo muy parecido en cualquier otra parcela laboral. La división siempre distingue a los que tienen el privilegio del tiempo para seguir esperando (es decir, el privilegio económico) frente a los que necesitan cuanto antes un

sueldo completo para vivir.

Por todo esto, tuve que rehacer el currículum y ponerme a buscar trabajo en lo que parecía la salida más viable: la docencia. Academias privadas y centros de enseñanza concertados se convirtieron en el gran objetivo, puesto que durante aquellos años no se llevaron a cabo procesos de oposición para incorporarse a la educación pública. Es difícil explicar los motivos por los que viví este proceso como un fracaso, aunque ahora me avergüence esa sensación. Quizá el principal de ellos era que el resto del mundo pensara que había fracasado. Me corrijo: que los del otro lado del Mar Rojo pensaran que había fracasado, que vieran con naturalidad el alejamiento de una persona como yo de ese mundo intelectualizado al que no pertenecía y entendieran que la educación de adolescentes en un instituto era un destino mucho más apropiado para alguien como yo. ¿Me estoy explicando bien?

Pedro había coleccionado diferentes trabajos hasta acabar en una universidad privada extranjera, mientras impartía algunas horas sueltas como profesor asociado en la pública, (que era el objetivo, el tan ansiado, el prestigioso). Había intentado conseguir una plaza en diversas ocasiones, pero no lo había conseguido. Eso le llenaba de un resentimiento espeso y negro, burbujeante, que lo pudría por dentro. A pesar de estar clamorosamente explotado en esa entidad privada para la que trabajaba, nunca contempló dedicarse a la enseñanza secundaria. Jamás lo dijo, pero a estas alturas me resulta evidente que lo consideraba un trabajo denigrante para su altura intelectual o, sencillamente, le parecía que su personaje perdía brillo con un trabajo tan común y maltratado como el de profe de insti.

Su exmujer se había licenciado en Filología igual que él, igual que yo. Fueron compañeros de clase. Él inició su batalla eterna por entrar en la élite. Ella acabó con una plaza fija de docente en secundaria en un colegio de monjas. Supe este dato desde el principio de nuestra relación. Sin embargo, no le di importancia hasta que acabó mi beca y Pedro empezó a mostrar un entusiasmo desproporcionado porque enviara currículums a institutos, abocándome a un destino que no había querido para él con la excusa

de que sería una cuestión temporal, para subsistir mientras acababa la tesis y luego ya se vería. Eso, como tantas otras cosas, también fue una forma de maltrato.

En este país, todavía a día de hoy, la mayoría de los centros concertados son religiosos, así que la probabilidad de que acabara trabajando en uno era altísima y así sucedió. A los pocos meses de haber dejado de cobrar como doctoranda, me incorporé a un instituto de curas. Fue el primero de los tres centros por los que pasé en los tres años siguientes. Durante esa primera etapa en que cubrí una baja por enfermedad que duró casi todo el curso, acabé y defendí mi tesis doctoral, obtuve un segundo máster que realicé a distancia e intenté con todas mis fuerzas seguir publicando artículos académicos. Mi obsesión era no descolgarme, demostrar que seguía estando en la primera línea, como si la primera línea estuviera necesariamente en aquel mundo. Fue durante ese tiempo cuando todo empezó a ir realmente mal con Pedro.

Al curso siguiente, entré en un centro que estaba justo detrás de la facultad. Una profesora se había cogido una excedencia de un año entero porque acababa de tener una niña y no quería, en realidad no podía, incorporarse tan pronto al trabajo. ¡Vaya suerte!, pensé en aquel momento. Eso me facilitaba mucho las cosas, iba a poder estar cerca del núcleo irradiador, tener contacto con otros compañeros, saber qué se estaba haciendo, asistir a algún seminario… No obstante, no salió bien. Debí haberlo previsto. Yo tenía mi propio veneno, esa inseguridad de los de abajo que nunca se había marchado del todo y que renació en cuanto me alejé brevemente del baile. Yo misma sentía que ya estaba fuera, que nadie contaba ya conmigo, que aquel no era mi lugar. Sentía terror a que me preguntaran por mi labor en el instituto, habían conseguido que me avergonzara. En verdad, muy poco había cambiado desde el día que comencé la licenciatura hasta ese momento. La zanja que nos separaba no se había difuminado sino que resultaba cada vez más insalvable, a pesar de todos mis esfuerzos. Mientras, Pedro me convencía de lo estupendo que era asegurarme un futuro en la enseñanza media, lejos de las intrigas palaciegas, quiero decir

universitarias. Cada vez insistía un poco más, mientras lloraba amargamente porque sus aspiraciones no se cumplían. Por supuesto, él jamás se planteó abandonarlas.

En tomo al mes de febrero, tuvo lugar un congreso bastante importante en la facultad. Quise participar en él, pero no pude porque coincidía plenamente con mi horario lectivo. Es cierto que un instituto concertado funciona prácticamente como una empresa privada, así que no está bien visto perder ni una hora de trabajo y no está contemplada la posibilidad de tomarse algún día para una actividad que no esté directamente vinculada al centro. No obstante, también es cierto que el simposio tenía lugar a solo cinco minutos del instituto, que podría haber acudido al menos a realizar mi ponencia y volver a trabajar, que me hubiera llevado poco tiempo. Pero ni siquiera lo intenté, no llegué a pedir permiso. El sistema laboral en el que vivimos ha conseguido que nosotros seamos nuestros mayores censores, no hace falta que nos prohíban las cosas porque la dictadura del miedo a perder el sustento nos hace quedamos calladitos. Eso lo hemos experimentado todos alguna vez, ¿verdad?

Esa cultura de agachar la cabeza se hereda y yo no podía evitar agacharla como lo hacía mi madre, aunque no me cansara de despotricar contra el sistema laboral en la barra del bar de tumo. Tampoco Pedro me dijo en ningún momento que intentara asistir, que probara a solicitar un permiso o que buscara cualquier otra solución. Él sí iba a intervenir en el congreso y esperaba impresionar al presidente de la Asociación de la Crítica, que había sido escogido para moderar la mesa en la que le tocaba participar.

La noche previa al primer día del simposio le comenté que quizá podría acercarme al acabar la jornada de trabajo, si todavía no se habían ido a casa. No recuerdo si contestó algo concreto, mi cerebro ha borrado montones de microconversaciones e incluso algunas escenas completas. Me asusto cada vez que me doy cuenta de algo que no recuerdo porque me hace dudar sobre lo que sí recuerdo: ¿me lo estaré inventando?

A pesar de que me refería a acudir por la tarde, después de las

clases y la atención a padres (se acercaba el final de la evaluación), cambié de idea. Se me ocurrió que, a medio día, en el tiempo de descanso, podría aparecer por allí y comer con la gente del congreso. Me embargaba una vergüenza atroz, siempre se me dio mal caminar entre ellos con soltura y hacer contactos con naturalidad.

Además, no había escuchado las ponencias, lo cual me descolgaba, pero también sabía que en los congresos, muchas veces, lo de menos era lo que se decía en esas conferencias. Así que, al acabar la última clase de la mañana, me decidí a llamar a Pedro para preguntarle dónde estaban y acudir. No creía que se hubieran quedado en la cantina de la facultad, pero tampoco podrían haber ido muy lejos.

Llamo dos o tres veces y no me contesta. Me siento incómoda. Insisto. Insistir te pone en una situación desagradable porque parece que no tengas mesura, que algo en ti no vaya bien, que seas una controladora, una obsesiva… Los calificativos y sensaciones van subiendo de grado a medida que pasa el tiempo. A pesar de esto, aunque con poca esperanza porque mi tiempo de descanso empieza a consumirse sin remedio, vuelvo a llamar mientras me acerco a un barecito que está muy cerca, al que acudo cuando no me apetece quedarme en el comedor del insti. Sigue sin responder. Me siento en una mesa, pido medio menú del día y le envío un whatsapp preguntándole dónde están y comentándole que se me había ocurrido que podría comer con ellos pero que ahora ya era tarde y no me iba a dar tiempo. Daba igual.

Me contesta por escrito. Se disculpa, dice que no ha escuchado las llamadas. Me extraño porque ha respondido al mensaje de modo casi inmediato, cualquiera diría que tenía el móvil en la mano. Acto seguido me atormento por tener ese tipo de pensamientos. No seas paranoica, Beatriz. Los maltratadores siempre consiguen que dudes de ti. Me dice que ya están comiendo, que no me preocupe. Le pregunto a qué restaurante han ido. No me contesta. Dice que las intervenciones de la mañana no han sido nada del otro mundo. Vuelvo a preguntar. Que luego me cuenta y que me vaya muy bien la tarde. Me manda besos. Deja de aparecer en línea.

Me quedo con un sabor agridulce, un pasito más en esa cadena del malestar, en la sensación de que ese no es mi sitio. Pero no tengo tiempo para regodearme en ello. El tiempo ha ido pasando y no me vendría mal volver al centro un poco antes de que empiecen las clases de la tarde para hacer unas fotocopias que se me han olvidado. Acabo el plato con un poco de prisa, pido un café y le digo al camarero que me lo saque a la terraza. Todavía fumaba entonces. Nunca he fumado tantísimo como cuando estaba con Pedro. Me siento en una mesa fuera y empiezo a angustiarme por otros temas. En serio, ¿por qué mi cabeza está preparada para autodestruirme? Pienso que no debería haber salido fuera a comer, que me hubiera venido bien ahorrarme ese dinerillo y ahorrarme también las calorías extras que no debería haber ingerido. El cuerpo es un agujero negro del pensamiento, una turbina que transforma toda energía en angustia. Pero tampoco es el momento de ponerme a hablar de eso. O tal vez sí y lo estoy evitando. No lo sé.

Me acabo el cortado con un segundo pitillo que he empalmado con el anterior. Pasarán horas hasta que pueda encender el siguiente. Me pongo de pie, compruebo que lo llevo todo en el bolso y, en mitad de ese proceso, miro de refilón a la entrada del restaurante que hay justo al lado del barecillo donde estoy. Es un sitio grande, hace esquina. Es un espacio diáfano y acristalado. Se ve todo desde fuera. Cómo no me he dado cuenta antes. Parpadeo porque me veo fatal y, cuando me pongo nerviosa, se me emborrona la mirada, como si se me deshicieran las siluetas de las formas, me pasa desde pequeña. Parpadeo, parpadeo. Sí, están ahí. Son la gente del congreso. Me cuesta ver a Pedro porque se ha sentado al final de una mesa larguísima, en la parte de dentro. Parpadeo. Me entra tos.

Tuve que saber en ese mismo instante que no me quería allí, que había evitado deliberadamente que coincidiera con los otros investigadores y catedráticos. Es imposible que no me diera cuenta, pero con el tiempo debí obturarlo o matizarlo o atribuirle otros motivos. No lo sé. Intentar reconstruirlo es ver una masa de magma avanzar fagocitando los bordes desde los que delimitar lo que sucedía.

Lo que seguro no fui capaz de imaginar en ese momento era el motivo más inmediato por el que Pedro no me quería en el salón de actos ni cerca de ninguno de los asistentes: sus investigaciones habían ido incorporando de manera cada vez más evidente mis lecturas, mis deducciones, mis opiniones. En más de una conferencia le había visto sacar a la palestra alguna de las citas en las que yo apoyaba mis estudios, aludir a alguna de las autoras sobre las que yo trabajaba o, incluso, parafrasear algún párrafo mío. Las primeras veces, me guiñaba un ojo desde la tarima y yo brillaba con ese orgullo de los de abajo (perdonadme que diga tantas veces *los de abajo*, pero es que yo de lo que quiero hablar en verdad es de eso), con ese orgullo con el que el obrero se colma de alegría cuando oye al patrón proclamar una idea que le pertenece, en lugar de ponerse alerta porque le ha sido arrebatada sin reconocimiento. Poco a poco dejaron de haber guiños o miradas y mi pensamiento se coló de manera evidente en sus razonamientos y en sus textos como si hubiera emanado de él con la mayor naturalidad, sin sombra de mí. Tardó más de un año en llegar a mis manos el libro en el que se publicaron las actas de aquel congreso. Cuando lo hizo y leí la intervención de Pedro ya casi no me sorprendió comprobar hasta qué grado había llevado a cabo la usurpación intelectual. Debía de ser triste haberse creído la esperanza blanca de los Estudios Culturales y comprobar que su discurso se había convertido en un campo yermo, saturado de referencias pero sin propuestas, ahogado por una erudición que no tenía más mérito que la memoria y la acumulación. Debía de ser triste saberse Funes y conocer que tu final está cerca[2].

No era la primera vez que un profesor universitario intentaba apropiarse de algún enfoque, de alguna idea mía. Tampoco era la primera vez que un profesor universitario intentaba apropiarse de mi cuerpo. Yo no era un bellezón, sino una empollona trasnochada con un saco de complejos arraigados a mi clase y a mi género, mejor o peor disimulados. Por eso, supongo, cuando estas situaciones tenían lugar y yo debería de haber enfurecido y estallado en gritos, callaba e intentaba salir del paso de la manera más airosa posible mientras el

saquito de angustia de mi cuerpo se estremecía pensando que quizá yo era especial y por eso me estaba sucediendo a mí. Me cuesta mucho explicar esto. Ojalá me entendáis.

Estaba también el miedo a las repercusiones que un señalamiento pudiera tener en mi carrera investigadora y la sensación de irrealidad que llegó a rodear a estas situaciones. No puedo creer que nadie en aquella facultad se diera cuenta de lo que ocurría. Es sencillamente imposible. Sin embargo, nunca escuché absolutamente nada, nunca vi a nadie dejar de actuar con absoluta normalidad a pesar de que se encontrara ante la escena más bizarra o evidente del mundo. Señalaré solo uno de los casos que me pasaron a mí. El inicio de la historia es fácil de imaginar: un profesor tiene que tutorizarme en un trabajo y me cita en varias ocasiones en su despacho. Esos encuentros siempre se inician con una perorata en la que deja claro lo mucho que se ha fijado en mí por lo inteligente de mis comentarios en clase o lo brillante de un examen que he hecho o algo semejante. Después, me acorrala ligeramente contra la pared, intenta besarme, me pide disculpas, se excusa diciendo que ha tomado un par de copas en la comida, pero no deja de rozarme la mano y el brazo, vuelve a acercarse… La escena se repite de manera semejante en dos encuentros. Yo intento escabullirme, sin hacer ruido, de la situación. No me han enseñado a hacer ruido, pero sí me han enseñado a sentir culpa, por eso he vuelto una y mil veces a todos esos momentos para atormentarme sobre lo que debí hacer.

Me gustaba escuchar esos halagos, me gustaba creerme que había sido elegida por ser especial. ¿Había cierto goce en saberse víctima? ¿Sentía, en el fondo, alivio por experimentar algo así, por saber que era capaz de despertar un deseo así? ¿Se veía mi feminidad reforzada por ser objeto de una situación de abuso? No iban a abusar de una fea, ¿no? Obviamente, era incapaz de pensar en todo eso mientras lo vivía. Lo he pensado después en innumerables ocasiones. Creo que ya lo he dicho alguna vez: el autoodio es un legado difícil de borrar.

En una de esas visitas, el acercamiento fue más allá y una mano suya empezó a jugar con la goma de mis bragas. Yo no me movía,

creo que ni respiraba. Él se separó lentamente de mí, se acercó a la ventana y empezó a bajar la persiana. Con la intención de que nadie nos viera desde la calle, imagino. Aunque estábamos en un cuarto piso, el edificio se encaraba hacia una avenida muy concurrida (esto ya os lo he dicho en otra parte, ¿verdad?). Yo aproveché ese momento para acercarme a la puerta y salir, sin decir ni una palabra. Empecé a caminar despacio y fui adquiriendo velocidad en cuanto abrí la puerta del despacho y enfilé el largo pasillo del departamento. Para mi sorpresa, él salió detrás de mí, yo empecé a correr, él grito algo parecido a un «espera», llegué a la escalera e inicié el descenso. Él continuaba detrás de mí. Yo, cada vez más deprisa; él, también. No fui capaz de darme cuenta de si había gente en el largo pasillo, pero sí tuve que esquivar a alumnos que subían y bajaban la escalera. Estaba cerca de la primera planta cuando tropecé y caí. Di un pequeño grito y me quedé tendida en el rellano. El profesor desapareció justo en ese momento, supongo que deshizo el camino y corrió a esconderse silencioso en su despacho. Llamé a una amiga que estaba abajo, en la cafetería, y subió inmediatamente para ayudarme y acompañarme a las urgencias del hospital universitario que estaba muy cerca, en la acera de enfrente. Me había hecho un esguince. Me dejaron una silla de ruedas para volver a casa.

Parece ser que nadie vio a aquel hombre correr detrás de mí. Nadie.

Disculpadme la digresión, vuelvo a aquel día del congreso y el bar. Esa noche me enfadé muchísimo con Pedro y tuvimos una pelea épica. Su conclusión: yo veía monstruos donde no los había, le atribuía intenciones que no tenía, era una exagerada, estaba pagando mi frustración con él, etc. Como ya os he dicho, el maltratador inyecta la duda en su víctima. Introduce lentamente ese argumento eterno, tan manido pero tan efectivo, que es el desequilibrio mental. Tal vez yo estaba de verdad proyectando mi impotencia contra él y haciéndolo responsable de mi angustia.

De Lolita a Juana la Loca, la transformación ya se había producido.

Tiempo después, cuando yo ya estaba totalmente atrapada en esa

toxicidad viscosa y me aterraba la idea de romperla, Pedro impuso una condición imprescindible (según él) para que la relación mejorara. Él sabía que yo estaba herida, él conocía mi sufrimiento. Él decía esas cosas precisamente porque me quería herida, convaleciente. Alimentaba los fantasmas, invocaba el trauma. Me quería dañada para volverme inocua.

Siempre me ha fascinado el verbo *desactivar*. Yo, que tantas horas de mi vida había dedicado a estudiar las estrategias con que el canon filológico había *desactivado* la voz de las mujeres escritoras: precisamente yo estaba siendo *desactivada*, como una bomba. Como él entendía que mis reacciones eran fruto de ese malestar interno que no lograba gestionar, consideró que lo mejor para los dos era que yo iniciara una terapia con una psicoanalista. Él había empezado a asistir a la consulta de otra desde que volvió a perder el concurso para obtener la plaza en la universidad. Me tiró un trozo de papel con un número de teléfono a la cara y me dijo: «o vas, o esto se ha acabado».

Y fui, durante un invierno. Él me acompañó hasta la puerta el primer día, cogida de la mano como si me llevara al colegio. También me costó siglos asimilar, al menos de modo consciente, que cada gesto infantil por mi parte era ampliamente premiado con sonrisas y alharacas, con alegría de esa de la que íbamos tan escasos. Cuanto más niña, mejor me trataba. Un juego que chirriaba por todas partes y que sacaba de quicio mis goznes con una frecuencia cada vez mayor pero, a la vez, un juego que aceptaba para ganar la paz en medio de esa guerra continua de baja intensidad. Alguna vez se lo llegué a insinuar y cayeron sobre mí las diez plagas de Egipto. ¿Acaso estaba yo queriendo decir que él era un pederasta o algo así?

A estas alturas solo diré que lo obvio cae por su propio peso y que, cuando Pedro me dejó definitivamente, se fue a vivir con una alumna suya más joven que yo. Creo que se llevaban veintiún años.

¿Cómo iba a tener yo una relación sana con mis alumnas?

6. DE POR QUÉ TENGO MIEDO A MIS ALUMNAS (SEGUNDA PARTE)

CUANDO EMPECÉ A DAR clases en Bachillerato, no me distanciaban muchos años de ellas. La sensación era increíblemente extraña, podían ser mis hermanas pequeñas, podía encontrármelas en cualquier local de la ciudad, podían también constituirse en objeto de deseo de lo que yo deseaba. Y eso resultaba increíblemente perturbador.

También en la facultad había sido así, cuando me separaba todavía menos edad. Aunque las leyes o la hipocresía general se empeñen en marcar límites, no hay apenas diferencia entre una chica de dieciséis, diecisiete, dieciocho o diecinueve (es decir, hay una inmensidad pero, en realidad, es lo mismo, seguro que sabéis a lo que me refiero). Yo había tenido alumnas comunes con Pedro, llegamos a compartir la docencia de una asignatura en el turno de tardes, él impartió la primera mitad del cuatrimestre y yo la segunda. Puse nota, sin saberlo, a una chica con la que él se había acostado, nunca supe exactamente cuándo. Una vez evaluada la materia, ella me buscó y escribió a través de redes sociales para contármelo. Cuando se lo dije a él, estalló en ira y rápidamente manipuló todos los ingredientes del relato. Algo había habido entre ellos, reconoció, pero no habían llegado a la cama, por supuesto. Y todo eso había ocurrido antes de que estuviéramos juntos. Ella estaba rabiosa porque me había elegido a mí (maldita leyenda de la elegida) y el resentimiento la había movido a hacerme creer que su historia y la mía eran contemporáneas cuando era radicalmente mentira.

¿Cuántas veces ha servido la teoría del resentimiento para callamos o retorcer nuestro discurso? ¿Cuántas personas pensarán que he escrito esto por resentimiento? ¿Cuántas opinarán que he roto el *elegante* silencio que había mantenido con respecto a mi ruptura? Como si yo hubiera roto algo, como si no me hubieran roto a mí.

Algunas veces pienso en si Pedro se mantuvo alejado de la Educación Secundaria porque intuía lo que podía ocurrir, porque quizá tenía miedo de sí mismo, de cruzar el margen de la legalidad. Y eso me hace recaer en cuántos Pedros sí recorren los pasillos de nuestros institutos, en cuántos cuajan su vida de pequeños gestos ambiguos que rozan siempre los límites, en cuántos se esfuerzan en hacer sentir especial a alguna de sus pupilas, en cuántos se conforman con desear sin mover un dedo.

Se habla tan poco del deseo en algunos circuitos, como el educativo… Se habla tan poco de las consecuencias brutales de una sociedad hipersexualizada como la nuestra… No solo en ellas, nuestras alumnas; sino en nosotras, que hemos sido ellas y ahora somos profesoras, ahora somos cada vez más mayores. He visto a compañeras de trabajo hacer esfuerzos titánicos para acudir al centro todos los días maquilladas y arregladas como si fueran a salir a escena. Al fin y al cabo, ¿no es eso lo que hacemos?

No es fácil enfrentarse cada día a lo que vamos dejando de ser, al cuerpo que ya no ostentamos, al deseo que ya no abanderaremos. Verlas a ellas es ver lo que ya no somos, lo irrecuperable. Y no duele por irrecuperable. No es la melancolía lo que nos embarga, sino el miedo a una sociedad que nos enfrenta a ellas, que nos hace competir con ellas porque todas somos medidas por el mismo rasero, porque no hay ligas que nos diferencien. Porque todas somos cuerpo y sexo en potencia y el mundo nos somete a una comparación constante que algunos días te ahoga.

Pienso en Pedro y me ahogo. Pienso en la cena de profesores de final de curso y en cómo el de Química solo hablaba con las interinas más jovencitas y me ahogo. Pienso en cómo me mira aquel alumno soberbio y cruel, con asco, y me ahogo. Me quiero bajar del

carro de mi cuerpo, pero no puedo y entrar cada día en las aulas me lo recuerda.

Últimamente, la idea de la maternidad empieza a atormentarme con más fuerza. El tiempo pasa poco a poco pero, indefectiblemente, me voy acercando al abismo del *ahora o nunca* y los dos lados de la montaña me producen un miedo atroz. Esos pensamientos confusos me conducen, a veces, a imaginarlas como hijas.

Lejos de calmarme, esta idea me perturba con más fuerza. Una rabia me atraviesa la columna vertebral como un rayo que no cesa. La rabia de saber que no podré protegerlas de su propio cuerpo, de la angustia constante de gestionarlo, de la tentación de ser Ana o Mía (anorexia y bulimia), del autoodio contra cualquier parte de sí mismas, de los *sugar daddies*[3] acechantes, del profesor que todos sabemos, del jefe que tendrán, del amante que llegará como fruto de un imaginario asfixiante y tendrá siglos de referentes culturales guardándole las espaldas y le llenará los oídos de citas que yo también subrayé, que a mí también me recitaron, como la de Cortázar:

> Lo que mucha gente llama amar consiste en elegir a una mujer y casarse con ella. La eligen, te lo juro, los he visto. Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio. Vos dirás que la eligen porque-la-aman, yo creo que es al revés. A Beatriz no se la elige, a Julieta no se la elige. Vos no elegís la lluvia que te va a calar hasta los huesos cuando salís de un concierto.

Y a mí, que soy profesora de literatura, me dolerán como puñales esas citas y ese nombre mío que también me asfixia porque me une para siempre a lo imposible, como nos pasa a todas, aunque no nos llamemos Beatriz, ni Julieta, ni Laura, ni Helena. Y me pasaré toda la Secundaria y el Bachillerato convenciéndolas de que es mentira, de que sí se elige y de que aprender a elegir es el mayor reto de nuestra vida, el origen del único amor posible.

Todos los cursos tengo alumnas con trastornos alimentarios.

Generalmente no están diagnosticadas. La mayoría no lo estarán nunca. Muchas mantendrán esos trastornos a través de episodios de mayor o menor intensidad toda su vida. Irán y vendrán. Subirán y bajarán. Se convertirán en nosotras de mayores. ¿Cuántas tallas diferentes guardo en el ropero? Ese abanico de pantalones que me aguarda en la penumbra del armario es una escalera hacia la desestabilización. Cada mañana, al vestirme, tengo que revalidar mi propia aceptación y eso resulta extenuante. Lo que hace solo un mes me ajustaba sin problemas ahora me estrangula la cintura y no sé por qué y me entran ganas de llorar. No hay nada más triste que comprobar cómo la barriga sobresale más que el pecho y que un falso aire de embarazo envuelve a tus vestidos. Volverá a disminuir, volverá a aumentar, así desde que tengo memoria. Nunca hay paz para el cuerpo. Y cuando llevo un rato sentada y tengo que desabrochar el vaquero porque me duele, miro con asco el tatuaje rojizo que ha dejado la cremallera en la carne y me cuesta unos segundos darme cuenta de que me estoy dando asco a mí misma. Y entonces me siento terriblemente mal porque no debería afectarme de este modo, porque mi angustia debería venir de pozos más profundos, y acabo sumergida en el doble castigo. Agotador.

El verano en que tenía diecinueve años participé en un campo de voluntariado. Pasé más de un mes en un pueblo de la provincia de Jaén realizando todo tipo de actividades socioculturales para dinamizar a la comunidad. Por un motivo que desconozco, empecé a adelgazar a una velocidad sorprendente durante aquella estancia. No eran las primeras vacaciones en que realizaba algo semejante y nunca había perdido una cantidad de kilos parecida. No recuerdo comer menos, no recuerdo hacer más ejercicio, no recuerdo nada especial. Volví a casa con seis kilos menos. Resultaba llamativo, demasiado rápido para no haber hecho nada. Aprovechando que debía ir al médico de cabecera por otros motivos, le pregunté por la repentina pérdida de peso. La doctora se extrañó, aunque no demasiado: «estáte atenta y si sigues adelgazando ahora que has vuelto a casa, vienes y me lo dices».

La verdad es que ese descenso abrupto, lejos de preocuparme,

fue un auténtico subidón. Parecía que mi cuerpo había cogido carrerilla y seguía perdiendo. A mí me alegraba tanto que me motivaba para ayudarle. De modo que empecé a comer menos. Una retroalimentación que me mantuvo entusiasmada durante semanas. El bajón llegó a diez kilos. El chico que me gustaba (esa expresión infantil es exactamente la correcta para definirlo) empezó a salir conmigo (¡qué casualidad!). A mi madre se le puso la mosca detrás de la oreja y habló con mi mejor amiga para que se fijara en cuánto comía cuando nos íbamos por ahí de cena los sábados. No fue la única que empezó a controlarme con disimulo y a insinuarme que no dejara de comer. Y a mí me encantaba. Era una situación totalmente inédita para mí. Yo no había sido el tipo de chica del que nadie hubiera temido nunca algo así. Tal vez por eso era más dulce el juego. Me encantaba que me vieran así. Vaya mierda, ¿no?

Pero, ¿quién no ha fantaseado alguna vez con ser anoréxica o bulímica? Igual que fantaseamos con nuestra muerte y hacemos cábalas sobre quién vendrá a nuestro entierro. Supongo que es una cuestión de poder. Nos preparan para ser siempre la parte con menos valor en las relaciones de poder (la menor en una relación amorosa con muchos años de diferencia, la supeditada en una relación laboral, etc.). Sentir que tienes el poder sobre tu cuerpo produce satisfacción. Un placer que se envilece pronto pero que, por un tiempo, es inmenso. Seis kilos, en realidad, no son nada; ni ocho; ni siquiera diez. A nadie le vas a dar asco con diez quilos menos. Sin embargo, con diez quilos más conseguirán que te des asco a ti misma. Probablemente solo con dos, tres o cuatro, también.

He visto a mujeres consolarse tras traumáticas rupturas emocionales o duelos porque, al menos, el malestar les había hecho perder peso. He visto a mujeres sonreír teniendo un fortísimo virus estomacal porque así rebajarían algo (de nuevo ese equívoco cruce entre la caca y lo femenino, como en el capítulo uno). Esas mujeres no eran anoréxicas ni bulímicas: éramos nosotras.

Y son ellas. Las que vienen sin desayunar al instituto y se convencen de que no lo hacen por el peso sino porque se levantan con el estómago cerrado. Las que almuerzan escondiendo con la

mano lo que comen como si ocultaran algo terrible. Las que no quieren compararse, pero se comparan y miran el diámetro de sus muslos y el de sus compañeras y maldicen en silencio y aprietan lentamente el nudo que tardarán toda una vida en deshacer.

Cuando yo estudiaba Bachillerato era frecuente que alguna de las chicas de clase se desmayara, sobre todo cuando hacía calor. Eso tampoco ha cambiado. Podía ser un leve mareo, un bajón de tensión o la palabra mágica que servía y sirve para todo: nervios. En el fondo siempre estaba la sospecha de si no habían comido lo suficiente. Yo siempre recelaba y creía que fingían. Esos desvanecimientos resultaban, en cierto sentido, prestigiosos. La gente se fijaba en ti, te atendía y algo misterioso te rodeaba. Ya sabemos lo bellas que han resultado siempre las mujeres postradas en nuestra historia cultural. Yo deseé durante años protagonizar uno de esos vahídos, pero nunca llegaron. Simulé algún amago que no me atreví a continuar. Nada. Parece que mi lozanía natural no era compatible con tales desfallecimientos. Para mi disgusto, sí encarné varias veces la otra escena de enfermería más habitual a esas edades: sangrar por la nariz. Infantil y desagradable, nada prestigioso en el complejo *ranking* de popularidad juvenil.

Mi escarceo con la excesiva pérdida de peso tras el voluntariado acabó cuando llegaron las Navidades, empecé a engordar con las reuniones festivas y se rompió el espejismo. Para la época de primavera ya iba todo mal entre aquel novio que emergió como una seta a la sombra de mi delgadez y yo. Con respecto a los desmayos, la única vez en que se me ha nublado la vista y casi me caigo al suelo (me cogieron antes) tuvo lugar hace solo un par de años, tomando el aperitivo en la barra de un bar con una antigua compañera de trabajo. Me contaba que unos meses atrás había tenido un aborto natural, estando embarazada de poco tiempo. Le habían dado una pastilla para que expulsara lo que quedaba dentro (cómo duele ahí el verbo *expulsar*) y la mandaron a casa a esperar. El relato de aquella noche entre espasmos de dolor *expulsando* lo que quedaba de su hijo me venció como no lo ha vuelto a hacer nada en esta vida.

Pero la intrincada relación con el cuerpo permanece y espina

todo lo que toca, saltando en el tiempo. En mitad del drama económico que ha conllevado la cuarentena por una enfermedad epidémica (qué cansancio nombrar: covid), ¿cómo confesar que el verdadero calambre de angustia que me atenazaba tenía que ver con lo que iba a engordar encerrada en casa? Qué banalidad, ¿no? (¿escucháis el chasquido del látigo con el que me estoy fustigando?).

¿O cómo reconocer que uno de los motivos por los que me aterra ser madre es la posibilidad de que mi cuerpo se torne ingobernable para siempre y no logre perder todo el peso que debería? Es solo uno de los motivos, pero es importante, ¡joder! Y de verdad que me gustaría que no fuera importante.

A veces pienso en ese tiempo falsamente mítico de la infancia en que la redondez de mi hechura me hacía más hermosa, a los ojos de mi familia, que las montaraces primas de cuerpos alargados y fibrosos a las que yo admiraba en secreto. Ellas brincaban ágiles entre peñascos como si fueran las reinas del mundo, mientras que yo corría con un ademán cuidadoso impropio de mi edad, con el tiento lento de una viejita. Todavía recuerdo una mañana en que subimos a un cerro un poco más alto de lo habitual y, una vez arriba, me acalambró un miedo terrible a tropezar o resbalar y hacerme daño al caer. Yo era muy pequeña y mis tías intentaron convencerme para que bajara despacito. No me iba a pasar nada. Pero yo ya me había convertido en un manojo de nervios agitados y sollozaba silenciosamente, paralizada. Al final, conseguí bajar rodando, con el cuerpo ligeramente ovillado para protegerme la cabeza, y fui recogida con la misma red con la que se recogían las almendras que caían del árbol vareado. A pesar de esos episodios, mi barriga perfectamente ovalada, prominente y dura como la de un bebé, me hacía parecer mejor alimentada y eso, en el rasero estético del que venían mis padres, era lo que realmente importaba, lo que nos hacía verdaderamente bellas. Sin embargo, ese canon se resquebrajaba por momentos. Una de esas mismas primas mayores que yo se quedó embarazada con diecisiete años. Su cuerpo experimentó una transformación que hacía difícil reconocer a la desgarbada niña que saltaba por el campo. A los dos años tuvo otra hija y se convirtió en

una matrona ancha y esponjosa que empezó a ser criticada por lo poco que se había cuidado después de los partos. Estábamos protagonizando uno de los cambios más rotundos de los últimos tiempos: los pobres habían dejado de estar delgados por la escasez de alimentos y comenzaban a estar gordos por la dificultad para acceder a comida saludable. Bienvenidos al reino del carbohidrato barato y del glutamato.

Con la preadolescencia, mi ovalada barriga quedó vinculada a la patología médica de manera irremisible. El traumatólogo me detectó una desviación en la columna vertebral que debía ser corregida, se trataba de una hiperlordosis lumbar, una curvatura demasiado pronunciada en dicha zona. Al parecer, resulta bastante frecuente y suele estar emparentada con la insuficiencia abdominal. Mis conocimientos clínicos son limitados y la explicación infantil que me ofrecieron en su momento ha quedado para siempre vagabundeando en mi imaginario anatómico. Algo así como que el excesivo arqueo de la columna empuja la zona abdominal hacia afuera o que esa zona abdominal no está suficientemente fuerte como para contener la presión que ejerce esa parte demasiado combada (mis disculpas a todo el personal sanitario que pueda estar leyendo esto por las inexactitudes de la exposición). El doctor que se encargó del diagnóstico estableció que debía acudir al fisioterapeuta dos veces por semana y dormir con un corsé ortopédico. Era un señor mayor, le debían de faltar pocos años para jubilarse, poseía una larga y densa barba blanca que amarilleaba en el centro por culpa del tabaco. Se trataba del jefe de traumatología, nadie le rechistaba. Parecía afable, sonreía todo el tiempo y le acompañaba una hondísima y paternal voz grave. No era demasiado alto, así que parecía una réplica al natural de David el gnomo. Supongo que ese aspecto nos tranquilizaba.

No obstante, para comprobar la concavidad de mi columna y su desarrollo, me colocaba delante de él, de espaldas, casi desnuda para poder ver y notar cada una de las vértebras. Estábamos muy pegados, apoyaba las manos en mi cadera y me decía que me levantara muy despacio arqueando la espalda. Repetíamos la

operación varias veces. Mi culo estaba en completo contacto con su cuerpo. No recuerdo qué edad tenía yo exactamente cuando empezaron las visitas. Quizá diez u once años. En cualquier caso, yo solo era una niña en braguitas delante de un señor mayor que se demoraba demasiado en sus exámenes. A pesar de ello, tengo el recuerdo de percibir con claridad que algo me desagradaba en esos contactos. Las visitas se sucedieron cada pocos meses durante unos cinco años aproximadamente y acabaron de manera abrupta porque el doctor murió en un accidente de tráfico. Cuando me atendió por primera vez el médico que pasó a sustituirle, se sorprendió al ver que el seguimiento se había prolongado tanto y me dio el alta en ese mismo momento. Su rapidez me confirmó que algo extraño había estado sucediendo.

Mi madre tenía que pedir que le cambiaran el tumo en el almacén de naranjas donde trabajaba o que le dejaran salir algunas horas para poder llevarme a la consulta. Pasaba a recogerme por el colegio en algún punto de la mañana y emprendíamos el camino hacia el hospital. Las primeras veces íbamos con el autobús de línea que tardaba una eternidad en llegar a la capital de provincia, luego empezamos a ir en coche, pero tardábamos casi lo mismo porque costaba muchísimo aparcar y no quería pagar (¿cómo puede ser privado el aparcamiento de un hospital?). En cuanto acabábamos, salíamos disparadas para volver: yo al colegio y ella al trabajo. Volvíamos siempre, aunque quedara solo media hora para la pausa del medio día. Como si nos fueran a poner una falta imperdonable. La cuestión es que ella siempre estuvo allí, lo vio todo en un silencio que tenía algo de religioso. *Los de abajo* no cuestionan los métodos de un jefe de traumatología, solo entornan la mirada hacia el suelo. Nunca jamás comentó nada sobre aquellas visitas, yo crecí pensando que quizá aquella morosidad y aquel tacto apretado eran imaginaciones mías. Eso no me ayudó en absoluto para todo lo que fue sobreviniendo a medida que me hacía mayor. ¿Cuántas veces he pensado que eran imaginaciones mías? ¿Cuántas veces me lo han hecho pensar? De alguna manera, ya sabía entonces que ella no me protegería de ese hombre, ni de ninguno. Me ha costado una vida

digerirlo y todavía no lo he hecho. A veces me lleno de rabia y la culpo con fiereza por no haberme defendido. A veces siento compasión y me repito que ella no tenía las herramientas para afrontar una situación así, que solo la enseñaron a agachar la cabeza. En cualquier caso, es cómplice y es mi madre y la aspereza acartonada del amor no me deja seguir hablando sobre esto.

Volvamos al hilo narrativo, lo que yo estaba contando era lo de mi barriga. Quizá algún día escriba un cuento que se llame *Historias de una barriga*[4]. Para tomarme las medidas con las que fabricarían el corsé me hicieron entrar (otra vez solo con bragas) en una habitación en cuyo centro se distinguía una especie de potro en el que me tuve que reclinar, colocando las rodillas y las muñecas en los lugares habilitados para ello. Tomaron el molde directamente sobre mi cuerpo, rodeándome con vendas de escayola. Fue raro. ¿De verdad era necesario colocarme en esa postura, en ese extraño aparato, para hacerlo? Pese a todo, lo que más me sorprendió de todo el proceso fueron las palabras del traumatólogo cuando recogí y me probé el rigidísimo corsé en su despacho. Por detrás, la coraza blanquecina se extendía desde la nuca hasta el inicio del culo, con un ligero ensanchamiento en las caderas que todavía no se correspondía con lo que era mi forma de niña. Se apretaba con unas cintas de velero. Por delante, aparecía recortado debajo del pecho para no oprimir los incipientes senos, pero una barra surgía justo desde ese mismo punto y llegaba hasta debajo de mi garganta, donde se unía a otra placa de color cerúleo que me impedía doblarme lo más mínimo. Al apretarme desde la espalda el corsé, como si protagonizáramos una película de época, me dijo: no te quejes porque gracias a mí vas a tener una cintura de avispa y una barriga tan plana como nunca habías imaginado. Yo no le había hablado nunca a ese señor de si me molestaba o no mi barriga prominente. Ni siquiera lo había hablado con mi madre. Nunca me he preocupado tanto por mi barriga como los años que siguieron a esas palabras.

Fui creciendo mientras dormía con aquel corsé y acudía los martes y jueves por la tarde a la sala de fisioterapia que estaba en la

residencia de ancianos del pueblo. La desviación de mi columna condicionaba algunos ejercicios básicos que afectaban a la asignatura de Educación Física como, por ejemplo, el tipo de abdominales que eran recomendables para mí. Cuando llegué a primero de Bachillerato, una profesora me hizo la vida imposible y me suspendió, por primera vez en mi vida, la asignatura. Cada vez que le decía que no podía hacer un ejercicio, me lanzaba unas miradas fulminantes. Tuve que llevarle el papel de traumatología mil veces para que me creyera. Aceptaba a regañadientes. Y, cuando llegó la semana de llevar a cabo lo que ella llamaba el *reto de abdominales* y que no era otra cosa que un examen encubierto, volvimos a tener problemas. Le insistí en que no podía hacerlos, al menos del modo en que ella quería. Le propuse que buscáramos un ejercicio alternativo. Ella estalló y dijo que yo me aprovechaba de las circunstancias, que pretendía tener un trato de favor con respecto a mis compañeros. El asunto se enredó y tuvo que intervenir el director del centro, que era mi profesor de Latín y un santo. Solo él consiguió aplacar a la profesora y convencerla de que era mejor que yo hiciera otra prueba. Cuando mi protector se marchó y nos quedamos solas, ella resopló y, antes de darme la espalda, me espetó: «Cuando te quedes embarazada, la barriga te llegará hasta el puerto, que lo sepas». Si alguien siente curiosidad, el puerto está a unos tres kilómetros de distancia del instituto al que yo iba. La promesa del médico no se había cumplido y yo era una chica de dieciséis años con una dura y excelsa barriga, salida hacia afuera como la de una muñeca Barriguitas. Ahora que soy yo la que doy clases, aquellas palabras me parecen todavía más crueles.

Con el paso del tiempo he decidido que mis alumnas no son mis hermanas pequeñas ni mis hijas. Cualquiera de esos parentescos dificulta nuestra manera de relacionarnos. Me coloca en un lugar desde el que me cuesta comunicarme con ellas. A veces, me hace daño. Por eso estoy aprendiendo lentamente a tratarlas como mujeres, como compañeras. Tal vez sea el lugar más sano, pero me sigue lanzando contra las cuerdas.

¿Cómo voy a decirles que no se dejen hacer lo que yo he dejado

que me hagan? ¿Qué legitimidad tengo para aconsejarles nada? ¿Qué pensarían ellas si supieran lo que le ocurrió a la profe?

En ocasiones parece que me ignoren completamente pero, en otras, me miran con tanta intensidad que pienso: *¿Lo saben?*

INCISO I

—¿QUÉ HA PASADO AHORA, Triz? Estoy en la otra habitación con el teclado y los cascos y, aun así, te he escuchado gritar por teléfono.

—Joder, es que no es normal, te lo juro. No es normal.

—¿El qué no es normal?

—He llamado a mi madre para preguntarle qué edad tenía cuando me pusieron el puto corsé y no se acuerda.

—¿Qué corsé?

—El ortopédico, coño, el que llevaba para dormir cuando era jovencita.

—Hostia, sí. No me acordaba de eso.

—¡Es mi madre! ¿Cómo puede no acordarse? ¡Joder!

—Pero, ¿no tiene ni idea?

—Me ha soltado que igual tenía seis o siete años, que debió de ser antes de la comunión, pero que no sabe.

—¿Y cuál es el problema?

—Que es imposible, joder. ¡Cómo va a ser antes de la comunión! Si cuando estaba en primero de Bachillerato y la cabrona de gimnasia me suspendió, todavía me lo ponía. Y ahí yo tenía dieciséis, para diecisiete años.

—No tiene por qué acordarse de todo…

—No la defiendas, Sebas.

—Es que no te puedes hacer mala sangre por cada cosa.

—Ya lo sé, pero me da rabia. Es que no se acuerda de nada. Joder. Nunca sabe nada.

—Si ya sabes que es así, ¿por qué te cabreas?

—¡Porque me da la gana! Y no me jodas. Que tu madre se acuerda del mes y el año en que se te cayeron cada uno de los dientes de leche. Y eso que sois cuatro hermanos.

—Cada uno es de una manera.

—Ya lo sé, ya lo sé… pero es que parece que me haya criado sola, de verdad.

—A propósito, ¿vamos a ir este domingo a comer con ellos?

—Pues no tengo ni puñeteras ganas, la verdad. Como me ha soltado lo de la comunión, le he preguntado si había encontrado ya el álbum de fotos pero nada, dice que no sabe dónde está.

—Eso ya te lo dijo la otra semana.

—¡¿Pues dónde las has guardado?!

—¿Y qué más te dan esas fotos?

—Yo quería enseñártelas. Me hacía gracia, ¿vale? Tu madre me enseñó las tuyas y fue divertido verte regordete y blanco, con cara de santurrón. Yo quería hacer lo mismo. Y, aunque no quisiera, habrá que saber dónde está ese álbum, ¿no? ¡¿Se lo ha tragado la tierra?!

—No lo sé. La verdad es que sí es raro, no te voy a decir que no.

—Y le costó un dineral el reportaje. Solo por lo que le costó, ya podría acordarse.

—Oye, ¿y para qué necesitas saber la edad exacta de lo del corsé?

—Para una historia que estoy escribiendo.

—¡¿Estás escribiendo sobre tu desviación de columna?!

—No exactamente. Estoy escribiendo *cosas*. Una especie de reflexiones narrativas, ¡yo qué sé! Da igual. La cuestión es que quería saber si era muy niña cuando me lo pusieron o si ya era un poco adolescente.

—¿Y qué más da eso?

—No sé, a lo mejor no importa, pero quería saberlo.

—Pon la edad que te parezca y ya está, ¿no?

—No es tan fácil.

—¿Por qué no es tan fácil? No tienes que escribir la verdad, ¿no?

—¡Claro que no! Pero las madres saben esas cosas.

7. DE CUANDO LA HIJA DE ANDALUCES QUISO DAR CLASE DE CATALÁN EN UNA UNIVERSIDAD EXTRANJERA

EL FINAL DE ESTE CURSO ha sido complicado. Eso lo sabe todo el mundo. Se suspendieron las clases presenciales a causa del peligro epidémico y comenzó una andadura digital que ha excavado galerías profundas en las relaciones interpersonales. Alumnos que jamás habían abierto la boca en clase han protagonizado mensajes de una agresividad inesperada. Otros han utilizado el anonimato de una dirección de correo de grupo para quejarse de todo. Algunos se han abierto en canal gracias a la extraña intimidad de la comunicación *online* y me han contado situaciones personales que yo ni imaginaba. También ha habido declaraciones amorosas, unas sutilmente entreveradas en las tareas de redacción, otras sorprendentemente directas. Leer el *email* estos meses ha sido una auténtica montaña rusa emocional con un final que ha sido especialmente anticlimático en aquellos cursos en que se graduaban.

Es increíble la cantidad de odio que llegamos a recibir los profesores. Desde luego, no somos la única profesión que experimenta algo parecido, pero no deja de sorprenderme la incapacidad de una parte importante de la sociedad para verlo. La violencia verbal y la presión que se ejerce contra nosotros llegan a ser insostenibles y, desde luego, no solo vienen de la mano de los alumnos. Pero yo no quería hablar de esto. Yo quería hablar de mi grupo de segundo de Bachillerato, ese que ha hecho los exámenes de acceso a la universidad en mitad de una pandemia. También les di

clase el curso pasado. Dos años seguidos es una vida entera en un instituto. Son de la modalidad de artes. La mayoría son mujeres. Un reducto de personalidades explosivas dispuestas a estallar en cualquier momento. Encantadoras y aterradoras a la vez. También hay quien está allí por estar, porque cree que ese Bachillerato va a ser más fácil o por otros mil motivos más. Algunas alumnas no me tragan y manifiestan lo poco que les gusto de una manera más o menos encubierta. Otras parecen indiferentes o incluso amables, pero luego me entero de que van desplegando veneno de colores en sus comentarios, siempre detrás de mí. La que más se ha ensañado conmigo va a prepararse para ser policía. Cuando me enteré, una vez acabado el curso, no pude evitar sonreír. Perdonadme.

También he encontrado en ese grupo a alumnas cómplices que han crecido (incluso estallado) en un par de cursos. Mujeres que han aprendido, se han cuestionado y me han cuestionado. Un verdadero estímulo para llegar por las mañanas y poner el mundo patas arriba en un aula, aunque un par de horas después ya quisiéramos de nuevo desaparecer de la faz de la tierra. En fin, no quiero seguir por ahí porque las profesoras tenemos una formidable tendencia a lo cursi y a la angustia. No obstante, sí me gustaría decir que recibí mensajes que me emocionaron de algunas de ellas, una vez finalizadas todas las evaluaciones.

No lo he dicho antes, pero este grupo pertenecía a lo que se llama *la línia en valencià*. Es decir, ha cursado la gran mayoría de sus asignaturas en esta lengua que, además, es la lengua materna de muchas de ellas. Yo soy la profe de Castellano y, aunque he nacido en estos lares, no dejo de ser hija de andaluces. Por eso, la lengua ha sido en muchas ocasiones el territorio donde se ha manifestado la herida. Quizá precisamente por eso estudié Filología. Y si digo esto es porque una de las chicas finalizaba su correo de despedida con un «*llarga vida a la mestra*» y adjuntándome una canción en valenciano que le recordaba a mí. Yo reaccioné con una llorera sorprendente y desproporcionada y compartí el enlace en mis redes.

Ya lo he comentado en alguna ocasión. Después de años trabajando en los campos franceses, mi familia se había ido

desgranando desde Perpiñán hasta Valencia, pasando por Mallorca. En el país vecino, mi padre no había aprendido a hablar francés, sino catalán, aunque nunca llegó a saber escribirlo. No fue el único. Por eso no resulta sorprendente que la larga retahíla de primos se asentara finalmente a lo largo de todo el territorio de habla catalana. Resulta curioso cómo, desde su condición de forasteros y ajenos a las polémicas políticas, identificaran con tanta claridad a Cataluña, las Islas Baleares y la Comunidad Valenciana como partes de una unidad lingüística. Cada vez que tengo que defender con todo mi arsenal filológico que el valenciano y el catalán son la misma lengua, me acuerdo de ellos, de la naturalidad con que un grupo de almerienses que apenas sabía leer se dio cuenta de esta realidad sin que nadie tuviera que explicársela.

No todos corrieron la misma suerte. Las migraciones nunca fueron fáciles. Uno de mis tíos amaneció con una pintada en la parte frontal de la finca vieja que acababa de comprar, un poco apartada del pueblo, en uno de los caminos que subían a la montaña: «Andaluces de mierda, volved a vuestras casas».

Tampoco todos tuvieron la misma voluntad de integración. Supongo que algunos vieron claro que se iban a quedar allí para siempre, pero otros aguantaron muchos años creyendo que algún día volverían a los peñascos y el polvo para quedarse. Constituyeron una resistencia imaginaria que solo empezó a desmoronarse cuando llegaron yernos y nueras que nunca habían estado en Almería y nietos que no nacerían allí.

Creo que mi madre siempre supo que no habría retorno, ni tampoco lo deseó porque los orígenes estaban tan entramados con la miseria y el hambre que le dolían. Sin embargo, mi padre formó parte durante una gran cantidad de tiempo del grupo de la resistencia y fantaseaba, de vez en cuando, con la posibilidad de regresar, aunque no creo que llegara a planteárselo nunca seriamente. Quién sabe.

Yo tuve que empezar a hacerme mayor para percatarme de que la gran mayoría de mis amigos eran, también, hijos de migrantes. Como si fuéramos el resultado de un proceso de decantación tan

natural como la lluvia, sentíamos que algo nos unía a pesar de que nuestras familias procedieran de diferentes pueblos de la provincia de Cádiz, Jaén o Almería, entre otras. Casi todos de raigambre andaluza, aunque contábamos con una hija de gallegos y con un cántabro. El devenir económico de nuestros padres nos había colocado en el mismo bando. Por eso, a pesar de crecer en un pueblo valencianoparlante, manteníamos el castellano como lengua de contacto entre nosotros. También en nuestras casas permanecía, aunque yo oía con frecuencia hablar a mi madre en valenciano con las otras mujeres que trabajaban en el almacén y a mi padre con los hombres de la cooperativa frutícola. Siempre me fascinó ese modo híbrido de utilizar las lenguas: dentro de una misma conversación, mi padre empleaba el castellano si hablaba de almendros y el valenciano si hablaba de naranjas, siguiendo una lógica cultural y emocional de la que no creo que fuera consciente.

La madre de mi madre, cuando se vino, entró a servir en la casa de una señorita pudiente, en una de esas familias que habían acumulado mucho dinero en el siglo XIX gracias al comercio de cítricos y que languidecían lentamente en el siglo XX. Como todas esas familias, esta también hablaba en valenciano. La mujer no se había casado y mi abuela dejó de ser poco a poco su criada para convertirse en la amiga que la acompañaba dulcemente en la vejez. Con el tiempo se quedaron las dos solas en esa casa enorme encarada hacia la plaza principal. Se las podía ver a través de un gran ventanal, junto al cual pasaban las tardes sentadas, mirando a ver quién circulaba por la calle y saludando a unos y a otros. Ese es todo el recuerdo que tengo de mi abuela durante mi infancia: un fantasma a través de una cristalera. Una tarde de invierno se prendió la mesa camilla con el brasero, un accidente habitual en aquella época. La señorita ya era muy mayor y casi no podía andar. Mi abuela estaba mejor pero tampoco como para bailar jotas. Tardaron mucho en reaccionar. Los vecinos se dieron cuenta de lo que pasaba porque empezó a salir humo por los ventanales. Llegaron los bomberos, la ambulancia. La salita en la que cenaban quedó calcinada. Mi abuela salió razonablemente bien. Sin embargo, la señorita tenía

quemaduras graves en las piernas. Se recuperó, más o menos, pero ya nunca levantó cabeza. Un par de años después murió. Los sobrinos, que siempre le echaron la culpa del incendio a mi abuela, la despacharon sin darle las gracias ni un finiquito. Un mes más tarde ya habían empezado las obras que iban a convertir aquel bello edificio modernista en un banco.

Ya me he vuelto a enredar… Lo que yo venía a decir es que mi abuela, que no sabía leer ni escribir, había confeccionado un idioma mixto después de tantos años con esta mujer. Integraba términos de una y otra lengua dentro de una sola oración. La sintaxis permanecía enraizada en el castellano pero el léxico, sobre todo el doméstico que había sido su mundo, había dado el salto por completo al valenciano. Si con mis padres tengo dudas, con ella no tengo ninguna. Estoy segura de que no sabía que estaba empleando dos lenguas diferentes, sino que su percepción había generado un *continuum* en el que no había fronteras.

A pesar de que nuestros padres nos llevaban ventaja y habían incorporado el uso de su nueva lengua sin pudor, sus dos hijas no acabábamos de lanzamos al ruedo. Es decir, sí pero no. Intento explicarme. Sé que es una contradicción. Debería haber sido al revés. Cuando llegaron, mi hermana era pequeña y yo ya nací aquí. No obstante, la vida real y el mundo laboral abocaron a mis padres al valenciano casi sin que se dieran cuenta. No les preocupaba hablarlo mejor o peor, sino hablarlo. No sabían nada de gramática o morfología. Sabían del hambre y con eso bastaba para adaptarse. Sin embargo, su hija mayor vivió la transición como un tsunami.

El nuevo ambiente lingüístico acrecentó una timidez que era casi patológica y, aunque no le costó demasiado empezar a aprobar la asignatura de valenciano en el cole (entonces todavía no había *línea en valencià*), no se arrancó a hablarlo así como así. Nosotras desarrollamos la actitud acomplejada que mis padres no habían tenido. A nosotras ya no nos valía hablar el valenciano torpe y trufado de castellanismos con el que ellos consiguieron ganarse un lugar. Para nosotras, esa fluidez de expresión con la que no contábamos suponía una línea roja que apuntaba indefectiblemente

hacia nuestro origen. Por eso, entre otras cosas, mis amigos del cole eran principalmente la sarta de hijos de migrantes a los que he aludido antes y que compartían la misma cicatriz. Nos llamaban los *chamó y qués*[5] para chotearse de nosotros, exagerando nuestras meteduras de pata. Eso no nos ayudaba a dar el salto, desde luego. Aquellos que descendían de ilustres abolengos se reían con más saña: para ellos éramos *los de abajo* dentro de *los de abajo*, la doble subalternidad personificada en unos mocosos de identidad fluida. Aunque luego, esos mismos que apuntaban su carcajada ácida contra nosotros en los bancos del parque corrían a cambiar de lengua en determinados ambientes y situaciones, como cuando hablaban con alguien de la ciudad. Demasiado complejo todo para nuestras cabezas infantiles y para las suyas, que estaban reproduciendo todavía un sistema lingüístico que prestigiaba el castellano sobre el valenciano: la diglosia, fruto de las prohibiciones que envenenaron las aguas durante años y que no iba a desaparecer tan fácilmente.

Siendo mi hermana muy jovencita y yo todavía una cría, el presidente de la falla del barrio en el que vivíamos llamó a nuestro timbre. La casa que se obraron mis padres al llegar estaba en las afueras, solo había otro vecino y una acequia que cortaba en perpendicular la calle. El pueblo había crecido bastante hacia ese lado y se habían edificado varias viviendas más, incluso un par de modestas fincas de pisos. Mis padres no estaban en casa, así que tuvo que insistir varias veces hasta dar con ellos. El propósito era convencerles para que nos dejaran ser falleras a mi hermana y a mí. Ella con las mayores y yo en la sección infantil. Al principio, la idea fue bien recibida y mi padre la vivió como un éxito en el proceso de integración de la familia. Participamos solo durante dos años. Yo recuerdo pasarlo bien o eso creo, porque era tan pequeñita que casi no guardo memoria. Después, se acabó. El traje, el aderezo, los convites… suponían demasiado dinero. El segundo año mi padre aceptó a regañadientes, pero dejó de pasar por el casal y casi no acudió a ningún acto. No sé lo que ocurrió, pero intuyo que creyó descubrir que la insistencia para que participáramos se debía más a la necesidad de captar a más personas para sostener

económicamente la falla que a otra cosa. Quizá, de algún modo extraño, se sintió utilizado. Vete tú a saber. Mi padre, como tantos otros hombres de esa época, era un monolito indescifrable.

Mi madre, como para refrendar la masculinidad de mi padre, contaba muchas veces que solo lo había visto llorar una vez en la vida. El abuelo no se había querido mover nunca del cortijo donde había vivido siempre y allí murió. Ni él tenía teléfono arriba de aquel cerro, ni nosotros aquí en la casa todavía a medio hacer. Digo nosotros pero yo no existía todavía y mi hermana era pequeña. Así que la noticia tardó mucho en llegar. Fue el pastor que le guardaba las cabras a mi abuelo en los últimos tiempos quien llamó al teléfono que mis padres daban siempre para las emergencias, el de una vecina de la calle de atrás que se había ofrecido a recogerles los recados que fueran urgentes. La vecina salió corriendo y gritando: «¡María, tu suegro se ha muerto!».

Mi madre le dio a su niña de la mano para que se la cuidara, se quitó el delantal, se subió en la bicicleta y salió echando chispas hacia la fábrica donde estaba trabajando mi padre. Le avisó y se volvió a casa para preparar a toda prisa una maleta mientras Antonio acababa el tumo y pedía un día libre para ir al entierro de su padre. Cuando él regresó, mi madre ya había recogido a mi hermana y lo tenía todo arreglado. Cogieron la carretera bien entrada la noche. Le iban a dar sepultura a la mañana siguiente, muy temprano. En aquellos pueblos todo se hacía muy temprano. Recorrieron del tirón los más de 400 kilómetros que los separaban. Cuando faltaban solo un par, pararon para que mi padre se aseara un poco y se pusiera a toda prisa un traje y una corbata negros. Todo sucedió como en una película. Aquel cementerio era muy pequeñito, ya nadie quería ser enterrado allí arriba. Justo cuando estaban a punto de meter la caja en el agujero, mi padre paró el coche en la verja de entrada, abrió la puerta y se dejó caer sin apagar el motor. Salvó trastabillando los pocos metros que le separaban del ataúd, lo abrazó y se echó a llorar durante unos minutos que fueron eternos. Mi madre dice que había ido mucha gente porque el abuelito era muy bueno (no como la abuela que nunca la quiso) y que todo el mundo suspiró aliviado al

ver entrar a mi padre y que en medio del silencio atronador que acompañó a aquel llanto, solo se le oyó decir al pastor que les había llamado por teléfono: «Gracias a Dios que ha llegado a tiempo».

No tengo ni idea de si mi padre ha vuelto a llorar antes o después de aquello, no sé si sucedió como me contaron, pero todas las familias tienen sus leyendas y esta me parece tan hermosa como cualquier otra. Una leyenda necesaria para humanizar a un hombre que no ha manifestado prácticamente nunca una emoción delante de sus hijas. Nada nuevo bajo el sol.

Me he vuelto a desviar del tema. Yo estaba hablando de cómo mi padre vivió lo de la falla como un falso éxito, y lo estaba contando porque el verdadero llegó de un modo mucho más sencillo, cuando ya no lo esperaba.

El paso del colegio al instituto supuso un cambio de universo. Yo me matriculé en el mismo centro público al que había ido mi hermana, pero muchos de mis antiguos compañeros se dispersaron en diferentes instituciones concertadas religiosas. A mí ya me encantaba leer y escribir, así que en seguida pedí incorporarme en el equipo de redacción de la revista del instituto, que se editaba de manera casi íntegra en valenciano. Allí conocí a gente que me ayudó a desvincular esta lengua del pijerío pueblerino para empezar a asociarla a la idea de reivindicación y compromiso. Para una niña de padres andaluces la importancia de aquel rompecabezas lingüístico resultaba indescifrable. Sin embargo, para una adolescente que buscaba construirse más allá de su identidad como hija de migrantes constituyó un trampolín.

Es increíblemente difícil de explicar la vergüenza que me producía hablar en valenciano y de dónde nacía esa parálisis. Yo era solo una jovencilla, pero ya sentía ese síndrome de la impostora que me ha acompañado toda la vida. Pensaba que iba a parecer ridícula, que iba a meter la pata todo el tiempo. La imagen de mis padres hablando con sus compañeros de trabajo en esa precaria lengua híbrida ya no me parecía admirable, ahora me decepcionaba que en todos esos años no se hubieran esforzado por hablar bien y por aprender a escribir. En fin, la adolescencia. Ya sabéis.

A pesar de ese pánico que no sabía muy bien cómo ocultar, me autoimpuse la disciplina de arriesgarme. Los compañeros de la revista tuvieron la delicadeza de no decir nada en la primera reunión de patio en la que hice una propuesta en valenciano. Si lo hubieran hecho, me hubiera sentido señalada y hubiera cambiado de lengua de manera automática. Solo me miraron, sonrieron levemente y asintieron con la cabeza.

A partir de ese momento, esa se convirtió en la lengua con la que me relacionaba con casi todos los nuevos amigos del instituto, ante la extrañeza de algunos de los antiguos, sobre todo de aquellos que fueron dejándose los estudios y nunca olvidaron el amargo regusto de haber sido los *chamó* y *qués*.

Poco a poco se fue configurando un mundo en el que empleaba una u otra lengua dependiendo de con quién hablara. Nunca logré sentirme segura del todo. Sin embargo, sí dejé de vivirlo con angustia, aunque con los años volvería a emerger el malestar. No sé hasta qué punto mis padres se percataron de este proceso, creo que no lo hicieron en absoluto, por lo que la sorpresa fue todavía mayor.

No era raro que yo invitara a compañeros a estudiar a casa. Lo que sí era raro es que mis padres estuvieran en casa y no trabajando. Aquella tarde, sorprendentemente, andaban por allí los dos. Yo montaba el escaparate de libros y cuadernos en la mesa de la cocina porque mi habitación era muy pequeña y en el minúsculo escritorio resultaba imposible que se colocaran dos personas. Así, de paso, podíamos merendar y picotear mientras repasábamos los apuntes. Cuando entré con Santi, no esperaba encontrármelos allí. Ellos también se extrañaron al verme llegar con aquel amigo al que no conocían.

Santi siempre ha sido un chaval muy majo y muy desenvuelto, así que reaccionó con mucha más soltura que mis padres y yo, y se presentó directamente. Después descubrimos que su tía había trabajado con mi madre en el mismo almacén, aunque en aquella época ya le habían dado la incapacidad: no podía mover el brazo derecho después de tantos años en la máquina triadora. Disculpadme otra vez, eso no es importante ahora. La cuestión es

que Santi se dirigió a mis padres en castellano, supongo que pensó que era lo más educado. Después de unas pocas frases, mi madre dijo que no nos preocupáramos, que ella acababa en un segundo lo que estaba preparando en el fuego (iba a dejar hecha la cena de ese día y la comida del siguiente) y que se iba con el papá a la cooperativa a arreglar unos papeles, así que podíamos instalarnos en la cocina sin problemas. Un sexto sentido debió de chivarle que Santi es homosexual porque siempre le ha caído fatal que me quede en casa con amigos varones, por mucho que yo jurara que no pasaba nada de nada. Mi madre, como ya sabéis, siempre se ha confundido de enemigo.

Aclarada la situación y con mis padres todavía delante, Santi se giró hacia mí, cambió de lengua y comenzó a comentar cuestiones de clase mientras sacábamos los trastos de la mochila. Yo le contesté también en valenciano, sin pensarlo demasiado, explicándole algunas dudas que tenía sobre el temario. No me sentía muy a gusto con ellos allí, así que no podía evitar mirarles con el rabillo del ojo. Mi padre también nos observaba con una peculiar atención. Se acercó lentamente a mi madre, que estaba de espaldas a nosotros, y le dio un ligero codazo para que se girara mientras nos señalaba.

A pesar de que no creo que quisiera que yo le escuchara, pude oír con toda claridad cómo le dijo: «María, ahora sí, lo hemos conseguido».

ME GUSTARÍA DECIR que el malestar de la lengua se desvaneció para siempre, pero no fue así. Acabado el instituto, me matriculé en Filología Hispánica. Preferiría que la concepción del sistema educativo fuera más flexible y entendiera la literatura como una estructura sin fronteras, pero no lo es. Así que tuve que elegir y elegí. A pesar de estar contenta con mi opción, fui alimentando una cierta culpa que me llevó a inscribirme en el segundo ciclo de Filología Catalana cuando acabé la carrera. Quería cerrar esa brecha de tierra que se me abría dentro cada vez que lo pensaba. Yo ya empezaba a publicar algunos poemas en revistas, aquí y allá.

Comencé a escribir también en valenciano. Me llamaron para participar en algunos recitales y empecé a darme cuenta de cómo las dos lenguas vivían de espaldas la una a la otra. Rara vez los culturetas de un ámbito se dejaban ver por el otro y viceversa, como si la otra literatura no les incumbiera. Como si las dos burbujas no llegaran a tocarse nunca. Por supuesto, había algunas excepciones, no me vayáis a malinterpretar, pero eran tan extrañas…

En una ocasión, la Associació d'Escriptors en Llengua Catalana me invitó a intervenir en un acto organizado para la celebración del 8 de marzo. Participamos cinco mujeres de diferentes edades y esferas, cada una debía escoger a una escritora de la que hablar y, al final de nuestra pequeña charla, podíamos leer algún texto propio que consideráramos pertinente. Me puse tan nerviosa que, cuando llegué al edificio en el que iba a tener lugar el evento, me encerré en el baño con la barriga descompuesta. (La caca apareciendo siempre en los momentos trascendentales de mi vida, ya lo sé: ¿solo me pasa a mí?). Cuando faltaban pocos minutos, me llamó por teléfono alguien de la organización, yo seguía allí sentada y aterrorizada. Ni siquiera podía pensar en que, gracias a las calorías de las que me estaba deshaciendo, podría comerme el postre en la cena sin angustia por engordar (que es un pensamiento horrible, pero no banal). Me costó esfuerzo recomponerme y salir. Una vez sentada en la mesa con las demás, comenzó el verdadero tormento. ¿Qué derecho tenía yo, la hija de andaluces, la *chamó y qués*, a hablar de ninguna escritora en catalán? ¿A quién estaba intentando engañar? ¿Lo sabían los que me habían convocado? Mi cabeza iba a mil mientras intervenían las otras y yo esperaba. Sentía la lengua grumosa y estaba convencida de que, cuando llegara mi tumo, iba a equivocarme. Sí, lo iba a hacer mal. Iba a conjugar erróneamente todos los verbos y el léxico se me iba a emborronar, como la vista. Imaginaba mi cerebro como una de esas fantasiosas representaciones planas de la tierra, una superficie chata cubierta por un líquido que era el valenciano y que se derretía y caía por todos los extremos como cascadas señalando el *finis terrae*. Y debajo solo quedaba el castellano, descubierto bajo la capa escurridiza que seguía huyendo

hacia todas partes. Al día siguiente tenía llagas dentro de la boca. Mi madre dice que las llagas aparecen cuando pasas unas décimas de fiebre. Me parecía estar viviendo una alucinación. Llegó mi turno. Llevé a cabo la pequeña disertación que había preparado.

Apenas recuerdo nada. Durante la cena con las otras ponentes y los organizadores tuve la sensación paranoica de que todos me miraban y murmuraban. Seguramente no lo hacían. Estoy convencida de que me trataron bien, pero en ese momento no podía dejar de pensar que me habían descubierto. Yo era una impostora. Me hubiera gustado que, al menos, los nervios me cerraran el estómago, pero pedí el postre más calórico de la carta y lo devoré sin hablar con nadie.

Pedro estaba allí, vino a la cena como mi acompañante y supo suplir rápidamente mi desconcierto silencioso. Sonrió y conversó con todos los asistentes, incapaz de permitir una pausa incómoda. Bromeó y se creció en una mesa ávida de nuevos contertulios. Cuando nos despedimos, después de que yo le insistiera demasiadas veces, ya estaba convencida de que los representantes de la asociación preferirían invitarle a él antes que a mí en próximas ocasiones. Entonces todavía me importaban poco estas situaciones. Con el tiempo me percaté de que Pedro no sabía acudir a ningún sitio sin empeñarse en brillar más que yo. A estas alturas, eso ya lo sabéis.

¿Recordáis lo de las canciones?, ¿Lo de ponerme los primeros segundos de un tema y preguntarme qué está sonando? Durante esa época, empezó a hacerlo con grupos y cantautores valencianos. Él decía que jugaba, pero es imposible que no se diese cuenta del agujero de angustia que me crecía dentro. La constante era siempre dejarme en falta. Se acostumbró a desafiarme delante de sus hijos, que sí iban a la *línia* en el cole y que estaban acostumbrados a los gustos de papá, de manera que ellos acertaban la solución antes que yo en muchas ocasiones. Era, a todas luces, un ejercicio de humillación. Una tarde estallé. No reconocía de ningún modo la canción y él insistía e insistía e insistía y se reía y sus hijos se reían también. Y yo estaba cansada y no quería vivir permanentemente

pasando un examen y le dije varias veces que me rendía, que no sabía qué era. Pero él no quería que me rindiera, quería otra cosa. Y yo acabé gimoteando y suplicando que pararan. Y él me dijo que no me pusiera así delante de sus hijos, que no me estaban matando. Y yo empecé a llorar e hipar entre pequeños espasmos nerviosos. Y él contestó que ya estaba yo liándola otra vez y que iba a asustar a los niños. Y casi no me dirigió la palabra en todo lo que quedaba de día.

Después de cenar, con los peques ya acostados, me espetó: «¡Ovidi Montllor, idiota! ¡Era Ovidi Montllor! ¿Seguro que no quieres probar a decir un título? Venga, te doy otra oportunidad».

Esa grieta de inseguridad que no me permitía estar en paz me llevó a dejar de escribir durante un tiempo en valenciano. Por supuesto, no dejé de leer y aprender en esa lengua que era también mía a pesar de todos mis demonios. No obstante, algunos debieron de interpretar que daba bandazos o, incluso, se sintieron traicionados. O quizá fui yo la que sentí que estaba traicionando algo. Me ha costado mucho reconciliarme con la escritura en valenciano. Mejor dicho, me ha costado mucho reconciliarme conmigo misma, perdonarme. Convencerme de que yo también estoy legitimada. Todavía trabajo en ello.

En los colegios concertados se ahorra en personal y, por eso, se asignan a los profesores diferentes materias, se correspondan o no con su especialidad. Yo llegué a impartir Castellano, Valenciano, Cultura Clásica e, incluso, un refuerzo en el último ciclo de Educación Primaria. Una locura. Aunque no fuera mi especialidad, yo sí estaba habilitada legalmente para impartir Valenciano. Si se lo hubieran dicho a mi maestra del cole, se habría quedado atónita. Durante los primeros meses viví atemorizada, esperando que esos chavales de catorce y quince años me preguntaran el significado de una palabra que yo desconociera o que se percataran de que dudaba o vete tú a saber qué. Sin embargo, contra todo pronóstico, fui adquiriendo una cierta confianza a base de prepararme mucho las clases y elaborar mis propias actividades. Todo esto, recordémoslo, mientras acababa mi tesis doctoral, estudiaba otro máster a distancia, publicaba artículos académicos y vivía el declive de una

relación amorosa cada vez más oscura. ¿Cómo narices conseguimos sobrevivir a situaciones así de afiladas? Nunca he sido tan productiva como cuando he estado realmente hecha mierda. Me corrijo: creo que nunca he sido tan productiva como justo antes de darme cuenta de lo hecha mierda que estoy.

En medio de aquella negrura, aparecieron destellos que no esperaba. Adquirí una pequeña seguridad lingüística que me animó, el curso siguiente y una vez defendida la tesis, a contemplar la posibilidad de intentar acceder a un puesto de profesora de Catalán en una universidad extranjera, que dicho así parece algo grande, pero me refiero a un sencillo y precario lectorado de idiomas durante un año. Visto desde hoy, me parece obvio que ya se habían encendido todas las alarmas y que algo dentro de mí empezaba a buscar agujeros por los que hacer llegar la luz a ese subterráneo afectivo en el que estaba metida. Pero entonces no lo viví así, no pensé ni por un segundo que estuviera tratando de escapar. El motivo oficial que yo misma argüía era la necesidad de conseguir un sueldo estable durante un año completo trabajando para una universidad. Detrás estaba la cuestión de querer soltar de una vez por todas el nudo que entorpecía mi paz lingüística.

En cualquier caso, tenía muy pocas posibilidades de ser elegida y yo lo sabía. En cuanto vieran la titulación en hispánicas y el doctorado en Literatura Hispanoamericana Contemporánea, me lanzarían hacia el final de lista. Haberme matriculado en segundo ciclo de Catalana y tener el diploma de Mestre de Valencià no iba a hacer milagros. Y me parecía lógico. Yo lo sabía. Hubiera sido más sencillo que me dieran un lectorado de castellano. Yo lo sabía. Yo, la misma que había abierto una puerta para huir, me estaba boicoteando.

Cuando hablaba con Pedro, ponía el acento siempre en que prácticamente no tenía posibilidades, lo pedía por pedir, no había esperanza. No tenía de qué preocuparse. Así contenía a la fiera que ya había mostrado abiertamente su cabreo el año anterior cuando propuse pedir otra beca de unos pocos meses para una institución extranjera. El mismo hombre que tantas veces había alabado que yo

fuera una mujer capaz y resuelta y me hubiera ido sola y sin ayuda a la otra punta del mundo para llevar a cabo mis estancias de investigación antes de que fuéramos pareja, ese mismo hombre pensaba ahora que marcharme era una idea estúpida. Yo era una cría, me decía. Una irresponsable. Mi intención era vivir eternamente a base de becas como si fuera una adolescente, me decía. Estaba evitando enfrentarme a la realidad y hacerme cargo de ella con madurez, me decía. Era hora de que asumiera que necesitaba un trabajo estable aquí, me decía. Para viajar ya están las vacaciones, me decía. Y volvía a empezar con lo de que yo era una cría.

La entidad que gestionaba la selección de docentes era el Institut Ramon Llull. De vez en cuando entraba en su página web y leía las experiencias de los que se habían ido en cursos anteriores y me imaginaba viviendo en todos esos lugares y en cada una de esas ensoñaciones tenía un novio diferente que personificaba todos los tópicos del país de turno y que no trabajaba en la universidad y al que me encantaba pasar a recoger por las tardes. Quizá sí era una cría, recapacitaba inmediatamente después. Qué difícil pensar con libertad cuando te han excavado por dentro.

A pesar de que estaba bastante segura de que no tenía opciones, decidí apuntarme al Curs d'Introducció a la Didáctica de la Llengua com a Idioma Estranger que organizaba la Xarxa Vives y que se impartía de manera intensiva durante un fin de semana. Pretendía añadirlo a mi currículum para obtener algún punto extra pero, sobre todo, ponerme a prueba a mí misma. Tuvo lugar en un hermoso pueblo de montaña. Parecía un breve campamento para adultos. Los inscritos dormían allí, en un pequeño hotel que la institución había alquilado. Pero yo no.

Al enterarse de que iba a quedarme por la noche, Pedro manifestó lo mucho que le gustaba ese pueblo y lo estupendo que sería alquilar allí una casita rural, justo ese fin de semana, en la que podríamos pasar la noche juntos. Él trabajaría con el portátil, inspirado por el maravilloso entorno, y me pasaría a buscar al final del día para que cenáramos juntos y durmiéramos en aquel lugar

idílico. Debí ver la trampa, pero no la vi. Cuando les comuniqué a los organizadores que yo no pasaría la noche con el resto en el hotel, se extrañaron. Los compañeros se extrañaron todavía más, pero éramos apenas conocidos así que asintieron respetuosamente. Ahora parece obvia la estrategia de aislamiento que empleó conmigo. El control, la asfixia. Entonces no.

Después de escuchar algunas charlas en el salón de actos, nos dividieron en pequeños grupos. Debíamos preparar una propuesta didáctica y exponerla, posteriormente, al resto. Comenzamos por una lluvia de ideas. Estudiamos algunos ejemplos que nos habían entregado para orientarnos. Tomamos notas. En un determinado momento, me ofrecí para leer en voz alta una de esas muestras. Los otros miembros ya lo habían hecho antes. Cuando acabé, un chico más joven que yo, cuya cara me sonaba de los pasillos de la facultad, pero con el que no había hablado directamente nunca, me preguntó cuál era mi pueblo. Me puse en guardia. Me miraba levantando la ceja levemente. Le contesté. Puso cara de sorpresa. «Qué extraño», me dijo. «En esa zona no sonorizan así. En realidad, en ningún sitio sonorizan así. Intercambias sordas y sonoras de una forma muy rara…».

En lugar de pensar que era un pedante con pocas habilidades sociales, me hundí. Había sido descubierta. Sentí un cansancio enorme, el cansancio de alguien que lleva siglos en tensión esperando el derrumbamiento. Esa noche, Pedro recogió encantado mis escombros. Incluso me pareció que sus ojos mostraban un brillo diferente. ¿Alguna vez habéis tenido la sensación de que alguien que dice quereros mucho parece especialmente reconfortado y feliz cuando os ve mal?

Tal y como esperaba, no me seleccionaron. No obstante, no quedé tan atrás como creía. Desapareció la fantasía de ese novio extranjero al que yo contaba orgullosa mi periplo ideológico y vital para acabar siendo la hija de andaluces que enseñaba catalán en una universidad extranjera. Pedro estuvo tranquilo durante un tiempo. Yo seguí dándole vueltas al nudo por dentro. Hasta hoy.

Hace un par de años, siendo ya funcionaria de carrera, me

presenté al concurso de traslados para intentar conseguir un destino definitivo más cerca de mi casa. Llegado el momento, me planté en el registro de la Dirección Territorial de Educación para presentar los certificados que atestiguaran mis méritos: artículos y libros publicados, cursos y charlas impartidas, títulos de idiomas, etc. Como *tota pedra fa paret*, llevé también conmigo los papeles que justificaban mis intervenciones literarias, como aquella que había llevado a cabo para la Associació d'Escriptors en Llengua Catalana. Una administrativa que debía de rondar la cincuentena me atendió con paciencia y el gesto un poco torcido cuando me vio sentarme con aquella montaña de originales y fotocopias para compulsar. A medida que avanzaba en la columna interminable, iba curioseando los papeles. Me preguntó si escribía, qué es lo que escribía, si era famosa. Se rio. Me reí. Se distendió el ambiente y empezó a mirarme con un punto de ternura. A mí se me quitó la cara de susto y todo fue a mejor. Era solo el registro de entrada, mi futuro no dependía de esa señora en concreto, podía tranquilizarme un poco.

Cuando parecía que había pasado el peligro y faltaban pocos documentos por revisar, paró de golpe y me miró directamente a los ojos. Con un tono maternal y muy despacito me dijo: «¿Te hace mucha falta este papel?, es decir, ¿crees que es imprescindible que lo incluyas? Lo digo porque, como te presentas por castellano y aquí pone lo de "catalán", igual a alguien de los que evalúa no le gusta y te perjudica».

INCISO II

—TRIZ, ERES UNA CAUSA perdida. Quedamos en que esta habitación iba a ser el despacho, compramos un par de mesas grandes, preciosas. ¿Por qué te empeñas en seguir escribiendo en la mesa del comedor?

—Yo qué sé. Costumbres.

—Si es que estarías más cómoda en el escritorio.

—Ya lo sé, pero qué quieres que haga. Las manías no las curan los médicos. Y, además, ahora estoy mejor aquí. ¿No ves que es más larga y así puedo estirar la pierna? Me pongo un taburete con un cojín y apoyo el tobillo.

—Vale, vale, vale. Si es por lo del esguince, vale. ¿Te duele mucho ahora? ¿Te has tomado el antiinflamatorio?

—La verdad es que no, Sebas. Anoche me lo tomé y mira el dolor de barriga que tuve y la llorera que arrastraba.

—Pero eso no tiene por qué ser efecto de la pastilla.

—Ya lo sé, pero de verdad que no me duele casi ahora, puedo aguantar bien. Desde que me hice el primero con quince años en el patio del instituto, me he hecho un montón de esguinces. Estoy hecha una experta y ya te digo yo que este es leve y en dos días estoy bien.

—Si tú lo dices… ¿Cuándo te hiciste el último? ¿Nos conocíamos ya?

—Pues creo que no. Fue en la facultad, me caí por la escalera. Bajaba del departamento a toda prisa y me fui de morros.

—¿Dónde ibas con tanta prisa?

—Yo qué sé. Ya sabes que yo he sido siempre un culo inquieto. Menos mal que estaba Magda abajo, en la cafetería. Me recogió, me llevó a urgencias y luego me estuvo cuidando mogollón en casa. La verdad es que ha sido la mejor compañera de piso que he tenido.

—No lo dudo.

—Oye, ¿te puedo decir una cosa y no vas a pensar que estoy loca?

—¿Qué quieres que te conteste si me lo preguntas así?

—Ya, sí. Tienes razón.

—Venga, dale.

—¿Te acuerdas de que te dije que estaba redactando una especie de reflexiones narrativas?

—Claro.

—Bien. No me preguntes por qué, pero no hace mucho estuve escribiendo precisamente sobre cómo me hice aquel esguince.

—Ah. ¿Y?

—Lo escribo y poco después me hago un esguince. ¿No te parece raro?

—Desde luego es una coincidencia grande.

—Joder, sí. No me he caído en años y justo ahora…

—Bueno, estás muy nerviosa últimamente. Estamos muy nerviosos últimamente. Con lo de si nos dan o no el préstamo para el piso no damos pie con bola. Estamos jodidos y somatizando. No me parece tan extraño que justo ahora te hayas caído.

—Sí, tienes razón. Pero es un poco como si lo hubiera invocado, ¿no? Y, además, no ha sido lo único.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no es la primera vez, con este texto, que escribo algo y se… actualiza. No sé. Que ocurre algo vinculado con eso de lo que he hablado.

—La mente es poderosa.

—Y el cuerpo también, Sebas. El cuerpo también.

—Pues cuídate un poco. Venga, descansa un rato. Vamos al sofá y te relajas y me cuentas.

—Ya sabes que no me gusta hablar de lo que estoy escribiendo.

—¡Eso es mentira! Siempre estás hablando de lo que estás escribiendo, ¡no paras de rumiar y leer sobre los temas de los que estás escribiendo! Lo que pasa es que nunca reconoces que estás escribiendo sobre ellos hasta que no has acabado lo que sea que llevas entre manos.

—¡Coño! Qué caladita me tienes, ¿no?

—Venga, dime. Cuál es el tema ahora.

—La eterna polémica valenciano versus castellano. Bueno, no exactamente. Más bien la experiencia lingüística como cristalizador de culpas y reproches identitarios.

—¡Hostia! Eso no me lo esperaba.

—Ya. Yo no esperaba salir por ahí. Pero he estado hablando mucho de migración, integración y demás. Y he acabado metiéndome en ese berenjenal. Mis rayaduras, ya sabes.

—Sí, sí. Lo que hemos hablado muchas veces de que en Valencia no existe un equivalente al imaginario del charnego.

—Algo así. Pero no sé si no borrarlo todo.

—¿Por qué?

—Porque es un tema muy delicado, lo sabes de sobra. Y aquí todo el mundo tiene la piel muy fina y yo no quiero que se enfade nadie conmigo. Que yo digo algo para bien y siempre hay quien piensa que estás metiendo mierda.

—No puedes escribir con miedo a que se enfaden contigo.

—¿Y cuándo he escrito yo sin miedo?

—Pues no lo sé, pero intenta hacerlo ahora. Si es algo que te angustia, dale salida.

—No es tan fácil.

—Ya lo sé que no es tan fácil.

—En fin, no creo que borre lo que tengo escrito hasta ahora pero no voy a seguir más por ahí. No vaya a ser…

—¿No vaya a ser qué?

—¡Ay, Sebas! ¡Yo qué sé!

—Bueno, lo que tú consideres. Pero piénsalo, de verdad. A mí es un asunto sobre el que me apetecería leer.

—Eso es porque tú eres medio como yo. ¡No cuentas!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que tu padre tampoco es de aquí.

—Triz, mi padre se vino siendo un chavalín con toda la familia y casi no han vuelto. Me temo que de sanluqueños nos queda poco.

—Tú me entiendes lo que quiero decir…

—Que sí, pero no lo borres, ¿vale? Si no quieres conservarlo, déjamelo al menos a mí para que lo lea, porfa.

—Ya veremos. Dame tiempo, a ver si me decido.

—Oye, no quiero ser pesado pero, ¿no deberías coger cita en el médico para que revise ese tobillo? En urgencias te mandaron reposo quince días, pero habrá que ver si va a mejor o si necesitas más tiempo, ¿no?

—Qué va, con esto de la pandemia no me van a dar cita presencial. No hay que desbordar los hospitales y todo eso. Si la semana que viene no se me ha ido el dolor, ya daré la tabarra para que me atiendan telefónicamente. Pero ya te he dicho que esto no es nada, se me arregla en seguida. Y, además, no me gustan los traumatólogos. Ya sé que es raro. Son cosas mías. Pero no me gustan.

8. DE CUANDO LEÍ *INCESTOS* EN LUGAR DE *INSECTOS* (PRIMERA PARTE)

ABRO TWITTER Y VEO QUE un escritor muy conocido ha compartido una foto con la que pretende, me imagino, ser gracioso. No es la primera vez que la veo en redes sociales. A pesar de ello, me sigue sobresaltando. En la imagen se aprecia la balda de una tienda en la que se expone un producto. Se deduce que es una mosquitera. Está envasado en una cajita de cartón en la que aparece la foto de un padre, una madre y una hija. Se los ve en la cama, los tres de lado, abrazándose consecutivamente. Arriba se lee «anti incestos ventana». Obviamente es una errata. Qué divertido. En la parte de bajo pone «para dormir en tranquilo». No parece que la imagen esté trucada, pero vete tú a saber. Es lo de menos. El chiste ya está funcionando.

El señor que lo ha tuiteado acompaña la foto con un «más vale prevenir que curar». Pretende potenciar la jocosidad de la broma, supongo. Las otras personas que comparten esta imagen a lo largo de los días sucesivos son siempre hombres y la encabezan con palabras parecidas. Un *déjà vu* digital. Cada vez que me la encuentro me resulta más incómoda.

Un dolor blando pero con peso, como una bayeta mojada, se va hinchando dentro de mí, me va ocupando. Lo primero que me pregunto es si solo yo sentiré esa angustia. Pero sé que no. No se me olvida lo de que el circuito nos quiere atomizadas porque si creemos que el daño es particular no vemos el problema sistémico. Me lo repito. Aun así, me sorprende ver que en los montones de contestaciones que reciben, todas ellas muy irónicas, no hay ninguna que señale lo desagradable de la confusión.

Me pregunto si quizá yo estaré demasiado sensibilizada con el tema y, si es así, por qué. Sigo necesitando justificarme cuando algo

me duele: ¿tengo derecho a sentir malestar? ¿Es lógico? ¿Es proporcionado? Ciertas cosas apenas han cambiado desde que era una adolescente.

Me acuerdo de algunas autoras que fui descubriendo a lo largo de mi investigación doctoral, mujeres que brotaban en los márgenes y herían lo real con temas sobre los que a nadie le apetecía saber demasiado. Me viene con una fuerza especial el nombre de la cubana Excilia Saldaña, que señaló con sus versos la llaga doméstica y dejó en el aire el murmullo de la historia de esas hijas primogénitas que, tras la muerte de la madre, pasan a ocupar las funciones de esta en *todos* los ámbitos. Excilia murió en 1999, no describía un mundo de hace siglos, aunque algunos se convenzan de ello para lograr tranquilidad. Instintivamente la busco en Google, rastreo sus obras en páginas de librerías de segunda mano. Los libros publicados en Cuba no son fáciles de encontrar. Con todo, localizo algunos. Se trata solo de una comprobación. Sé lo que voy a hallar, así que los resultados no me sorprenden: las únicas obras que pueden adquirirse pertenecen a su literatura infantil, ninguna obra para adultos está disponible. Otro *déjà vu* digital. Viví esto en decenas de ocasiones mientras intentaba sacar adelante la tesis.

Me acuerdo también de un libro que leí no hace mucho. Su autor es el pianista James Rhodes. Alude directamente a los abusos que sufrió siendo niño. Se ha convertido en un *best seller*. Ha utilizado su popularidad para visibilizar el problema, se ha convertido en un personaje increíblemente mediático. El gobierno habla ya de la *ley Rhodes* para la protección de la infancia y la adolescencia. Veremos en qué queda. Vuelvo a pensar en Excilia y me pregunto en si este talentoso intérprete hubiera conseguido tener tanta repercusión siendo mujer, negra y latina en lugar de hombre, blanco y anglosajón. La respuesta es sencilla, excesivamente obvia. Qué pena todas esas obras fascinantes y espinosas que han contado y siguen contando el dolor de las niñas, obras a las que el circuito cultural ha dejado sumergidas en el silencio o cubiertas por el morbo más envilecedor, convertidas en una mala película de sobremesa.

Apenas ha dejado de palpitar la herida cuando otra red social

vuelve a echar sal. En este caso se trata de Instagram y de una escritora. La plataforma ha censurado la portada de su libro y ha ocultado el *hashtag* con el título de la obra. La imagen de cubierta que ha despertado las sospechas de la aplicación es una fotografía real de infancia de la autora. Vemos a una niña, en la playa, sosteniendo con la mano una sombrilla. La pequeña, como tantas otras a esa edad, lleva puesto un bañador-braguita. El hecho de que no haya parte de arriba, que se vean los no-pechos de la criatura, parece que ha sido considerado indecoroso. ¿Sorprendente?

Algunas mujeres del mundo de la cultura inician una campaña en redes para visibilizar la imagen del libro y lo que consideran una injusticia. Otra narradora propone, incluso, que compartamos fotos nuestras siendo nenas, con el pecho infantil al aire, como la autora del libro en cuestión. No me da tiempo a pensar si la considero una buena o mala idea porque lo primero que me viene a la cabeza es que yo no tengo ningún retrato así. Yo siempre llevé bañador o bikini de dos piezas. A mi madre, años antes de que apareciera Instagram, también le parecía indecoroso mostrar las tetillas por muy de chiquilla que fueran. Aunque ella nunca hubiera utilizado la palabra *indecoroso* porque no la conocía. Si volvierais atrás y le preguntarais, probablemente no habría sabido dar un adjetivo. Una grisura honda hubiera espesado su mirada y habría contestado: «Porque no me gusta y punto».

El argumento valía para muchas otras situaciones. Imaginaos un verano caluroso en el que mi yo-niña vuelve de la playa (en la que, como ya hemos dicho, se ha bañado bien cubierta). Se ducha, se pone rápidamente unas braguitas y una camisola encima y se va a jugar a la cochera de casa, que tiene una hoja de la puerta de la calle abierta para que corra el aire. Mi madre va inmediatamente detrás de mí y me dice que me ponga unos pantalones. No hago caso. Ella insiste. Yo ya he hecho un amplio despliegue de trastos en el suelo. Me lo repite una vez más. «Es que así estoy más fresquita», le digo con una voz que bascula entre el chillido y el gimoteo. Hasta ahí le llega la paciencia. Viene decidida hacia mí, me da una palmada en el culo, no demasiado fuerte pero tampoco demasiado floja. Tira de la

camisola como si fuera el lomo de un gato y me arrastra a la habitación para que me ponga el pantalón. ¿A qué venía tanta insistencia?

Se me ocurren muchos otros ejemplos semejantes, pero no creo que sean necesarios. Solo me detendré en uno más porque tuvo que pasar mucho tiempo para que llegara a darme cuenta de que era importante. Yo fui la hija pequeña, también la prima más pequeña. Esto no es relevante en absoluto, lo único que indica es que tuve que hacerme mayor para ver a mis amigas o al propio Pedro decirle a su hija que no se cerrara por dentro cuando iba al baño. La primera vez que lo escuché llamó poderosamente mi atención. «¿Por qué no debe cerrarse?», pregunté con ingenuidad. La respuesta cayó en cascada. «Imagínate que le pasa algo dentro y no puedo entrar o que se pone nerviosa y no sabe abrir el pestillo o mil cosas más». Me pareció lógico. Abrumadoramente lógico.

Y me entraron muchísimas ganas de llorar. Creo que lo primero que me enseñó mi madre en cuanto tuve un poco de cabeza fue a pasar el pestillo. «Nunca dejes la puerta abierta, se te puede meter alguien», repetía. «Pero quién se va a meter si estoy en casa», replicaba yo. «Nunca se sabe, qué más le da a nadie lo que estés haciendo ahí dentro», sentenciaba. Y yo no entendía nada. Los preadolescentes discuten porque les obligan a abrir la puerta, yo debí ser la única que se enfadaba porque le obligan a cerrarla.

Durante mucho tiempo pensé que esos comportamientos de mi madre se debían a que estaba muy anticuada, a que tenía una mentalidad de otro siglo. No era muy religiosa, no le gustaban los curas y miraba con rastros de veneno los confesionarios, pero sí había guardado en su interior cierta superstición que le hacía desbordar el monedero con estampitas de santas y vírgenes. Nada de jesuses ni señores de ningún tipo. Solo les rezaba a ellas. A pesar de esa peculiar espiritualidad, pensé que quizá la moralidad católica le influía más de lo que ella misma estaba dispuesta a confesar.

A medida que fui creciendo, protagonicé huracanes de rabia contra esa obsesión por cubrirse y esconderse, pero apenas logré mitigarla. *Es que nos llevamos demasiados años, tiene otra forma de*

pensar, me decía a mí misma para calmarme. Mi madre era un arcén cerrado incapaz de razonar y explicar sus motivos. No había nada que hacer. Luego, sin damos cuenta, me hice mayor y se acabaron esos comentarios. Fue como si nada de eso hubiera sucedido.

Hacía mucho que no le daba vueltas a aquello, tuvieron que venir esas hijas de mis amigas que podían ser mis hijas y esa rotunda explicación de por qué deben dejar la puerta del baño abierta para que aflorara todo de nuevo. Y para que se me abrieran los ojos, de golpe, con un picor de zarza y unas lágrimas gruesas y alargadas, como las almendras que recogíamos en el campo almeriense de la niñez.

¿Por qué tanta insistencia en cerrar puertas y en taparme? ¿A qué tenías miedo?

¿Qué te hicieron a ti, mamá?

INCISO III

—SEBAS, ¿PUEDES VENIR, PORFA?

—Dame un segundo, que estoy acabando de tender.

—Sí, sí, claro.

—A ver, ¿qué pasa?

—Me duelen los brazos, se me ha ido la mano y llevo un rato intentando parar, pero no puedo.

—Venga, enséñamelos.

—No me riñas, ¿vale?

—Madre mía. Esta vez te has ensañado, ¿eh? ¿Cómo te ha dado tiempo a hacerte todo esto en el rato en que yo estaba en la otra habitación?

—Yo qué sé.

—¿Tienes sangre?

—Creo que no. Bueno, solo unos puntitos cerca de los hombros. Pero es que noto cómo me palpitan, parece que me vayan a reventar de un momento a otro.

—¿Qué hago?, ¿te pongo un poco de Cristalmina?

—Me da igual. Solo quiero que te quedes aquí a mi lado un rato y te asegures de que no me hago más daño.

—Vale, pero te voy a poner un poco de hielo, ¿te parece bien? Yo creo que te ayudará a no tocártelo.

—Es que, además, he empezado también con la pierna izquierda.

—No hay superficie al aire a la que no le ataques, ¿eh?

—Ya. Ya. Igual podría ponerme unos pantalones finitos largos

para no tenerlo a mano, pero es que hace mucho calor.

—Bueno, ahora nos vamos a relajar un poco, ¿vale? Siéntate en el sofá y estira los brazos para que te pueda poner el frío.

—¿Cuándo crees que nos dirán algo del préstamo los del banco?

—No pienses en eso ahora, ya respirarán. Y si nos lo vuelven a denegar, ya pensaremos qué hacer.

—¡¿Cómo que ya pensaremos qué hacer?! ¡Los albañiles y el fontanero están esperando para cobrar!

—Nosotros no tenenos la culpa ni de la pandemia ni de que el banco piense que no podemos pagar una hipoteca y un préstamo a la vez aunque seamos funcionarios los dos.

—¡Tampoco los obreros tienen la culpa, joder! ¡Y habrá que pagarles!

—Ey, ey, ey. Ahora no, ¿vale? Estamos intentando controlar la ansiedad, no dispararla. ¿Estabas pensando en el dinero cuando has empezado a acribillarte?

—No. Al menos no conscientemente, aunque en realidad siempre está ahí. Estaba escribiendo, creo que el librito este que intento sacar para adelante me está afectando más de lo que pensaba.

—Bueno, la literatura tiene que remover y todo eso, ¿no? Es normal que a la primera persona a la que remueva sea a su autora.

—Sí, pero no sé. No me encuentro bien. Me está costando manejarlo.

—¿Sobre qué estabas escribiendo ahora? ¿Sigues con lo de la lengua?

—No. Estaba intentando hablar sobre la sexualización de la infancia…

—Vas fuerte, ¿eh?

—¿Has visto la que se ha liado en redes con el cartel de la peli esa que va a lanzar Netflix el mes que viene?, ¿la de las niñas de once años que aparecen bailando con poses obscenas?

—Sí, lo he visto esta mañana. Pero, en realidad, se supone que la peli critica precisamente eso, ¿no? Parece que el problema está en que la selección de la imagen para hacer de portada en la plataforma

no ha sido la más acertada.

—No lo sé. La gente se ha lanzado a opinar con furia sin saber nada de la película.

—No me sorprende.

—Ni a mí tampoco y, con todo, seguro que así han conseguido un buen número de espectadores para cuando la estrenen dentro de una semana o dos.

—Por supuesto.

—La cosa es que me he puesto a darle vueltas a un montón de ocasiones cotidianas en que nos enfrentamos a situaciones vinculadas con niñas y sexo. Y cómo las esquivamos…

—Bueno, nosotros que somos profes tenemos un máster en eso. Estamos rodeados de chicas menores de edad. Algunas, tan pequeñas, impresionan…

—Ni que lo digas. Vemos tantas cosas y no hacemos nada… Yo tuve una alumna que grabó una especie de videoclip en el que salía en sujetador y bragas. El enlace de YouTube corrió como la pólvora por todo el insti. Fui a hablar con su tutor para que hiciéramos algo, habláramos con ella, indagáramos un poco. Dijo que no había visto el vídeo. No me lo creí pero, aún así, se lo pasé. Y me contestó que no era para tanto, que no hacía nada que todas las chicas de su edad no hicieran y que era mejor no removerlo. Al fin y al cabo, ese vídeo se había grabado fuera del centro.

—Sí, me suena. Creo que me hablaste de eso.

—Tú y yo llevamos pocos años en esto y ya nos hemos tropezado con montones de situaciones parecidas. Y prácticamente ni se habla de ello.

—Sí, es verdad. No resulta cómodo para nadie. Es muy difícil de manejar.

—Y me he acordado también de una cosa que decía Pedro.

—¿Estás escribiendo sobre Pedro?

—Estoy escribiendo sobre muchas cosas.

—Ok, perdona. Me ha sorprendido.

9. DE CUANDO LEÍ *INCESTOS* EN LUGAR DE *INSECTOS* (SEGUNDA PARTE)

CUESTA CONTINUAR ESCRIBIENDO como si las intuiciones no doliesen. Sin embargo, quiero seguir haciéndolo, al menos un poco más.

Las niñas reaccionan al bombardeo sexual que reciben cada día a través de las canciones, la televisión, la ropa. Igual que nosotras. Es así de sencillo. Y el juego de la representación se flexibiliza cada vez más y naturalizamos comportamientos que nos hacen pupa, aunque no nos demos cuenta. Recuerdo cuando Pedro hablaba de La Noche de los *Playbacks* que tenía lugar todos los años en el casal de la falla. Ya hace mucho que ese tipo de actuaciones se pusieron de moda y son habituales en fiestas populares y colegios. Sobreviven al paso del tiempo. Las niñas suelen ser las que participan más activamente, les hemos enseñado desde pequeñas a que se exhiban en público. Prácticamente ha desaparecido la música infantil, si es que alguna vez existió. Así que las niñas escogen canciones de iconos pop que, bajo la bandera de un supuesto empoderamiento más que cuestionable o por una sencilla y tradicional cuestión de mercado, venden un cuerpo exacerbadamente sexualizado. Y allí las tenemos, arriba de un escenario, haciendo posturitas delante de un público familiar que ríe y aplaude, como si nada. Pedro tenía una hija que, por aquel entonces, iba a primero de primaria. Todavía no participaba en los famosos *playbacks*, pero tardaría pocos años en adentrarse en ese río. Tuvo que tener delante a su hija para plantearse que aquellas actuaciones no se correspondían a la edad de

esas niñas, que toda su performatividad estaba mediada por lo sexual y que resultaba profundamente incómodo ver aquello rodeado de madres y padres de familia. «¿Y por qué no lo comentas un día en una reunión de la comisión?», se me ocurrió decirle. «Estás loca», replicó (decir *estás loca* era tan habitual como decir *¿qué tal?*). «Si lo digo, pensarán que soy yo el que tiene la mirada sucia y estoy erotizando los cuerpos de sus hijas. Creerán que soy un pervertido. Esto es como lo del traje del emperador».

Que tuviera tan claro cómo iban a reaccionar los demás me llamaba enormemente la atención. Quién sabe. Quizá él ya había pensado todo eso sobre sí mismo alguna vez. Y lo decía en voz alta para alejarlo, para ubicarse rápidamente en el lado contrario, para quebrar ese espejismo oscuro de la autopercepción.

Sea como fuera, lo cierto es que el mundo se le iba creando delante de los ojos a medida que su hija escalaba las edades. Los velos se corrían y descorrían al ritmo de su infancia. Pero todavía era muy pequeña. Su padre no era capaz aún de proyectarla en los mil escenarios que la esperaban. O no quería hacerlo. Por eso, pasó lo que pasó solo un par de semanas después de que me hablara por primera vez de La Noche de los *Playbacks*.

Asistimos a un acto organizado por una comisión de fiestas. Se trataba de una representación de un texto medieval. No habían contratado actores, lo montaban e interpretaban ellos mismos. La llevaban a cabo desde hacia pocos años, pero se había convertido rápidamente en una tradición. Ese otoño habían invitado a reconocidos personajes de la ciudad. Al entrar en aquel salón grande y abarrotado de fotos y estandartes cuajados de dorados cetrinos, vimos *al president* de la falla, un hombre que debía de tener algún año más que Pedro y actuaba como maestro de ceremonias. A su lado, relumbrante y callada, una chica que apenas había abandonado la adolescencia aparecía vestida de época. Creí entender que iba a interpretar a la protagonista femenina. Qué joven, pensé. ¿Me resultó incómodo? Daba igual. Estamos enseñadas a pasar cosas por alto. Sonreí a unos y otros, alabé tímidamente la organización, seguí a Pedro en su pasacalles infinito de saludos. Pero no podía

quitármelo de la cabeza. Lo que verdaderamente me impresionó fue el escote cuadrado y extenso que acababa justo en el comienzo de la aureola de los pezones, presionando el pecho para crear ese efecto cinematográfico de carne a punto de desbordarse con cada respiración. Miraba la blonda de encaje partiendo el seno y sentía una ligera asfixia, como si pudiera notar en mi propia carne la presión. ¿Cuántos años tenía? Siempre he sido malísima para poner edad a las personas.

A medida que avanzaba la obra, descubrí que sí era una de las protagonistas y que el texto estaba preñado de chascarrillos sexuales que pronunciaban, en muchas ocasiones, personajes que le doblaban o triplicaban la edad. ¿Podría estar en mi clase de Bachillerato? me pregunté. Me pareció que se encontraba cómoda en el papel que desempeñaba y ese fue uno de los aspectos que más me perturbó. Todavía hoy me fascina cómo han conseguido que nos sintamos cómodas entre las zarzas, que naturalicemos la asfixia. ¿Se me vería a mí cómoda junto a Pedro?

Cuando acabó el acto, ya se había hecho de noche. Salimos a la puerta, él se puso a charlar con unos y con otros. Yo tenía ganas de irme, pero aún tardamos un rato. Al recordarlo, me doy cuenta de que siempre era él quien decidía el momento en que nos íbamos, entonces no me parecía tan evidente como ahora. Volvimos a casa paseando, acompañados por el primer fresco del otoño, que es agradable precisamente por ser el primero. Yo me sentía aliviada. Ese era el adjetivo. No podía evitar sentirme aliviada después de acudir a los eventos que comprometían a Pedro. Quería vivirlos de otra manera, pero no podía. Se convirtieron en pruebas de tensión que debía superar. Esa noche pensé que ya me había pasado la pantalla y que ahora empezaba la ansiada intimidad, el goce tranquilo del nosotros. Me equivocaba. En aquel tiempo todavía no había entendido la dinámica, no sabía que lo peor no era el *durante*, sino el *después*.

Al empezar a caminar, me acordé de su comentario sobre La Noche de los *Playbacks*, mi cabeza lo relacionó rápidamente con la protagonista jovencísima del teatro *amateur* y su sobreexposición

sexual. Lo que habíamos visto no era un videoclip de trap, sino una actividad lúdica y familiar, cultural, enmarcada dentro de las fiestas de la ciudad. Sin embargo, a nadie parecía haberle llamado la atención o nadie decía nada.

Buscando la complicidad de Pedro, le expuse lo que pensaba. Al pronunciarlo en voz alta, me di cuenta de que el extrañamiento se convertía en enfado. Me pasa muchas veces: al explicarle los hechos a otra persona, tomo conciencia del cabreo que me producen. De verdad pensaba que él iba a estar de acuerdo con mi comentario, estaba absolutamente segura de que mis palabras reafirmaban sus pensamientos sobre las niñas y los *playbacks*. Estábamos en la misma onda, nos preocupaban los mismos temas, nos dábamos cuenta de las mismas cosas. Eso pensaba. Eso me había hecho creer.

Su reacción me resultó totalmente inesperada. Al principio, me dejó hablar. Serio, escuchó en silencio. De pronto, se paró en mitad de la calle.

«¿Pero qué narices estás diciendo? ¿Te escuchas cuando hablas? ¡Qué barbaridad! ¿Es que no te das cuenta? ¡Si es un acto cultural! ¡Lo que hay que oír! Estás enferma, de verdad. ¡Eso es cultura!, ¿lo entiendes o no? Yo creo que no lo entiendes. Qué atrevida es la ignorancia. Cualquier que te oiga… En realidad, todo esto lo dices porque quieres atacarme a mí, ¿verdad? Es una excusa para ir contra mí, para joderme, porque este es mi mundo y quieres apartarme de él. Te revienta que venga a estos actos, ¿verdad? Te revienta acompañarme, ¿verdad? Ya lo sabía yo».

Estábamos cerca de casa, siguió así hasta que llegamos y continuó allí. Esa noche fue muy larga o muy corta, porque casi no dormí. Recordando aquella época, me sorprende lo poco que dormía. No lo había pensado hasta ahora. O quizá sí, pero se me había olvidado. Horas y horas invertidas en gritar y temblar, temblar y gritar. La mayoría de las veces, las discusiones comenzaban o se recrudecían con la llegada de la oscuridad. En ocasiones, se trataba de la misma bronca del día anterior, que nos había concedido una breve tregua para recomponemos y parecer adultos funcionales capaces de seguir yendo a trabajar. Si lo pienso detenidamente, es

posible que todas las broncas fueran la misma bronca. Sí, creo que sí. Y nuestra relación, un chicle mascado hasta el infinito, sin sabor, que hemos estado a punto de tragamos varias veces, pero que no nos atrevemos a escupir por temor a la inercia de nuestras mandíbulas.

Leí en alguna parte que la privación del sueño es una forma de tortura eficaz. Debimos de convertimos en torturadores profesionales.

Aquella noche, yo pasé muchísimo tiempo en el balcón. Era un espacio rectangular, estrecho, cabía una silla de cocina de lado, pero no de frente, y había una planta siempre a punto de morirse en una esquina. No sabría decir cuánto estuve allí intentando aislarme de los gritos de Pedro porque el tiempo era gomoso como el chicle que masticábamos. Era estremecedor oír los manotazos contra las puertas de los armarios, las patadas contra los pies del escritorio, los pasos insistentes alrededor de la cama como si pudieran horadar el suelo… El llanto que acaba en bramido y el bramido que acaba en llanto: cada vez me resultaba más difícil distinguir una cosa de la otra. Sin embargo, tampoco podía soportar el silencio. Me resultaba aterradora la idea de que se hubiera dormido sin que hubiéramos conseguido solucionar *el problema*. Ese no podía ser el final.

El balcón del que os hablo era el pequeño, el del dormitorio. Ahí es donde me solía resguardar, atrancando no sé cómo la puerta con cristalera (la calle no era especialmente ancha: ¿nadie me vio nunca desde alguna ventana del edificio de en frente o desde algún otro punto de la propia finca?). Sin embargo, no era el único balcón de la casa. Pared con pared con el dormitorio estaba lo que antes se llamaba el salón comedor y también tenía uno. Alguna vez Pedro había intentado saltar desde ese balcón al otro para darme alcance, pero no estaban lo suficientemente cerca.

Al principio no, pero a medida que pasaba el tiempo, se normalizó también discutir cuando sus hijos estaban en casa, por eso me acostumbré a escabullirme al balcón del dormitorio, para que los niños pudieran estar *tranquilos* en el comedor, viendo dibujos animados mientras nosotros representábamos una vez más el apocalipsis en la habitación. No fue la primera ni la segunda, pero

hubo una vez en que yo estaba allí, sentada de lado en aquel balcón, repasando con la punta del pie el borde de los azulejos, contestando esporádicamente a los gritos que hacían vibrar el cristal y, al levantar la vista, vi a la niña, la pequeña, en el balcón del comedor, sentada hacia mí, mirándome en silencio.

Me gustaría decir que aquella visión fue reveladora, que en ese momento decidí que aquello tenía que acabar, que esos ojos infantiles me rompieron algo por dentro. Pero no fue así. Nos miramos durante unos segundos huecos. Quietas, muy quietas. En silencio. Entonces, su hermano mayor se asomó también para ver qué pasaba y me vio. En ese instante, tomé conciencia, de golpe, del fresco que hacía en la calle y les indiqué con gestos que se abrocharan el batín y entraran dentro. Lo hicieron. Nada más.

No sé qué se le pasó por la cabeza a aquella niña que acababa de empezar primaria, cuál fue su razonamiento si es que lo hubo, qué sintió, cómo se superpuso aquella imagen al divorcio de sus padres, qué telilla estábamos rasgando… Su padre lo negó siempre, pero la leve tiranía con la que se comportaba antes (¿qué infancia no es tirana?) se agravó y un brillo cruel cubrió todas sus peticiones desde entonces.

Al intentar recordarlo, me acabo de dar un mordisco en la parte interior de las mejillas, ha sido rapidísimo, casi no me he dado cuenta. A veces todavía noto la inercia de las mandíbulas moviéndose, aunque ya no haya chicle.

INCISO IV

—¿QUÉ DICES, TRIZ? No te oigo.

—Que si van a hacer algo en tu instituto el 25 de noviembre.

—Espera que apague el extractor porque no sé lo que dices.

—Te estás quedando sordo, Sebas. De verdad te lo digo.

—¿Cómo te voy a escuchar con este ruido? A ver, ¿qué pasa?

—Nada. Te preguntaba si van a hacer algo en tu instituto el 25-N.

—¿Por lo de la violencia contra las mujeres?

—Claro, ¿por qué va a ser?

—Creo que van a hacer una *performance* en el patio. No me he enterado muy bien. Supongo que nos informarán. ¿Y en el tuyo?

—La coordinadora de igualdad nos ha pasado el vídeo de una conferencia, quieren ponérselo a todos los grupos y luego organizar un debate en cada clase[6]. Es el testimonio de una superviviente de violencia machista que, después de lo que pasó, se convirtió en educadora social y está especializada en trabajar este tema con gente joven.

—¿Y qué tal?, ¿lo has visto?

—Sí. Bueno. No me suelen gustar esas charlas, la verdad. Es como si no me pudiera reconocer en lo que cuentan. O como si se banalizaran los hechos al contarlos, como si se convirtieran en un melodrama facilón. Yo qué sé.

—Ya. Alguna vez hemos hablado de ello.

—Y, además, al final siempre están llenos de mensajes ultra positivos que resultan artificiales.

—Sí. Y de recetas mágicas para acabar con la violencia que solo dicen obviedades. Lo sé. Pero, ¿qué hacemos?

—Ni idea… Pero yo no iba a decirte eso. En realidad, yo iba a decirte que esta charla no está mal. Y que hay algo que ha dicho…

—¿Interesante?

—Perturbador. Pero interesante, sí.

—¿El qué?

—Que los padres a veces se equivocan escondiéndoles a sus hijos las discusiones.

—No te entiendo.

—Pues que los padres deben discutir delante de sus hijas para enseñarles lo que es discutir *bien*, para que sepan identificar los límites dentro de una relación.

—¿Delante de sus hijas o de sus hijos?

—De todos. Si no has visto a una pareja discutir de manera sana, no tienes referentes de lo que es sano.

—Comprendo. Pero eso es muy peligroso, ¿no? Para eso tienen que saber discutir los padres.

—Correcto. Los míos sí discutían delante de mí, desde luego. Y no fue un aprendizaje muy positivo… Pero supongo que la idea es buena.

—Los míos no. Yo no los veía. Pero sé que discutían porque lo que sí vi muchas veces es a mi madre llorando. Y al final se separaron.

—¿Crees que les podemos pedir a los padres la responsabilidad de que discutan *bien*? ¿Nos lo podemos pedir a nosotros mismos, Sebas?

—¡Joder!

—¿Qué pasa?

—Que me acabo de dar un mordisco en la boca sin querer, mierda.

—¿Tú también?

10. DE CUANDO ESTALLÓ EL ENTUSIASMO Y YO FREÍA CROQUETAS

NO REPRODUCIRÉ LITERALMENTE LAS palabras de Marina Marroquí porque no las recuerdo con exactitud y no tengo ánimo para volver a ponerme el vídeo de una hora y buscar el momento en que las pronuncia. No quiero hacerlo. No es puntiagudo lo que siento ahora. Es un malestar dilatado, una delgada tela que cubre mi relación con el mundo, que me cubre a mí; como una fina capa de polvo, de esas que mi madre se esforzaba tanto en quitar. Por eso, estuvo bien verlo, pero me marea pensar en volverlo a hacer. (Acabo de darme cuenta de que he utilizado la palabra *cubrir* y he dado un respingo. El verbo *cubrir* tiene veintinueve acepciones en el diccionario de la Real Academia Española. «Dicho del macho: Aparearse con la hembra» es una de las primeras. El campo y los animales me brotan desde la terrosa memoria familiar y construyen los significados. Me construyen a mí. Dicen más de lo que yo quisiera decir). Rectifico. Más que una delgada tela, sería una onda magnética. Una energía constante propagándose en el vacío, invisible pero detectable. Por eso no tengo cuerpo para escuchar de nuevo el testimonio de Marina Marroquí, aunque haya pasado el tiempo. Por eso lo voy a explicar con mis palabras.

La primera vez que le dio una bofetada, ella se quedó tan sorprendida que no reaccionó. *Sorprendida*, esa es la expresión justa. Suspendida en una incredulidad que no logra tomar forma, que no acaba de acontecer. Y él, antes de haber acabado el gesto, ya estaba pidiendo disculpas. Casi no había bajado el brazo y ya se le había

quebrado la voz. Poco después, rompió a llorar. Y no a llorar de cualquier manera, cuenta Marina. A llorar con desgarro, como un niño desamparado. A llorar con todo el cuerpo, con una desesperación abisal. Le asustó más su llanto que el guantazo (no sé si lo dice ella, pero lo digo yo). Se lamentaba mientras hipaba, o así me lo imaginé. Le dolía tanto, se arrepentía tanto. Pedía perdón entre sollozos. Parecía calmarse unos segundos, cogía aire; y después estallaba de nuevo con un dolor planetario. «Soy un imbécil, un subnormal, se me ha ido la cabeza», repetía una y otra vez. Sufría. Aquel llanto duró horas, siglos.

Esa noche ella acabó consolándole a él.

Crac.

Y a mí algo se me quebró dentro al escuchar el relato de Marina Marroquí. Porque yo también le había visto llorar con el desconsuelo de la infancia, con una ristra tupida de gemidos, con una hondura desfondada que daba vértigo. Y aquella era la primera vez que yo escuchaba la descripción de un maltratador que llora con amargura durante siglos un instante después de haber cruzado la línea. No un falso llanto, sino el llanto real por aquello que se nos ha ido de las manos. Por primera vez, alguien dibujaba ante mí a un maltratador débil, vidrioso, siempre a punto de romperse. Dañado.

Pedro lloraba muchísimo. Y utilizaba su emocionalidad como una bandera, como una muestra incontestable de su masculinidad nueva. Se jactaba de una especie de sensibilidad exacerbada, melancólica, como venida de otra época. Sus ojos se empañaban al pasar por delante de la casa donde había vivido su abuela, al dejar a su hijo en casa de su exmujer, al recordar una canción que cantaba su madre, al despedirse de sus alumnos a final de curso, al releer algunos libros… De verdad creo que esa vivencia intensificadora de la emoción le hacía pensar que era mejor persona. No era un profesor brillante; pero sí era un profesor emocionante, que conmovía a quienes lo escuchaban. Uno de esos que se había subido a la ola de proclamar eslóganes del estilo de «la ternura es revolucionaria».

Le encantaba que le aplaudieran al final de algunas clases. Si no

le aplaudían, también lloraba.

¿Cómo le iba yo a contar al mundo que ese hombre de lágrima fácil, de afectos a flor de piel, era el mismo que daba patadas contra los muebles?

Esa explotación de los afectos que empleaba como estrategia me colocaba a mí en el otro extremo. Si él era sentimental, frágil, entrañable y discutíamos tanto, sería porque yo era lo contrario. Así me hacía sentir. Así construía mi perfil hacia el exterior de la relación.

Al lado de esta imagen que a él le encantaba proyectar, mi voz sonaba demasiado alta; mis gestos, demasiado bruscos; mi cuerpo, demasiado enervado; mi lenguaje, demasiado vehemente. «Ya sabes cómo se pone Beatriz. Le cuesta controlarse. Es un poco inestable. En fin, tú la conoces. Qué te voy a explicar yo», le dijo a una antigua compañera mía de la facultad a la que se encontró en un congreso al que yo no pude ir. Siempre aplicó lo de «la mejor defensa es un buen ataque». Yo no le había contado absolutamente nada negativo sobre la relación a esta chica. Nos veíamos muy poco. Habíamos coincidido los tres solo una vez. Sin embargo, él se adelantó y sembró la duda para que todo estuviera sucio si yo me decidía algún día a contarle algo. Esta táctica la aplicó en infinitas ocasiones. Lo fui descubriendo mucho después. Los mensajes privados en las redes sociales se convirtieron en grandes aliados para desplegar esta estrategia. Estoy convencida de que, a día de hoy, sigo sin saber cuántas conversaciones de ese tipo mantuvo a mis espaldas (cuántas habrá seguido manteniendo después, ¿y ahora, cuando aparezca este libro?). Hace tiempo que dejé de querer saberlo.

Podría señalar innumerables ejemplos de esos contrastes tan bien hilados para que me señalaran a mí como una persona desmesurada, agresiva. Tantos que me cuesta encajarlos cronológicamente en el tiempo que duró la relación, como si aquel periodo fuera un bocadillo desbordado por un relleno correoso que más rebosa cuanto más intento apretar para poder, al fin, tragarlo.

Uno de los que recuerdo con mayor viveza sucedió durante una fiesta de cumpleaños: la mía. En aquel momento vivíamos juntos,

hacía pocos meses que habíamos alquilado un piso para los dos. Invité a unos amigos a cenar. Decoré el salón. Preparé bandejas con picoteo que fuera fácil de comer de pie. Y lo dejé todo listo para cocinar algunas tapas calientes, muy sencillas, mientras charlábamos y bailábamos. El sarao se animó rápidamente. Creo que calculé mal y, cuando llegaron los invitados, había más bebida que comida encima de las mesas. Quizá eso influyera. La cuestión es que todo el mundo se animó muy pronto. Se reían. Se abrazaban. Bailoteaban. Y yo estaba contenta. Pedro iba de uno a otro como si fueran amigos suyos de toda la vida. A cada uno le preguntaba exactamente sobre aquello que era importante para ellos. Se le daba bien. Se esforzaba mucho en caerle bien a todo el mundo. La mejor defensa es un buen ataque. En privado, ya había empezado a quejarse de alguno de ellos; nunca de ellas, siempre de ellos. Pero en público aparecía encantador y atento, como si compartiera un pedacito de intimidad intransferible con cada una de esas personas, como si guardaran un secreto y él avivara su complicidad con cada sonrisa. Esa manera de actuar, que tanto me alegraba en los inicios, se fue oscureciendo con el tiempo. No era gratuita. No era inocente. La mejor defensa es un buen ataque.

Como ya he dicho, el ambiente se había animado muy rápido. Pedro se ofreció a entrar en la cocina y empezar a preparar los aperitivos calientes. Abrió el horno, aderezó unos panes, pasó otros por la plancha. Volvió al comedor. Se había acabado la *playlist* que estaba sonando. «¿Qué queréis que ponga?». Pedro iba seleccionando canciones desde su ordenador. La mayoría pertenecían a los grupos *indies* que le gustaban a él. Debería haberme molestado, pero la verdad es que me aliviaba no pasar por la angustia de la selección musical que, como ya sabéis, se había convertido en un tema *complicado*. Al fin y al cabo, se trataba de música de ambiente, no era tan relevante. De vez en cuando, colaba alguna pista que él sabía que a mí me gustaba y que yo vivía como un placer culpable. Pero seguía sin ser lo importante, porque todo el mundo charlaba y bromeaba. Sí, no era tan relevante. «¿Qué falta por sacar? Creo que las croquetas. Vale, las frío en cinco minutos y

así ya está todo y nos olvidamos». Y me escabullí para encender el fuego. Esperando a que se calentara el aceite, pensé que en buena hora se me había ocurrido comprar croquetas. Pero ya era tarde, ahora había que cocinarlas. De lo contrario, tendría croquetas para comer durante quince días. Apreté el botón del extractor, que se me había olvidado. Entró una amiga a preguntar si necesitaba ayuda. Le dije que no. Me contestó que se quedaba igualmente y así me hacía compañía allí. El aceite empezó a chisporrotear y coloqué la primera tanda de croquetas en la sartén. En ese momento, en ese preciso momento en que ya no podía alejarme de los fogones porque corría el peligro de que algo se quemara, subió el volumen de la música y empezó a sonar Estopa.

Un grito de júbilo generalizado me llegó desde el comedor. Oí a unos cuantos cantar a pleno pulmón. Fue un estallido de euforia repentina. Y yo estaba anclada al banco de la cocina. A Pedro no le interesaba Estopa, ni le gustaba ni le disgustaba. Para mí, había sido importante. Para mis amigos del pueblo, uno de los momentos álgidos de las verbenas durante años. Él lo sabía, yo se lo había contado. ¿Por qué decidió ponerlo justo en el momento en que yo no podía salir al comedor?

Estando yo en la secundaria, Estopa se había convertido en un fenómeno antes de publicar su primer disco, antes de salir en televisión, antes de llegar a la tienda de la que ya os he hablado en otro capítulo y, por supuesto, antes de llegar a los grandes almacenes. No sé cuándo los escuché por primera vez, no sé de dónde salió la maqueta que poníamos en bucle cuando nos reuníamos en la casa vacía que había sido de alguna de nuestras abuelas o en alguna cochera o en el extremo del parque que ocupábamos como si fuera nuestro. Es curioso. No sabíamos qué eran los charnegos.

No sabíamos si en la Comunidad Valenciana existía un concepto parecido. Pero allí estábamos los hijos de la inmigración interior tarareando todo el día a Estopa. Aparecieron después de Camela, pero lo que ocurrió fue bastante parecido. En el imaginario familiar que yo intentaba seguir trenzando con mis nuevas incorporaciones,

Estopa constituía el eslabón natural para suceder a la tecno-rumba. Si no he escrito «De por qué empecé a escuchar Estopa para que mi madre me quisiera» es porque aparecieron más tarde y porque no renegamos de ellos con el feroz sonrojo con que sí lo hicimos de Camela, aunque decayera nuestro interés con el tiempo. Quizá lo interesante sería escribir precisamente «De por qué Camela nos avergonzó y Estopa no (o no tanto)». No me gustan las respuestas que intuyo, tal vez por eso no me he decidido. Pero bueno, la historia sigue y ahora habría que preguntar por otras voces, por otros sonidos, por otros eslabones. Quizá hoy cabría plantearse «De por qué Rosalía versionando a Los Chichos es un genio y Estopa cantando "El del medio de Los Chichos" eran chicos de barrio». ¿Alguien acusó a Estopa de apropiacionismo cultural?

¿A mi madre le gusta Rosalía?

Se acabó la canción que sonaba, pero esta vez no pasó a otro grupo, sino que dejó correr el disco para que siguiera el entusiasmo. Y siguió. Yo le daba la vuelta a las croquetas cuando Pedro entró en la cocina para coger más bebida. Mi amiga estaba apoyada en el mármol, entre los fogones con los que trajinaba yo y la nevera que acababa de abrir él. «¿Dónde están las últimas cervezas que compramos, las tostadas?». Ya no quedaba nada más por cocinar, ¿por qué no se había esperado? A él no le pegaba nada poner esa música. Me pegaba a mí. Yo le había hablado de todo eso. «Que dónde están las cervezas tostadas». Había sacado la primera tanda de croquetas y empezaba a colocar la segunda en la sartén. El aceite hervía con intensidad, me salpicó en un dedo y moví la mano con violencia. ¿Por qué se estaba apropiando de mi historia? ¿Por qué quitarme ese brillo de memoria colectiva con mi gente? «¿Me estás escuchando?».

«Vete a la mierda, Pedro».

Lo solté con una furia amplia y cegadora que ocupó toda la cocina. Y seguí friendo croquetas. Él me miró, cerró de un portazo la nevera y se fue. Mi amiga me preguntó si estaba bien. Yo me pregunté a mí misma si el chillido se habría oído fuera. Probablemente sí, aunque estuviera amortiguado por el jaleo.

Aparentemente, no había motivo para ponerme como me había puesto. Él no había dicho nada, estaba agasajando a los míos. Todo iba bien. Era yo la que había gritado de repente, sin previo aviso. «Ya sabes cómo se pone Beatriz. Le cuesta controlarse. Es un poco inestable. En fin, tú la conoces. Qué te voy a explicar yo». La mejor defensa es un buen ataque.

La noche siguió hacia adelante. La amiga que estaba en la cocina no insistió demasiado con las preguntas y prefirió concentrarse en contagiarme de nuevo el entusiasmo de la fiesta. Yo se lo agradecí. Estuve rara el resto del tiempo, pero de una manera discreta, esforzándome en pasármelo bien, aunque tuviera un regusto amargo en la boca. Procuré mantener con Pedro diálogos brevísimos, lo justo para sostener la logística doméstica. Intenté volver a generar momentos de euforia como el que había tenido lugar mientras yo freía croquetas, pero no obtuve éxito. Y eso me puso más triste o me enfadó más, no lo sé. Bebí mucho. Soplé las velas. Abracé un poco más de lo normal a un antiguo amigo del que había estado enamoriscada hacía mucho. Pedro continuó esparciendo sus habilidades sociales, tejiendo una red que me señalaba solo a mí. Pasó el tiempo y comenzó la retirada. El momento en que se cerraba la puerta tras el último invitado, ese era el instante más temido.

«¿Qué cojones te pasa?». Fue una madrugada larga en la que Pedro dejó claro una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez que yo era una paranoica, que me montaba películas en la cabeza, que sacaba las cosas de quicio. «Qué interés iba a tener yo en fastidiarte, qué más me daba a mí poner una canción antes o después. ¿Qué gano yo? No tiene sentido. ¿No te das cuenta?».

Y no tenía sentido. Y él parecía un hombre extrovertido y jovial. Y yo una huraña agresiva. Y él lo había hecho todo por mí, para que mis amigos estuvieran a gusto. Y yo era una desconfiada, siempre recelosa. Y él solo había intentado que la fiesta fuera un éxito. Y yo empecinada en que él quería joderme. Y él no tendría por qué haberse tomado tantas molestias para que todo saliera bien y encima mira cómo se lo pagan. Y yo malpensando todo el tiempo, sin dejar que las cosas fluyan. Y él intentando pasárselo bien y punto. *¿Y tú,*

Beatriz, por qué te empeñas en boicotear todos los momentos buenos?

Yo era la responsable de mi propia angustia y él un mero detonante al que yo utilizaba de parapeto para no preguntarme a mí misma por qué estaba así. Ese era el mensaje que se empeñaba en transmitirme. Y me enfadaba, pero me parecía razonable. Y eso me aterraba. Y el agujero de la duda se dilataba con rapidez y dejaba ver al otro lado una vulnerabilidad blanquísima que me cegaba y que no desaparecía por mucho que levantara la voz.

Cuanto más gritaba yo, más cerca estaba de caer rendida. Él lo sabía.

Una de las tácticas más habituales en los primeros tiempos consistía en extenuarme. En provocar el estallido, alimentarlo, sublimarlo y esperar a que el edificio se desmoronara, a que el cansancio y la desesperación me abatieran, a que la distensión de los músculos diera paso al debilitamiento del cuerpo. Él me quería así: furiosa y quebrada. Vencida.

Traspasado el umbral, la carne se abría a la flor del miedo. No miedo hacia él, sino hacia mí misma. El temor a mi propia cabeza y sus efectos sobre el mundo. Y entonces venían los polvos acometidos con una extrañísima mezcla de fiereza y languidez. Irreales. Borrosos y violáceos a la luz de la mañana siguiente.

Yo no me di cuenta de cómo él avivaba con paciencia y deseo mi malestar, de cómo lo creaba de la nada en algunas ocasiones. Me costó mucho tiempo entender la crueldad afiladísima que Pedro era capaz de empuñar.

Cuanto más enérgica y contundente y rotunda y redonda y tenaz y flamígera resultaba mi queja, mayor era el deleite con que se entregaba a la batalla de rendirme para luego salvarme de mí misma. No he vuelto a ver a nadie mentir con ese ardor, con esa fe ciega en las palabras inventadas o en las realidades negadas. Pero no podía disfrutar plenamente del goce de postrarme porque no era estúpido y sabía que aquello no estaba bien: la culpa ensuciaba sus victorias y eso le fue convirtiendo en un cóctel de nervios. Transcurridos unos meses, daba igual que ganara o perdiera. Empezó a estar siempre irascible, siempre a punto de desbordarse.

Los plazos se acortaron, cada vez tenía menos paciencia para llegar hasta el final, perdía el control. Su propio plan se astillaba. Él quería ser adorado como un dios. Pero yo le devolvía una imagen de sí mismo grumosa y grisácea, una imagen que no le gustaba y eso le enfadaba. Y toda esa ansiedad caía sobre mí como una tormenta, mientras él me convencía de que yo la había invocado, de que yo la deseaba o, incluso, de que yo era la tormenta.

«Si sigues así, te vas a morir sola». Eso me dijo, entre otras muchas frases memorables, la madrugada que siguió a aquella fiesta de cumpleaños. «Te vas a morir sola». Y salió del comedor, dejándome con la palabra en la boca.

En Instagram, una poeta muy joven ha subido una foto de su costado. El objetivo es enseñar un tatuaje en el que se lee «no estás sola en este mundo». «¿Quién te lo dijo a ti?», le pregunté a la pantalla. *¿A cuántas nos lo han dicho?*

Sentí tanta rabia y tanta impotencia aquella madrugada que rasgué un trozo de papel de una libreta pequeña que estaba en la estantería más cercana y lo escribí: «Si sigues así, te vas a morir sola». Doblé la hoja con andado y la guardé en una caja de madera que, a veces, utilizaba como joyero. No sé para qué lo hice, supongo que para darme fuerzas para salir de allí en un futuro que ya preveía, pero que tardó una inmensidad en llegar.

REMATE

—NO LO ENTIENDO, BIBIANA. ¿Por qué no lo contamos todo? Lo de las croquetas, los *playbacks*, el esguince, el autobús… todo eso está bien, pero falta mucho más por decir.

—¿No te parece suficientemente importante lo de las croquetas o lo de los *playbacks*, Triz?

—Claro que sí. Y tienes razón. Son momentos significativos. Explican una parte del proceso. Pero son insuficientes, ¿no?

—¿Eso crees?

—Joder, Bibi. Ya que nos ponemos, vamos a hacerlo bien.

—Para ti es fácil decirlo, eres un personaje de ficción. No estás en este lado.

—Con más motivo todavía. Déjame que cuente más, por favor. Yo lo haré por ti.

—No te das cuenta. Me van a acusar de escribir literatura-*selfie*, de ser una egocéntrica, de no tener imaginación… yo qué sé.

—Para eso estoy yo. Diremos que es ficción. Quien quiera entender que entienda.

—Entonces me llamarán impostora.

—Que te llamen como quieran, pero que lo lean.

—No es tan sencillo.

—Ya sé que no es tan sencillo. Déjame al menos que cuente lo del profesor de secundaria, el lánguido y atormentado, que te escribía cartas y daba vueltas con el coche por tu barrio para coincidir contigo cuando salías de casa. O lo del compañero sudoroso de congreso que se reía de las *niñas de pueblo* cuando

bajaban del estrado y que por las noches protagonizaba escenas dantescas cuando se empeñaba en acompañarlas a su habitación. Déjame decirles, al menos, que hay profesores en la universidad que guardan en los cajones una esterilla para follarse a sus alumnas en el suelo, debajo de la mesa en la que rellenan las actas; y luego se asean con toallitas húmedas y desodorante que también guardan en otro cajón del escritorio; y salen corriendo de la facultad mientras maldicen entre dientes porque no les sobra el dinero para ir pagándose un hotel cada vez que les *hace falta*. Déjame contar algo más, aunque sigamos sin decirlo todo.

¿Me dejas?

BIBIANA COLLADO CABRERA nació en Borriana, Castelló de la Plana, en 1985 Licenciada en Filología Hispánica y doctora en Literatura Hispanoamericana. En la actualidad es profesora de Lengua y Literatura.

En el ámbito de la escritura poética ha obtenido numerosos reconocimientos por sus libros *Como si nunca antes* (Pre Textos): *El recelo del agua* (Rialp) y *Certeza del colapso* (Ediciones Complutense). Su último poemario, *Violencia* (La Bella Varsòvia), se ha reimpreso en varias ocasiones.

Yeguas exhaustas es su primera novela.

Notas

[1] Un profesor asociado es alguien que ejerce un trabajo con remuneración vinculado a una determinada área de conocimiento y que imparte unas pocas horas de clase en una facultad con la voluntad de ser un puente entre la universidad y el mundo profesional al que van a incorporarse más tarde los alumnos. El objetivo de este tipo de docentes, muy interesante en su origen, se ha ido pervirtiendo en la práctica dando lugar a un número cada vez mayor de falsos asociados (hasta constituir casi la totalidad de ellos en algunas facultades). Estos no son profesionales del mundo laboral, pero utilizan triquiñuelas legales para parecerlo y así poder dar clases y conseguir puntos para obtener una plaza verdadera. La treta más utilizada consiste en pagarse la tasa de autónomo para dar a entender que se está ejerciendo una tarea profesional (cuando no es así). De esta manera, nos encontramos con bastantes casos en que la cantidad de dinero que deben pagar como falsos autónomos es igual y algunas veces superior al sueldo que reciben como docentes. En el resto, el saldo resulta levemente positivo pero insuficiente para subsistir (no creo que nadie pueda pagar un alquiler o formar una familia con 200 o 300 euros al mes), así que debes ser un privilegiado para sostener esta situación durante años (no uno, ni dos, sino los que sean necesarios), sin ninguna seguridad de que se obtendrá una recompensa en el futuro. <<

[2] No lo puedo evitar. Salta la liebre y no me siento cómoda. Lo he intentado hacer en el capítulo anterior citando a Walter Benjamin como si nada y no he dejado de sentirme culpable desde entonces. Perdonadme.

«Funes el memorioso» es un cuento del escritor argentino Jorge Luis Borges. El protagonista, Funes, lo recuerda absolutamente todo de manera detallada e inmediata. Este *don* le impide reflexionar y relacionar porque es incapaz de abstraer y elaborar ideas. En el abarrotado mundo de Funes no hay espacio para el pensamiento. <<

[3] «¿Qué es un *Sugar Daddy*? Hombres exitosos que saben lo que quieren. Están impulsados y disfrutan de una compañía atractiva a su lado. El dinero no es un problema, por lo que son generosos cuando se trata de apoyar a una bebé de azúcar» (extraído de la página seeking.com). <<

[4] 4 ¡Oh, Dios! Acabo de buscar en Google «Historias de una barriga» por si ya existía algún texto con este título y he descubierto que es el nombre del blog de una matrona que desea «acompañaros durante todo vuestro embarazo, que entendáis mejor vuestros cambios tanto físicos como psicológicos y hacer que estos nueve meses sean muy felices para vosotras». Lo podría haber visto venir, ahora me parece evidente, pero me ha pillado de susto. Por un lado, me cabrea terriblemente esa asociación barriga-embarazo. Por el otro, me aterra que mi subconsciente me haya traicionado. Hace tiempo que temo tanto a lo que deseo, como a lo que no. Sea como sea, me han entrado unas ganas muy raras de llorar en secreto.

Para colmo, corrigiendo erratas del texto, me he dado cuenta de que en la línea de arriba de «Historias de una barriga» había escrito «hijo narrativo» en lugar de «hilo narrativo». <<

[5] *Chamó y qués* es un modo erróneo y ridículo de traducir *jamón y queso* al valenciano, una equivocación habitual entre los que conocen poco la lengua y no dominan el léxico. La forma correcta de decirlo sería *pernil i formatge*. <<

[6] La charla puede verse en YouTube al buscar «Acte de presentació del Servici "Taronja Sencera", Ponència Marina Marroquí»: https://www.youtube.com/watch?v=moTZMNlmW2s

No obstante, en su página web se puede acceder a otros vídeos: https://www.marinamarroqui.com <<